

# SANGRE VIKINGA

CRISTINA  
VALERO

2<sup>a</sup>  
edición



LETRAS DE AUTOR

# SANGRE VIKINGA

**Cristina Valero**

SEGUNDA EDICIÓN



LETRAS DE AUTOR

© Sangre vikinga  
© Cristina Valero Llamas  
© de la presente edición: Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14  
info@letrasdeautor.com  
www.letrasdeautor.com

Diseño y maquetación: Sara García

Primera edición: febrero 2016  
Primera edición: febrero 2017  
ISBN: 978-84- 16958-59- 7  
P.V.P.: 3,50€

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados.  
Cualquier utilización debe ser concertada previamente por escrito.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

# Índice

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Segunda Parte](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre la autora](#)



“[...] el primer premio es para Cristina Valero, de Madrid, por su trabajo titulado ‘Sangre vikinga’. Una obra que, según afirma la propia autora, ha escrito íntegramente a través del editor Google Drive de su teléfono móvil [...]”.

La noticia completa en el siguiente enlace:

**<http://www.once.es/new/sala-de-prensa/notas-de-prensa/una-poetisa-ciega-cubana-una-profesora-rumana-de-1>**

A Yaiza, por vivir el nacimiento de esta obra capítulo a capítulo y sin  
la que esta novela no sería lo que es.

A Adriana y Firea, por sus correcciones, observaciones y por  
apoyarme en todo momento.

A Juan, por ser mi corrector y crítico literario más detallista.  
A mi hija, cuya lactancia me regaló el tiempo y la oportunidad de  
escribir.

A mi marido, por su paciencia.

A Google, por su herramienta Google Drive Writer que me ha  
permitido escribir esta novela, íntegramente, desde mi teléfono móvil.

A Lourdes, Tere, Isa y Luis que han ejercido de críticos literarios.

A todos vosotros, GRACIAS.

# PRÓLOGO

—Padre, ¿puedo pasar?

—Adelante.

Darsus dejó caer sobre la gran mesa de roble los documentos que estaba examinando. Elian cerró la puerta tras de sí despacio y con la delicadeza que la caracterizaba.

—¿No te acompaña nadie?

—No —respondió tímidamente.

—Sabes que no debes deambular sola. Podrías perderte. —Era muy sobreprotector con ella. Era su pequeña, su favorita, y no podía evitarlo, pese a que sabía que era más autosuficiente de lo que parecía.

—Padre, aunque esté ciega mi orientación es excelente. Conozco el camino y quería hablar contigo a solas.

—Te escucho. —Darsus admiraba la entereza y determinación de su hija. Por eso se acomodó en su silla y entrelazó sus dedos a la altura de su prominente vientre dispuesto a escuchar, con deleite, los elocuentes argumentos de la muchacha.

—Después del anuncio de la boda de Cárdigan he pensado que si le habéis conseguido un esposo, siendo su condición la que es, tal vez podríais buscarme uno a mi. No me importa lo viejo o pobre que sea, yo sólo... no quiero ir al convento. Por favor, padre.

Los profundos ojos azules de la muchacha se empañaron con la súplica.

—La boda de tu hermana ha sido cosa de tu madre.

—Y la idea del convento también.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

—Darsus, no encuentro a... Elian, estás aquí. ¿Sabes el susto que me has dado? —Le increpó Cailleán.

—Lo siento. Quería hablar con padre.

—No deberías molestarlo con tonterías. Vamos —dijo mientras la agarraba del brazo para arrastrarla hacia la puerta—, tenemos que preparar tu partida.

—Madre, por favor, no quiero ir.

—Elian, espera fuera —dijo Darsus con tono imperativo.



Caillean lo miró con reproche y Elian obedeció.

Darsus tomó aire para soltarlo despacio mientras observaba a su esposa, pensando cómo plantearle la propuesta que tenía en mente. Por supuesto que no iba a permitir que su hija fuera al convento pero no podía oponerse abiertamente. Lo único que le quedaba era ganar tiempo hasta tener todas las piezas de su plan y hacerlas encajar.

—¿Es necesario que condenes la vida de nuestra hija a la clausura del convento?

—Sabes que sí —respondió Caillean desafiante.

Claro que lo sabía. Aquel maldito juramento. Darsus no supo de él hasta que nació Elian. Caillean le dijo que la ceguera de la niña era un recordatorio de Dios de que debía cumplir su palabra.

Elian había demostrado tener un don para sanar a los enfermos. Su constancia, su portentosa memoria y su avidez por saber habían hecho que él le consiguiera un gran número de libros sobre remedios y ungüentos que le leían Caillean, Cárdigan y Lerin, el Benjamín de la familia. Gracias a los conocimientos adquiridos había elaborado bebedizos y aceites para curar muchos males. Lástima que la gente no confiara en los cuidados de una ciega.

Si entraba en el convento, estarían enterrándola en vida. Allí no le permitirían desarrollar sus habilidades ni le leerían ese tipo de libros. Aunque Elian encontrara algo en qué ocuparse aquel no era su sitio. Ni siquiera el condado de Sheriland lo era. Él también tenía una promesa que cumplir: asegurarse de que Elian encontraba su lugar en el mundo, donde la valoraran por sus habilidades y no por sus limitaciones, incluso si eso significaba marcharse lejos de él. La sociedad en que vivían sólo era capaz de ver en ella a una muchacha ciega y desvalida, nadie veía la maravillosa joven en que, a sus 16 años, se había convertido. Necesitaba ganar tiempo.

—¿Podríamos retrasar su entrada hasta después de la boda de Cárdigan?

—¿Con qué fin? —preguntó a su vez Caillean entrecerrando los ojos con desconfianza.

—Creo que sería bueno para Cárdigan y para Elian que pasaran algo más de tiempo juntas. Además, dentro de poco Lerin se empleará más con la espada, pero de momento está muy apegado a su hermana. Y ¿qué prisa tienes en perderla de vista?

—Cárdigan nunca ha sido una buena influencia para Elian, más bien es un peligro para su virtud. Lerin está demasiado apegado a ella, debería pasar más

tiempo entre hombres y menos entre mujeres, ya tiene 12 años. Y yo no tengo prisa —puntualizó con aire indignado—, pero cada vez me cuesta más leer esa tontería de libros que le compras. Cárdigan y Lerin no deberían perder el tiempo tampoco con eso. Nadie debería. Tenemos mucho que hacer y Elían sólo supone una carga más.

—Tal vez podríamos asignarle una sierva en exclusiva, así podrías despreocuparte de ella. Sólo hasta la boda de Cárdigan. Ya que Elían no se va a casar me gustaría que viviese la de su hermana.

—No puedo prescindir de ninguna de las siervas. Melantea ya ocupa demasiado tiempo en ella. —Cailleán suspiró con resignación—. Tendrás que buscar una esclava.

«Conseguido». Darsus trató de disimular una media sonrisa de satisfacción.

—Me ocuparé personalmente de encontrar a la persona adecuada.

Después de que Cailleán saliera del despacho, el Conde volvió a leer la carta que había dejado sobre la mesa.

***Ser, tengo una pista sobre el esclavo que buscáis. Me cuentan que, como hombre del norte, destaca por su fuerza y resistencia, además de hablar perfectamente nuestra lengua.***

***En estos momentos me dirijo hacia Mainz para comprobar yo mismo si también sabe leer y escribir, si su nombre es Jens Eriksson y si fue capturado en Ranrike. De ser así, trataré de comprarlo para vos con la mayor discreción y llevároslo cuanto antes.***

***Siempre a vuestro servicio***

***Forcas***

Darsus dejó la carta del mercader de esclavos y cogió las últimas misivas que su hermano Fenton, misionero en el norte, le había enviado para volver a guardarlas cuidadosamente bajo llave.

«Fenton, hermano, una vez más confío en tu criterio. La vida de mi hija depende de ello».

# PRIMERA PARTE



# CAPÍTULO 1

—¡Sólo los que sepan leer! ¡Un paso al frente! —gritó el mercader haciendo restallar su látigo.

En la plaza de la ciudad se había concentrado mucha más gente de lo habitual, en comparación con cualquier otro día de mercado.

Jens sentía su estómago rugir de hambre. Esa mañana, Forcas, el mercader, había escogido varios esclavos y los había levantado al alba para remojarlos y adecentarlos. Nadie les dijo por qué, y ninguno se atrevió a preguntarlo, pues la respuesta sería una buena tanda de latigazos por hablar sin permiso.

Ahora Jens ya sabía por qué. El gordo señor de esas tierras, cubierto de ricas telas acompañaba a su hija, sin duda una niña caprichosa, a escoger un nuevo juguete. Así se sentía Jens, como un juguete, desde que arrasaron Ranrike y lo vendieron como esclavo.

Los vio subir a la tarima. Sabía que tenían prohibido mirar a la cara a sus amos, lo sabía, y había probado el castigo varias veces con sus dos amos anteriores, pero no pudo evitarlo. Cuando vio el rostro de la joven le pareció encontrar algo extraño en ella. No era su singular belleza, sino su forma de mirar. Parecía embelesada, como si observara un horizonte invisible para los demás. Jens tuvo los reflejos suficientes para apartar la vista a tiempo, antes de que Forcas o el Conde lo vieran. Según se acercaban podía escuchar cómo ella le pedía a cada uno de los esclavos que le leyera unas líneas de su pequeño libro. Leyeron mujeres y hombres, a todos trató por igual.

—¿Puedes leerme unas líneas? —Y ponía fin con un simple—: gracias. —Recuperaba su libro y caminaba hasta el siguiente.

Llegó su turno. La voz de aquella joven era la más melodiosa que había escuchado nunca. Aunque sabía que las mujeres eran capaces de utilizar cualquier arma para aprovecharse de los demás. Él no se dejaría embaucar otra vez, ya había aprendido la lección.

Carraspeó y lamentó no haber hablado antes aquel día, pues su voz sonó ronca, pero firme, y poco a poco fue aclarándose. Se concentró tanto en la lectura que casi no se dio cuenta de la pregunta que ella le había hecho:

—¿De dónde provienes? No conozco tu acento, ¿de dónde es?

—De un pueblo del Norte, mi señora.

—Gracias, es suficiente. —Y prosiguió con la prueba.

En sol estaba ya en su punto más alto cuando el Conde y su hija volvían al castillo en sendos caballos. Jens caminaba detrás, con el resto de siervos y esclavos.

Cuando llegaron, uno de los siervos le dio ropas más apropiadas, le colocó el brazalete con el escudo de la casa de sus nuevos amos y le explicó que a partir de ese momento iba a ser los ojos de la señora Elian. No debería separarse de ella ni un solo instante y cualquier cosa que le ocurriera a ella se traduciría en un castigo para él.

—Ahora el señor quiere verte —concluyó el siervo.

Jens lo siguió hasta el interior del despacho del Conde. Éste se encontraba sentado tras una gran mesa y al verlos entrar dejó a un lado los papeles que estaba mirando.

—Gracias Angus, puedes retirarte —dijo el Conde. Cuando el siervo salió y cerró la puerta, continuó—. ¿Tu nombre es Jens Eriksson?

—Sí, mi señor —Jens supuso que el nombre completo se lo habría dado Forcas y que el Conde llevaba un registro de los esclavos que tenía. Le pareció una buena práctica.

—¿Hijo de Erik Emundsson?

—Sí, mi señor —se sorprendió de que conociera el nombre de su padre.

—¿Puedes decirme dónde naciste?

—En Uppsala, mi señor —esto era muy raro, ¿a qué se debía tanto interés?

—Chico, mírame a la cara, ¿conociste a un fraile llamado Fenton?

—Sí, mi señor —debía tener cuidado, este hombre sabía demasiado y Jens no estaba seguro de si era bueno o malo para él.

—¿Qué sabes de él?

—Fray Fenton pasó algunos años en Uppsala, viajó a Ranrike y, después, recorrió el resto de reinos de Viker. —Jens prefería ser prudente y no desvelar demasiada información.

—¿Cómo lo sabes?

—En Uppsala vivió en casa de mi padre y en Ranrike conmigo.

—¿Eres el Jarl **[1]** de Ranrike Jens Eriksson?

—Sí, mi señor, yo fui el Jarl de Ranrike durante tres años. ¿Puedo preguntaros cómo sabéis eso?

—Llevo tiempo buscándote, Jens. Fenton era mi hermano y, en honor a su

memoria, tengo un trato que ofrecerte.

Elían se encontraba en la sala común de las mujeres junto a su madre y su hermana. Cailleán estaba rezando, como devota cristiana que era, mientras Cárdigan leía en voz alta y Elían escuchaba. Trataba de mostrarse tranquila, como cualquier día, pero le costaba disimular su nerviosismo. Iba a recibir su primer esclavo. Un desconocido con el que compartiría su tiempo y al que se le encomendaría su seguridad. ¿Había hecho bien escogiendo a un hombre? Su padre había estado de acuerdo. Le sorprendió que no se opusiera. Es más, le pareció casi aliviado con la decisión. Algo se le escapaba. Pero ya lo averiguaría. Acababa de abrirse la puerta de la sala y estaban entrando el siervo de confianza de su padre y su esclavo.

—Señoras, buenas tardes. Mi señora Elían, aquí tenéis a vuestro esclavo, Jens.

—Gracias, Angus, puedes retirarte —dijo Cailleán.

—Ya era hora —dijo Cárdigan cerrando el libro de golpe y tirándolo con poca delicadeza sobre el asiento que acababa de desocupar. Se acercó a Jens y, mientras lo rodeaba, le iba tocando el torso y los brazos, como si evaluara si la compra había valido la pena—. Vaya con la ciega, qué ojo tiene.

—Cárdigan, no seas insolente con tu hermana —Cailleán dijo esto con voz cansada. Ya se lo había repetido cientos de veces. Cárdigan siempre había sido un poco rebelde, pero desde su compromiso estaba insoportable.

—Sólo digo la verdad, madre. Padre siempre le da los mejores regalos a ella, de mí ni se acuerda.

—Vuestro padre es un hombre muy ocupado. Pronto te casarás y tendrás todas las atenciones que quieras, pero Elían... —dejó la frase en el aire, dando a entender el final—. Por eso es tan condescendiente y protector con ella. No se lo tengas en cuenta.

—Al menos me lo prestarás de vez en cuando, ¿no, hermanita? Yo daré buen uso de esos músculos.

—¡Cárdigan! —le espetó Cailleán.

—Para mover unos muebles de mi alcoba, madre, nada más.

—Creo que es el momento de poner fin a esta conversación —dijo Elían, con voz firme y tajante, poniéndose de pie.

Jens había estado observando cómo movía ligeramente la cabeza hacia cada

una de las mujeres cuando hablaban y, le llamó especial atención, la carencia de emoción de Elian ante las duras palabras que se habían dicho sobre ella. ¿No sabía mostrar lo que sentía? En el mercado no le había parecido tan fría. Aunque puede que estuviera más que acostumbrada a ese tipo de comentarios y por eso se mostró tan impasible.

—Madre, gracias por tus palabras. Cárdigan, podrás disponer de él cuando yo no lo necesite. Ahora me gustaría quedarme a solas con mi regalo.

Cárdigan dio media vuelta y se marchó gruñendo, Cailleán se encaminó a la puerta pero se paró delante de Jens y le dijo:

—Cuando propuse regalarle un esclavo a mi hija no imaginé que mi esposo escogería un guerrero vikingo. Como te sobrepases con mi hija o sufra algún daño pediré tu cabeza en una bandeja, ¿entendido?

—Sí, mi señora —se apresuró a responder Jens. La voz de aquella mujer pretendía ser amable pero, sólo necesitó un rápido vistazo para apreciar la tensión de su cara al hablar. Mostraba una gran frialdad y sospechaba que aquella amenaza iba muy en serio.

—Que no se te olvide cuál es tu lugar, esclavo. —Y salió de la sala.

Por fin se hizo el silencio. Solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones. Elian suspiró. ¿Era de alivio o de resignación?

—Acércate, quiero conocerte —dijo Elian con la misma dulzura que había usado en el mercado y alargó una mano invitando a Jens a acercarse. Éste lo hizo sin saber muy bien a qué se refería con “conocerlo”.

Elian tomó su mano derecha entre las suyas pasando las yemas de sus dedos por cada valle y línea de su palma y por cada nudillo de su dorso. Tomó la otra mano y repitió la operación.

—Tienes las manos curtidas y fuertes, como si hubieras trabajado durante años la tierra.

Elian deslizó sus manos por los antebrazos en paralelo. Pasó por los codos, los musculosos brazos, los anchos hombros y llegó al pecho y al abdomen, donde encontró, a través de la camisa de algodón, unos pectorales y abdominales perfectamente definidos. Elian sintió cómo el calor subía a sus mejillas, además de una punzada en el vientre que la dejó casi temblando. Nunca antes había experimentado nada parecido al tocar a alguien. ¿Era eso el deseo? Ella no era Cárdigan, no iba a dejarse llevar por la lujuria. Decidió acortar el reconocimiento

y saltarse la espalda. Continuó posando sus manos en la cara de Jens. Pudo notar su cuello fuerte y ancho, su ancha mandíbula, la barba de varios días, la boca de labios gruesos y cálidos que estaba parcialmente oculta por la barba y le pareció que sonreía. Prosiguió con las orejas, perfectamente proporcionadas, una nariz bastante recta, unos ojos ni hundidos ni sobresalientes, ni demasiado separados ni demasiado juntos, unas tupidas pestañas, cejas pobladas, la frente ancha, el nacimiento del pelo fuerte, denso y largo. Llevaba la melena trenzada desde la nuca y le caía hasta media espalda. Todo él desprendía un olor fuerte, pero lejos de ser desagradable resultaba reconfortante. Era una mezcla entre cuero, algodón y sudor.

—Reconozco que mi madre y mi hermana tenían razón, con esta trenza pareces un vikingo. Dijiste que eras de un pueblo del Norte, ¿tan al Norte como para ser uno de ellos?

—Sí, mi señora. Fui vikingo.

Jens había aprovechado el tiempo que duró aquel reconocimiento para saltarse la prohibición de no mirar a la cara a su nueva ama y realizar su propio análisis. Aquella muchacha era bastante alta, él solo le sacaba una cabeza y se consideraba alto. También era esbelta, con las curvas propias de una mujer, definidas pero sin ser ostentosas. Sus movimientos eran gráciles y metódicos, ya había hecho reconocimientos como este antes. Su piel era blanca y tersa. No pudo disimular una sonrisa cuando vio sus mejillas sonrojarse. Ese rubor la hizo parecer aún más hermosa de lo que era. Su cuello largo y su actitud segura le otorgaban la elegancia de una gran señora. Los labios rosados y perfectamente definidos hipnotizaban al hablar. Su melena dorada recogida en un moño bajo dejaba algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro y unas cejas definidas en forma de suave arco enfatizaban la inocencia de esos ojos profundos de color azul grisáceo salpicados de verde. El tacto suave de sus manos era dulce y relajante. Y olía a lirios. Cumplir el juramento que le acababa de hacer al Conde no iba a resultar tan duro como le había parecido en un principio.

El reconocimiento había terminado pero ambos se quedaron quietos muy cerca uno del otro. Jens no se atrevía ni a respirar por no perturbar el ensimismamiento en el que parecía estar sumida Elian pero, de pronto ella se giró y se sentó en la silla en la que estaba cuando entró en la sala.

—Mi tío Fenton pasó muchos años en el Norte. Nos enviaba cartas en las



que hablaba maravillas de aquella gente, tu gente. También desmintió muchas historias que siempre creímos ciertas. Hace años que ya no recibimos ninguna. En la última hablaba de enfrentamientos entre los dos grandes reyes de Suecia y Noruega. Con esa carta llegó la noticia de que la Guerra del Norte ya era una realidad —suspiró—. Nunca supimos qué le pasó.

—Arrasaron muchos pueblos, algunos fueron doblegados, mucha gente murió y los demás acabamos como esclavos.

—Lo lamento, Jens, debió ser horrible.

—Lo fue.

Le sorprendió el sentimiento de pesar tan profundo que Elian estaba mostrando. Tuvo que retener las ganas de correr a abrazarla y consolarla. Parecía tan frágil... Pero el que lo había perdido todo era él, su hogar, su familia, su vida. El Conde le estaba dando la oportunidad de recuperarlo todo, o al menos, intentarlo. No iba a dar ningún paso en falso. Tenía que ganarse la confianza de Elian. Era esencial para poder cumplir el acuerdo.

—¿Queréis que continúe con la lectura del libro que estábais escuchando?

—Sí, por favor. Siéntate. Capítulo 5.

Jens tomó el libro que Cárdigan había dejado, titulado *Tratado sobre hierbas medicinales para los remedios más comunes*. Se sentó y buscó el capítulo. Cuando lo encontró empezó a leer.

—Capítulo 5. Cortezas de árboles. Clasificación y aplicaciones.

Al cabo de un rato, Lerin entró apresuradamente en la sala interrumpiendo la lectura que tenía tan concentrados a Elian y a Jens.

—Elian, la cena ya está servida. Vengo a por ti. —Se paró en seco ante Jens y preguntó sin esperar respuesta—: ¿Es tu nuevo esclavo? Padre dice que sabe disparar con arco y que me va a enseñar. Si tú me lo dejas, claro —esta última parte la dijo más despacio y con tono de niño bueno. Desde que había empezado a hablar se dibujó una amplia sonrisa en el rostro de Elian.

—No te dejaré nada si no me das un beso antes.

—Elian, que ya soy un hombre y los hombres no dan besos.

—Ja. Eso será hasta que conozcas a una chica que te haga cambiar de opinión. Anda ven, echo de menos tu compañía. Desde que estás entrenando ya no vienes a verme.

Lerin se le acercó y le dio un delicado beso en la mejilla. Elian se levantó, pasó el brazo alrededor del de su hermano y se dirigieron a la puerta mientras le decía a Jens:

—Ven, síguenos. Cuando llegemos al comedor podrás pasar a la cocina para que te den algo de cenar.

A Elían le encantaba estar con su hermano menor. Le contaba sus hazañas y sus travesuras con tanto entusiasmo que la hacía sentir parte de ellas. Además, cuando estaba con él podía ser ella misma, sin miedo a ser juzgada por no dar la talla, por no ser “normal”.

Jens los siguió mientras el muchacho le contaba a su hermana sus avances con la espada. Escenificaba para ella algunas de las anécdotas y, aunque Elían no podía verlas, se reía con sus exclamaciones y descripciones. Jens los observaba atentamente, los dos hermanos se profesaban un gran cariño. Por un instante se imaginaba de nuevo en su pueblo con sus hermanos, cuando aún era tan pequeño que peleaba con espadas de madera. Sonrió, con nostalgia, ante aquel recuerdo. Habría dado cualquier cosa por volver a aquellos días, pero no era posible, ahora era un esclavo. Elían río sonoramente y le sacó de sus pensamientos. Era la primera vez que la oía reír así y, de pronto, entendió dos cosas, la primera era que quería oír esa risa todos los días y, la segunda, que la tenía a ella. Elían era la clave que le haría volver a su tierra.

La cena transcurrió con normalidad. Elían se limitaba a comer lo que le preparaban y troceaban en el plato y a escuchar a los demás. Su padre y Darean, su hermano mayor, estuvieron casi todo el tiempo hablando sobre los negocios comerciales que estaban iniciando con un nuevo mercader. Lerin se pasó la cena engullendo y escuchando a su padre y su hermano, esperando la ocasión de alardear de sus avances con la espada. Margot, la esposa de Darean, tenía ya una barriga bastante grande pero eso no frenaba el entusiasmo con el que le hablaba a Cailleán sobre la preparación de la boda de Cárdigan, que se pasó toda la conversación indiferente. Ni siquiera se molestó en disimular su desacuerdo con aquella unión. Margot trató de hacerle entender que, a veces, los acuerdos matrimoniales no eran tan malos, ella estaba encantada con el marido que le había tocado.

—Mi hermano no te saca veinticinco años. —Después de esta contestación

de Cárdigan, Margot no volvió a decir nada sobre la boda.

Elian pudo escuchar claramente el gemido de placer lascivo que emitió Cárdigan cuando entraron los esclavos. Jens debía de estar entre ellos. Elian aprovechó el silencio que se hizo de pronto para dirigirse a Ser Darsus.

—Padre, ¿conservas las cartas que envió el tío Fenton desde su misión en el Norte?

—Sí, claro. Las guardo como un tesoro.

—¿Podrías dejármelas para volver a leerlas?

—En cuanto tenga un momento te las haré llegar. A propósito, hija, he dispuesto que Jens enseñe a tu hermano tiro con arco. Sólo será un rato por las tardes. Espero que te parezca bien.

—Sí, claro, algo me había comentado Lerin.

Cárdigan emitió un leve gemido de conformidad. Elian supuso que algo estaba tramando.

—Y puesto que Jens es ahora los ojos de Elian —continuó el Conde— podrá mirar a sus amos a la cara sin que se considere un acto de rebeldía ni altanería, ¿queda claro?

Cailleán inspiró sonoramente mostrando su descontento. Darean y Margot no terminaron de entender ese privilegio pero lo aceptaron. Lerin asintió contento. Cárdigan lo hizo con una divertida risita y, a Elian le pareció bien. Al fin y al cabo, ella no tenía forma de saber si la estaba mirando o no y siempre se le había antojado una prohibición bastante absurda.

Al terminar la cena Jens se acercó a su ama para ofrecerle el brazo, tal y como había visto a Lerin hacerlo, y se dirigieron a la alcoba de Elian. Durante la breve cena de los esclavos, una de las siervas, Melantea, le explicó cómo debería comportarse cuando los señores estuvieran reunidos, los protocolos a seguir y dónde se encontraban los aposentos de Elian, para poder guiarla, aunque ella conocía perfectamente el camino. Melantea también le dijo que ella iba a ser quien le explicase sus tareas como esclavo de Elian.

Durante el paseo, Elian se mostró callada y con semblante triste. Ni rastro quedaba de las risas de hacía, tan sólo, una hora. Llegaron a la gruesa puerta de roble. Jens la empujó para abrirla y hacer pasar a su ama. La habitación no era muy grande y estaba bastante despejada. Se componía de una cama con dosel con un arcón a los pies, un armario y una cómoda sobre la que había una jarra, una tina y otros utensilios de higiene personal, pero ningún espejo. Al otro lado de la alcoba había dos sillones frente a la chimenea y, a los lados de la misma,

sendas estanterías repletas de libros. Sólo había una ventana no muy ancha, lo justo para albergar dos asientos de piedra bajo el alféizar. En la pared de la chimenea, cerca de la puerta de entrada, había otra puerta hacia la que Elian señaló mientras decía:

—Esa es tu alcoba. Espero que sea de tu agrado. Tiene otra puerta que da al corredor para que puedas entrar y salir sin necesidad de pasar por la mía.

Jens tuvo que retener el impulso de correr a mirar bajo su cama y comprobar si el Conde había cumplido su palabra.

—Mi señora, ¿estáis bien? Parecéis cansada.

—Sí, estoy cansada, eso es todo. Puedes retirarte —dijo mientras se dirigía a la cama deshaciendo la lazada delantera que mantenía cerrada la sobrevesta.

Jens no se atrevió a decir nada más y entró en su pequeña habitación adosada. Era estrecha y alargada, apenas cabía el catre y un baúl. Al fondo había una pequeña ventana y una mesa sobre la que encontró una jarra de agua, una tina, un peine y una navaja. Realmente era mucho más de lo que había tenido en sus años de esclavo. Siempre había compartido celda con varios hombres y dormido en jergones en el suelo. Se arrodilló junto a la estrecha cama y buscó bajo ella. No tuvo que esforzarse mucho. Tal y como Ser Darsus le había prometido, ahí estaban el saex, la espada de acero franco, el arco, el carcaj con flechas y la carta.

Abrió la carta y leyó la declaración de libertad del esclavo Jens Eriksson, Jarl de Ranrike, hijo de Erik Emundsson, Erico III, Rey de Suecia.

Ahora él tenía que cumplir su juramento, por su honor de noruego y de Príncipe de Suecia.

**1** *Título nobiliario otorgado al líder o caudillo de un territorio que rinde tributo al Rey que lo protege.*

## CAPÍTULO 2

Los días fueron pasando y las rutinas de Elian no variaron mucho. Salvo porque, ahora que tenía a Jens, no necesitaba esperar a que alguien viniera a buscarla para moverse de una estancia a otra. Hasta entonces, por su seguridad, no le había estado permitido deambular sola por el castillo.

Jens estaba resultando un esclavo muy atento y discreto. Incluso, cuando la cogía o le ofrecía el brazo o la mano lo hacía con delicadeza.

Por las mañanas se iban a la sala común de las mujeres y se pasaban leyendo libros de botánica, herbología e historia hasta la hora de comer.

Después, Elian solía quedarse sola en su habitación hasta que Jens volvía de las lecciones de arco que le impartía a Lerin y, tras leer otro rato algún libro o alguna carta del tío Fenton, cenaba y se iba a dormir. A veces, Cárdigan acudía a verla pero, en realidad lo que quería era poder asomarse a la ventana de Elian. Porque desde allí se veía el patio de armas y a los hombres entrenar. Su favorito era Jens y no hacía más que contarle lo que le haría si tuviera ocasión. Elian se ruborizaba sólo de pensar en él de esa manera. Otras veces subía su hermano a contarle sus avances después del entrenamiento y le encantaba que lo hiciera. Lerin ponía tanto entusiasmo en todo lo que hacía que siempre la contagiaba, haciéndola sentir un poco más viva.

Hoy Lerin había estado especialmente acertado. El muchacho prometía como arquero. Jens se sentía orgulloso de él. Había dado en el centro de la diana dos veces.

Para Jens los entrenamientos de Lerin eran uno de los mejores momentos del día. Estaba acostumbrado a trabajos duros, como guerrero, Jarl y comerciante primero y, después como esclavo de granja y de campo. En cierto modo, temía acomodarse a los trabajos de esclavo de alcoba. Pero cuando estaba en el patio de armas se sentía vivo. Incluso, de vez en cuando, el maestro de armas de Lerin, Gaius, le pedía participar en los entrenamientos y disfrutaba mucho practicando.

Los peores momentos de estas casi cuatro semanas se los había dado Cárdigan. Esa mujer lo acosaba por los rincones. Lo buscaba para abalanzarse

sobre él con cualquier excusa: que se había caído, que le había asustado una rata, que se sentía sola, incluso, se lo cruzaba “por casualidad” en las estrechas escaleras de caracol que bajaban desde la galería hasta el patio sólo para rozarse al pasar. Jens acabó por evitar ese camino. Era peligrosa. Le recordaba demasiado a la esposa de su anterior amo. La culpable de que lo vendieran después de una buena tunda de latigazos.

Pero sin duda, el mejor momento era llegar a la alcoba de Elian y encontrarla sentada en la ventana ensimismada, con una media sonrisa de paz dibujada en su rostro y ver cómo se transformaba en una sonrisa completa al escucharle entrar.

Un día le preguntó qué era lo que le gustaba tanto de la ventana y ella le dijo que desde ahí escuchaba todo lo que ocurría en el castillo: estaban los hombres entrenando, pero también se oían las conversaciones de las mujeres en la cocina y en el lavadero; a veces, su padre dejaba abierta la ventana del despacho y podía oír sus conversaciones y las de todo aquel que pasara por allí. Le gustaba escuchar la vida, la de otros, porque la suya era muy silenciosa, tanto que pasaba inadvertida.

A Jens se lo llevaban los demonios cuando veía cómo la trataban. Como si fuera una niña tonta, inútil e insensible. Cuando en realidad era inteligente, capaz, fuerte y con un gran corazón. Lo peor de todo es que habían conseguido que ella misma se creyera inservible. Él trataba de hacerle entender que estaba equivocada. De vez en cuando, le hacía comentarios sobre los libros que leían, sobre la belleza del mundo o sobre la percepción de las cosas pero, siempre desde la posición de un esclavo, por lo que estaba bastante limitado. A veces, incluso, era Elian quien le preguntaba acerca de las costumbres de su pueblo, sobre todo, a partir de las cartas de su tío.

Hoy tenía una sorpresa preparada: Lerin le acompañaba y le traía un regalo.

Jens golpeó la puerta y entró seguido de Lerin. Elian lo esperaba en la ventana y, al escuchar a Lerin, se puso de pie para recibirlo con una amplia sonrisa que le duró hasta que el muchacho se marchó.

—Elian, te traigo la prueba de que soy el mejor arquero de los alrededores. Bueno, después de Jens —dijo esto guiando a su hermana a uno de los sillones que había frente a la chimenea, entregándole un pedazo de piel grande y pintada.

—¿Qué es esto? —preguntó Elian con la piel extendida sobre sus rodillas, pasando los dedos sobre las marcas de agujeros y palpando las diferentes texturas de la pintura.

—¡Es una diana! —dijo Lerin, casi brincando emocionado—. Mira, toca

aquí. —Guió las manos de su hermana hasta el círculo central—. ¿Lo notas? Es el círculo rojo, el del centro. Luego está el azul y el negro. Bueno, pues he clavado una flecha en el centro del rojo y al volver a disparar he dado en el centro otra vez justo al lado de la primera.

—Vaya, parece una gran proeza. Te felicito hermanito. —Y le dio un sonoro beso.

Elían ya había oído el revuelo que se había montado esa tarde en el patio con la segunda flecha pero, se hizo la sorprendida para no quitarle la ilusión a Lerin. Sin embargo, que le trajera la diana como trofeo le encantó. Fue todo un detalle por su parte y, sin pretenderlo, despertó su curiosidad. Esa noche, cuando se quedó a solas con Jens, le hizo una proposición.

—Me gustaría poder tocar un arco y saber cómo se disparan las flechas, ¿podría bajar mañana con vosotros? Siempre que no moleste, claro.

—No hace falta que esperéis a mañana, dadme un segundo —por el sonido de su voz a Elían le pareció que lo dijo sonriendo. Fue a su celda y volvió al instante—. Extended las manos. —Le entregó a Elían lo que le pareció un palo de madera curvo—. Esto es un arco.

Elían deslizó las manos a lo largo del arma. Deteniéndose en cada detalle, cada filigrana y en la tensa cuerda.

—Se parece a una lira.

—Pero de una sola cuerda y, en lugar de disparar notas musicales, dispara flechas.

—¿Cómo funciona?

—¿Notáis esta zona más gruesa en el centro? Es la empuñadura. Por ahí se sujeta el arco manteniendo extendido el brazo. Con la otra mano, se apoya el astil de la flecha en el arco sobre la empuñadura y, el extremo opuesto, en el centro de la cuerda, más o menos —dijo mientras ponía un dedo de Elían sobre el culatín de la flecha—. Y se tira hacia atrás hasta rozar el rostro con la mano.

—¿Cómo se dispara? —Le entregó el arco y la flecha. Jens los cogió y se puso en posición de disparo tensando la cuerda y haciendo crujir suavemente la madera del arco y la cuerda—. ¿Puedes quedarte así un momento?

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis.

Elían alzó sus manos y lo primero que tocó fue la flecha en posición horizontal. Deslizó sus dedos hasta llegar al arco, donde se encontró con la mano

de Jens cerrada fuertemente sobre la empuñadura. La flecha descansaba ligeramente sobre su dedo índice y sobresalía por delante del arco.

—Cuidado con la punta. No me gustaría que os hicierais daño —le susurró Jens.

—Tranquilo —Elian respondió también con un susurro y deslizó los dedos despacio hasta llegar al extremo afilado tocándolo con cuidado. Después, se dirigió hacia el extremo contrario de la flecha hasta llegar a las plumas—. ¿La posición de las plumas es relevante? ¿Una hacia fuera y dos hacia dentro? —seguían hablando en susurros. A Elian le parecía que estaban contándose secretos. Le encantaba cuando se hablaban así. Hacía que se sintiera especial.

—Sí, lo es. De hecho, la pluma que va hacia fuera suele llevar alguna marca que la diferencie de las otras. De esta manera producen el mínimo roce con el arco al lanzar la flecha.

Ahora Elian posó sus manos sobre la de Jens que sujetaba la flecha y la cuerda, comprobando lo cerca que estaba de su cara. Continuó hacia el codo. El brazo también estaba horizontal, era como una prolongación de la flecha. Lo rodeó hacia su espalda y notó la tensión en la musculatura superior. Entonces, se percató de unas marcas lineales que se notaban, incluso, a través de la camisa de algodón. Elian se olvidó por completo del arco, la flecha y los susurros.

—Quítate la camisa —dijo con tono imperativo.

—¿Mi señora? —Jens bajó el arco destensando el conjunto y volviéndose hacia ella.

—Que te quites la camisa.

Elian pudo escuchar cómo Jens dejaba el arco en el suelo, se quitaba el brazalete, el cinturón y la camisa. Se acercó, y cuando estuvo frente a ella se giró para volver a darle la espalda.

Elian posó sus manos sobre él.

—¿Todo esto son latigazos? —dijo horrorizada.

—Sí, mi señora.

—Pero aquí hay muchas marcas —Elian podía seguir todas las líneas que cruzaban su espalda casi de lado a lado, unas más horizontales, otras inclinadas y algunas más remarcadas—. Estas son más recientes.

—Sí, mi señora.

—Si me hubiera dado cuenta de esto cuando llegaste podría habértelas tratado. Ahora ya poco se puede hacer —sintió rabia por no haber sido capaz de hacer la exploración completa cuando lo conoció. Sentir deseo por primera vez



la asustó y quiso terminar pronto. Qué torpeza por su parte.

—Mi señora, no hace falta que hagáis nada, sólo son cicatrices de heridas que ya cerraron —Jens habló con dulzura y la sacó del estado de autofustigamiento al que se estaba sometiendo.

—Saca del primer cajón de la cómoda un frasco de aceite de onagra y trae el paño de algodón que hay sobre la jarra.

Jens obedeció. Lo cierto es que, cuando le sugirió a Lerin que le llevara la diana a Elian, no imaginó que la situación llegaría a este punto. Él sólo pretendía darle algo más en qué pensar, despertar su curiosidad por cosas nuevas. Aprender a defenderse y a usar algún arma era esencial de cara al viaje que les esperaba y no sabía con cuánto tiempo contaba para prepararla.

Ahí estaba él, sintiéndose culpable por disfrutar tanto del contacto de Elian, cuando estaba tan preocupada por las heridas que le habían traído, precisamente, hasta ella.

—Mientras estés en esta casa no permitiré que te den ni un solo latigazo más. Los esclavos no sois animales, sois personas. Deberíais cobrar por vuestro trabajo y poder comprar vuestra libertad.

—En mi tierra existen los dos tipos de esclavos, los que no cobran y hacen los trabajos más duros y los que se han ganado el derecho a cobrar y a no hacer trabajos tan duros. Cuando tienen dinero suficiente compran su libertad y pueden trabajar como cualquiera. Incluso, algunos llegan a comprar una casa y tierras propias.

—¿Un esclavo puede acabar siendo terrateniente?

—Sí, eso es. Con mucho esfuerzo y un poco de suerte con los amos que le toquen.

—Si por mi fuera, en esta casa no habría esclavos. Empezando por ti. —Cerró el frasco de aceite e hizo un último repaso pasando la mano por la espalda—. Bueno, esto ya está por hoy —dijo cambiando a un tono más impersonal—. Te daré friegas durante algunos días a ver si podemos darle algo de elasticidad a esas cicatrices.

—Gracias, mi señora. —Iba a añadir que no era necesario, pero en realidad estaba encantado con repetir los cuidados. A Elian se le daban muy bien estas cosas: aplicar ungüentos, dar masajes a músculos doloridos, relajar la tensión acumulada... Siempre tenía algún remedio a mano y si no, sabía cómo

prepararlo.

—¿Crees que mañana podría intentar tirar con el arco? —Jens pensaba que se le habría olvidado el tema del arco pero comprobar su interés le produjo mucha alegría.

—Claro que sí, mi señora. Mañana tiraréis con arco —dijo con una sonrisa.

—Estupendo. Buenas noches.

—Buenas noches, mi señora.

## CAPÍTULO 3

Al día siguiente, Jens decidió bajar por las escaleras de caracol de la galería. Era el camino más directo al patio de armas y yendo con Elian, Cárdigan no se atrevería a aparecer. Pero se equivocaba. Definitivamente, lo tenía vigilado. Él bajaba delante de Elian, que apoyaba una mano en su espalda y otra en la pared, cuando se encontró de frente a Cárdigan.

—Jens, menos mal que te encuentro —hablaba con una melosa y falsa preocupación que hacían que Jens se estremeciera de pavor por lo que estuviera tramando—. He ido a ver a mi hermana y no está en sus aposentos. Necesito que me ayudes a encontrarla —mientras hablaba se acercó a Jens y se abrazó a su brazo tirando de él, que estaba tratando de echarse hacia atrás todo lo que podía sin empujar a Elian.

—Agradezco tu preocupación, hermana, pero estoy perfectamente —dijo Elian asomándose por encima del hombro de Jens.

Cárdigan se apretó a Jens para alcanzar la mano de su hermana.

—Elian, me tenías tan preocupada... —Jens estaba atrapado entre las dos hermanas. Por un lado, tenía ganas de darle un buen empujón a Cárdigan, que se estaba comportando como una buscona y, por otro, habría preferido evitarle a Elian presenciar una escena así.

—Si lo que quieres es asomarte por mi ventana puedes hacerlo aunque yo no esté. Ahora te pido que nos dejes bajar. Tenemos cosas que hacer.

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó suspicaz mientras subía los peldaños haciendo que Jens se pusiera de perfil para dejarla pasar. Pero no estaba dispuesta a renunciar a su contacto y siguió paseando su mano por el pecho de Jens.

—Asómate a mi ventana y lo verás.

—Os estaré observando —susurró al oído a su hermana, casi a modo de amenaza juguetona. Y siguió escaleras arriba.

Elian apenas se movió hasta que la oyó salir a la galería. Entonces, se giró hacia él para hablarle con tono tranquilo y distante.

—A mi hermana le atraes mucho ¿lo sabes?

—Sí, me he dado cuenta, mi señora.

—Entiendo que los hombres necesitáis “aliviar” vuestros instintos — pronunció las palabras muy despacio, como si le costara dejarlas salir—. Si quisieras ceder a sus juegos y “aliviarte” con ella no me opondría.

—Mi señora —Jens trató de mostrar su indignación sin parecer ofensivo—, lo único que quiero hacer con vuestra hermana es poner distancia de por medio, cuanta más mejor. Los latigazos que me curasteis anoche los causó una mujer como ella.

»No quería decir nada por no molestaros pero, esta no es la primera vez que me sale al paso con cualquier excusa.

»Y en cuanto a lo de «aliviarme», os agradezco que penséis en mis necesidades pero, con todos mis respetos, tengo otras preocupaciones.

—¿Entonces no te atrae mi hermana?

—En absoluto, mi señora.

Elian se quedó callada un segundo. Luego habló con tono sincero:

—No pretendía ofenderte. Me pareció que te trataba con mucha familiaridad y, como me cuenta todo lo que te haría, pensé que quizá...

—Mi señora, no os disculpéis, no es necesario. —Le habría gustado decirle que la única persona que le atraía era ella, que sólo tenía ojos para ella y que soportaría todos los castigos del mundo sólo por un beso suyo justo ahora que, subida al escalón, quedaban con los rostros a la misma altura y muy cerca. Pero no podía hacerlo, todavía no.

—En cualquier caso, no debí inmiscuirme en tus asuntos. No volverá a pasar.

—Mi señora —dijo cogiéndole las manos—, soy vuestro esclavo. Podéis hacer cuanto gustéis conmigo —susurró Jens. ¿Habría captado Elian todo lo que implicaba ese ofrecimiento?

—Entonces, ¿qué tal si... —susurró con el mismo tono que había usado él— vamos a tirar con arco? —y terminó su frase con una enorme sonrisa.

—Vayamos pues. —Jens también sonrió. Y bajaron los peldaños que les quedaban para llegar al patio.

Las escaleras de caracol siempre la mareaban un poco y el encuentro con Cárdigan le había dejado mal cuerpo. No por lo que había pasado realmente, sino, por pensar que Jens hubiera cedido a sus juegos o lo fuera a hacer. ¿Eran celos? Hasta ese momento no se había percatado de cuánto deseaba que Jens no fuera un esclavo, sino un hombre libre al que poder amar sin ataduras. «Qué

*tontería. Si él fuera libre, seguramente no me querría a mí. ¿Quién iba a querer a una lisiada con la cantidad de mujeres casaderas que hay?».*

Ahora no podía pensar en eso. Tenía que demostrar lo que esta lisiada era capaz de hacer.

Llegaron al patio de armas y encontraron a Lerin y a Gaius practicando con la espada. Cuando vieron a Elian llegar de su brazo, cesaron los golpes.

—Elian, ¿qué haces aquí? —preguntó Lerin extrañado.

—Mi señora, este no es lugar para vos. Alguien podría heriros por accidente —dijo Gaius con una mezcla de preocupación e incomodidad.

—Quiero tirar con arco.

—Mi señora, sin ver la diana ¿cómo pretendéis apuntar?

—De oído y con práctica —intervino Jens. Estaba cansado de que le cortaran las alas a Elian cada vez que intentaba desplegarlas sólo porque algo no encajaba en sus cuadrículados esquemas—. Yo me comprometo a enseñarle.

—¿Y qué pasa conmigo? —se quejó Lerin.

—Vos me ayudaréis y, además, aprenderéis a tirar como ella, con los ojos vendados.

—¿Pero eso se puede hacer?

—Pues claro, y más vale que aprendáis, si no, ¿cómo os defenderéis si os atacan una noche cerrada? —A Lerin le entusiasmó la idea.

—¿Qué tengo que hacer?

—Primero ayudaréis a vuestra hermana a ponerse la protección del brazo y le enseñaréis cómo se coge el arco, sin flecha. Yo vuelvo enseguida. —Se dirigió al cuarto donde guardaban las armas. Gaius le siguió.

—¿Se puede saber qué crees que estás haciendo? —le increpó el maestro.

—Estoy buscando algo metálico que poder anudar a un palo para que cuelgue por delante de la diana.

—Me refiero a la estupidez de que una ciega tire con arco.

—Creo que puede ser interesante, para ella y para Lerin. Pero, si tenéis alguna duda sobre la conveniencia de que aprendan a tirar de esta manera, podéis hablar con el Conde.

—Lo haré, no te quepa la menor duda.

Jens salió del cuarto con un trapo y una especie de caña de pescar de la que colgaban, a modo de anzuelo, unos eslabones de cadena y unas llaves viejas.

Además, había atado un cordel, muy largo, a uno de los eslabones.

—Ya estoy aquí. Espero no haber tardado mucho.

—Ya le he puesto el protector del brazo.

—A ver... —Jens tomó la mano de Elian y la volteó para comprobar que estuviera bien atada y en su sitio—. Buen trabajo, Lerin. —Al muchacho se le hinchó el pecho de orgullo—. Bien, ahora, ¿escucháis esto? —y agitó los eslabones y las llaves.

—Sí —respondieron los dos hermanos al unísono.

—Voy a colocarlo justo delante del centro de la diana para que sea vuestra referencia en el tiro. —Clavó la caña de su artilugio en la bala de paja sobre la que apoyaban la diana. Se quedó con el extremo del cordel en la mano para poder tirar de él y hacer sonar el conjunto—. ¿Lo oís?

—Sí —esta vez sólo respondió Elian.

—Yo casi no lo oigo —dijo Lerin un poco desanimado.

—Claro, es que os falta algo, Lerin —mientras lo decía le ató el trapo sobre los ojos—. Ahora estáis en igualdad de condiciones. Atento. ¿Lo oís, Lerin?

—¡Sí, se oye todo! —exclamó emocionado.

—Mi señora, le he tapado los ojos y ahora está tan ciego como vos. —Elian sonrió de esa manera que sólo ella sabía hacer.

—¿Tú siempre oyes así, Elian?

—Claro —rió.

—Ahora vamos a comprobar la distancia a la que tenemos la diana —se puso en medio de los dos hermanos, los tomó de las manos hasta llegar a la diana y se las puso sobre ella—. ¿Notáis los círculos?

—Sí —respondieron a la vez.

—Aquí tenemos nuestro chivato —dijo mientras guiaba las manos de sus alumnos hasta las piezas de hierro colgantes—. Vamos a alejarnos diez pasos. Es poco pero también es más seguro para empezar. —Una vez colocados, Jens hizo sonar de nuevo su invento—. Lerin, apuntad hacia el lugar del que proviene el sonido.

Lerin alzó el arco colocando la flecha y apuntando hacia la diana. Jens hizo sonar de nuevo el artilugio. Lerin rectificó un poco el ángulo.

—Cuando lo tengáis soltad la flecha.

Lerin inspiró y, aguantando la respiración, relajó los dedos con los que sujetaba la cuerda dejando salir la flecha. Se clavó en la bala de paja pero muy cerca del borde de la diana.

Lerin se levantó el trapo que lo cegaba y miró el resultado bastante contento.

—No está mal, podría haber sido peor, me he quedado cerca.

—Para ser la primera vez está muy bien, Lerin. Mi señora, es vuestro turno.

—Jens hizo sonar de nuevo el chivato y Elian levantó el arco cargando la flecha como si lo hubiera hecho cientos de veces. Sólo tuvo que rectificarle un poco el codo—. El sonido es vuestro objetivo. Estamos suficientemente cerca como para que la flecha pueda trazar una línea recta con él. A más distancia mayor inclinación de tiro. Tratad de imaginar que si la flecha fuera muy larga podría tocar los hierros, esa es la posición que debéis encontrar para soltarla. —Hizo sonar el chivato otra vez.

—Creo que lo tengo —lo dijo muy bajito para no mover ni un ápice la posición.

Jens volvió a mover el cordel.

—Inspirad, aguantad la respiración y soltad la cuerda —Jens habló despacio y en un susurro.

Elian escuchaba el sonido del hierro repiquetear y sabía exactamente dónde estaba. Tenía la flecha apoyada en el arco rozando ligeramente su dedo índice de la mano izquierda y con la derecha sujetaba la flecha a la cuerda, tan cerca de la cara que notaba una de las plumas. En su mente fue capaz de sentir esa flecha larga de la que hablaba Jens y que era la prolongación de la que tenía entre sus manos. Apuntaba directamente a su objetivo.

Respiró profundamente tratando de no perder la posición, aguantó la respiración y soltó. Sintió la flecha salir de su mano, el temblor de la cuerda al volver al sitio, el sonido metálico del chivato y se hizo el silencio, un silencio largo.

Alguien aplaudida pausadamente desde arriba. Por la ubicación le pareció que podría ser desde el despacho de su padre y, efectivamente, el Conde habló.

—Jamás me habría imaginado que mi hija tuviera una puntería así. ¡Bravo, Elian, bravo! —Tras este comentario todos los presentes estallaron en aplausos y vítores.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho? —preguntó Elian preocupada.

—Venid y comprobadlo vos misma. —Jens la tomó de la mano y la llevó hasta la diana donde colocó su mano a la altura de las plumas de su flecha—. Observad cómo y dónde se ha clavado.

Elian fue resbalando su mano por la flecha hasta encontrar el ojal de una de las llaves. Lo había atravesado como si hubiera hilvanado una aguja. Siguió bajando por la flecha hasta llegar a la diana y al tocarla comprobó que se había clavado en el círculo central.

Le entraron ganas de llorar de la emoción. Nunca había hecho algo así.

Jens sabía que iba a hacerlo bien, confiaba en que la flecha se clavara en la diana, pero no se esperaba que engarzara las piezas metálicas. Se había quedado con la misma cara de sorpresa y estupefacción que los demás.

Si ya adoraba a aquella muchacha, ahora, además, la admiraba.

—Elian, hija —el Conde seguía hablando desde su ventana—, aquí mi amigo Gaius opina que ha sido la suerte del principiante, ¿por qué no nos sacas de dudas y vuelves a tirar?

A Elian le cambió el rostro, de asombro e incredulidad a pavor.

—Seguramente tenga razón, padre. —Jens no iba a permitir que se dejara vencer por la presión. Era un paso demasiado importante el que acababa de dar como para echarse atrás ahora.

—Podéis hacerlo, mi señora, sé que podéis. —La llevó hasta el punto desde el que había disparado e hizo sonar los hierros.

—He ofendido a Gaius —empezó a decir bajito— y a Lerin, seguro que se ha enfadado y ya no vendrá a verme. Si vuelvo a acertar la ofensa será mayor y si fallo defraudaré a mi padre —estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Silencio, por favor! —gritó Jens. Una vez todos callaron prosiguió en susurros sosteniéndola por los brazos—: Elian, estamos solos tú y yo. No has de demostrar nada a nadie, salvo a ti misma. No pienses en lo que has hecho, sino en lo que vas a hacer. —hizo sonar el chivato—. Sabes de dónde viene el sonido. Sólo tienes que hacer que la flecha llegue hasta allí. —Elian se quedó quieta un momento, respiró y alzó el arco cargando la flecha. Él volvió a hacer sonar los hierros. Ella inspiró profundamente, apuntó, tensó, ajustó la posición del arco y soltó.

Elian apenas oyó el sonido del hierro. Las carcajadas de su padre lo inundaban todo, así como los aplausos y vítores de nuevo, incluidos los de su hermano y de Jens, que de pronto la cogió por la cintura y la levantó haciendo un giro mientras reía. No le había escuchado reír así nunca y le encantó.

—¿Lo he hecho? ¿He vuelto a acertar en el centro?



—Sabía que podíais —dijo Jens bajándola pero sin soltarla.

De pronto se dio cuenta de su cercanía, del tono tan personal que había usado para que tirara de nuevo y de que deseaba que realmente hubiesen estado solos, porque, tal vez, sólo tal vez, se habría atrevido a besarla.

La cena se convirtió en una guerra entre el Conde y su esposa sobre la conveniencia de que una mujer empuñase armas, de si era prudente dejar que una persona que no ve juegue con flechas y, por supuesto, si él era el tipo de esclavo que Elian necesitaba.

Jens no era capaz de entender a esa mujer. Era su propia madre la que estaba hundiendo a Elian en la oscuridad más absoluta, no su ceguera. Era ella la que trataba a Elian como si fuera una tullida y no era capaz de ver lo extraordinaria que era en realidad.

Durante el camino a sus aposentos, Elian se mantuvo callada y cabizbaja. Lo que hizo que se sintiera culpable. Al fin y al cabo, todo el revuelo lo había provocado él.

Al llegar, Elian habló con tono imperativo pero cansado:

—Quítate la camisa.

—Mi señora, no es neces... —Elian se giró hacia él con el ceño fruncido y resoplando. Estaba molesta.

—Y trae el aceite de onagra.

Jens obedeció. Al instante le entregó el aceite y se sentó sobre el arcón que había a los pies del lecho de espaldas a ella.

—He dejado en evidencia a Lerin —empezó a darle las friegas—, aunque a él no le moleste, lo he hecho y los demás hombres se reirán de él por mi culpa. He ofendido a Gaius, que sólo manifestó su preocupación ante mi padre y éste se jactó de él delante de todos. Y lo peor, he defraudado a mi madre. No volveré a tirar con arco nunca —concluyó. Cerró el frasco de aceite y se lo entregó a Jens que lo volvió a dejar en su sitio.

Jens no iba a permitir que esto se quedara así. Después de lo que había visto, después de lo que sabía que sería capaz de hacer, no podía dejar que Elian se hundiera.

—Mi señora...

—Puedes retirarte.

Jens quería seguir hablando pero no habría conseguido mucho. Elian estaba cansada y enfadada. Habían sido muchas emociones juntas. Tal vez sería mejor

dejarlo para mañana.

No debería haber lanzado la segunda flecha, ni siquiera la primera, pero la segunda marcó el desastre. La culpa fue de Jens. Él la incitó a hacerlo. Casi la hechizó para que tirara de nuevo. Tal vez su madre tenía razón y él no era el esclavo más apropiado para ella.

Pero ¿a quién quería engañar?. Él sólo la animó. La apoyó como siempre hacía cada vez que se salía un poco de su rutina habitual, como nunca nadie lo había hecho. Pero era ella la que empuñaba el arco, la que cargó la flecha y la que la soltó.

Ella tenía la culpa de lo que había ocurrido, nadie más.

Un solo acto suyo y varias personas sufrieron consecuencias. Ella no podía hacer esas cosas. No debía hacerlas.

Jens se sumió en un sueño intranquilo, volvía a estar en Ranrike.

*Se encontraba luchando contra los invasores de Harald I de Noruega que les habían atacado desde la costa.*

*Cuando su padre le ofreció ser el Jarl de Ranrike, Jens decidió reforzar la flota mercante e impulsar el comercio, ya que se trataba de un puerto estratégico con Dinamarca, de hecho, en sólo tres años se convirtió en el más importante. Parecía que la tregua entre los dos Reyes era un hecho. Se reunieron y pactaron pero, al parecer, en plena despedida, su padre sintiéndose traicionado, ofendió al Rey de Noruega y éste se vengó terminando de recuperar los fiordos de Viker, entre los que se encontraba el reino de Ranrike.*

*Mientras alzaba su gran hacha de mango doble y la bajaba con todas sus fuerzas partiendo adversarios por la mitad y amputando miembros, se maldecida a sí mismo por no haber hecho caso de los consejos de su padre de reforzar la flota militar con más Drakkars. Podría haber evitado la masacre de aquel pueblo que había puesto su confianza en él. Ciego de rabia se convirtió en la bestia asesina que su padre siempre quiso que fuera, para lo que fue entrenado durante tantos años y de lo que siempre trató de huir, hasta que en plena descarga alguien le golpeó en la cabeza. Creyó oír crujir su propio cráneo y cayó inconsciente al suelo. Los gritos de su gente le hicieron recobrar el sentido, lo justo para ver cómo prendían fuego a lo largo de toda la costa mientras a él lo llevaban maniatado y malherido en la cubierta de un Drakkar*

*alejándose velozmente.*

Despertó entre sudores, como siempre le ocurría cuando tenía esa pesadilla que le estaba persiguiendo desde entonces. Le pareció que no había despertado del todo porque seguía escuchando el llanto de las mujeres, hasta que se dio cuenta de que sólo era una mujer la que lloraba, la que se encontraba al otro lado del muro.

Se levantó y golpeó suavemente la puerta que le separaba de Elian y, sin esperar respuesta, entró. Ella se asustó ante aquella irrupción, se incorporó y se cubrió con las mantas:

—¿Mi señora? —Las lágrimas caían por sus mejillas como ríos plateados y sus ojos empañados reflejaban la luz de la luna que entraba por la ventana haciéndola parecer una deidad.

—Jens. Siento haberte despertado. Vuelve a dormirte. —Soltó las mantas con las que se protegía para limpiarse las lágrimas con ambas manos y, al bajarlas, la camisa de lino que la cubría cayó hacia un lado dejando un hombro desnudo mostrando parte de un pecho.

Jens avanzó hacia ella pero se detuvo a los pies del lecho.

—Mi señora, lamento mucho haberos causado problemas. Yo sólo quería que os dierais cuenta de lo que sois capaz de hacer.

Elian rompió a llorar de nuevo. Jens avanzó hasta ella, se sentó a su lado y la abrazó en un arrebato de protección.

Elian se dejó mecer por esos poderosos brazos. Durante un instante se olvidó de todo. Se sentía protegida y segura. No recordaba la última vez que se había sentido así, ni siquiera recordaba que alguien la hubiera abrazado así antes.

El llanto cesó y cuando Jens volvió a hablar pudo sentir la vibración de su voz en su pecho haciéndola vibrar a ella también.

—Si os preocupa Lerin, yo lo protegeré, me disculparé ante Gaius y haré todo lo que me pidáis pero no lloréis por mi culpa, os lo suplico.

—No es por eso, no te angusties. Soy yo, estoy rota —suspiró—. Todo lo hago mal. Además, todos tienen planes de futuro, tareas que hacer, cosas que aportar, pero yo... Sólo soy un estorbo. No sirvo para nada y cuando se me ocurre hacer algo diferente siempre acabo dañando a alguien.

Jens le acariciaba la melena dorada que caía en cascada por su espalda y ella se estremeció bajo este contacto tan íntimo.

—Si me lo permitís, quisiera hablaros de una anciana de mi pueblo. Ella se quedó ciega de niña por una mala caída. A pesar de su condición tenía que seguir atendiendo a sus animales y ayudando a la familia. Se enamoró y se casó. Crió a siete hijos y cuidó de otros tantos nietos. Nunca dejó que nadie le dijera lo que podía o no podía hacer. Se convirtió en una mujer muy sabia y venían de todas partes a pedirle consejo. —Apartó con delicadeza a Elian para mirarla a la cara—. No permitáis que nadie os diga lo que podéis hacer. Sólo es decisión vuestra. Siempre tendréis gente a favor y gente en contra de lo que hagáis, es normal y nos pasa a todos. Esto ocurre porque cada persona tiene su visión particular de las cosas y todos creen que la suya es la más acertada. Por eso, al final, lo que cuenta es lo que penséis vos de vos misma. Que seáis consecuente con lo que sentís, con lo que queréis.

»Es cierto que tenéis una dificultad añadida respecto a los demás pero, también es lo que os ha hecho ser como sois. Luchadora, atrevida, valiente, fuerte... pero tan buena y sensible que os duele demasiado defraudar a alguien y se os olvida que la primera a la que no podéis fallar es a vos.

Elian tuvo que respirar hondo para poder volver a hablar.

—Esa anciana tuvo mucha suerte de nacer en el Norte. Ya lo decía mi tío Fenton, en muchos aspectos vuestra civilización está más avanzada que la nuestra. Aquí me tienen encerrada entre estos muros prisionera de mi ceguera.

»Dices que sea consecuente conmigo misma y que tome mis propias decisiones pero, cuando he intentado colaborar en alguna tarea, siempre me han respondido que alguien se ocuparía. ¿Cómo voy a hacer algo si no me permiten hacer nada?

»Salvo leerme libros lo único que hizo mi padre fue enseñarme a montar a caballo. Pero hasta eso lo tengo limitado. Mi yegua va sola, sigue al caballo de mi padre, así que sólo puedo montar con él o con Darean, que ahora está tan ocupado como mi padre. Lo único que me hacía sentir un poco libre tampoco lo puedo tener. Lerin no tardará en marcharse y tras la boda de Cárdigan ya no tendrá sentido que yo esté aquí. Me enviarán a un convento de clausura, «para que pueda tener una vida digna», como dice mi madre.

—¿Y vos? ¿Queréis ir?

—No, claro que no.

—Pues negaos.

—¿Crees que no lo he intentado? Lo único que he conseguido es retrasarlo y, porque al final le han encontrado un marido a Cárdigan, si no, ya estaríamos allí

las dos.

—¿Vuestra hermana también?

—Sí, como castigo y para limpiar su honor. Ella... le entregó su virtud a uno de los mozos de cuadra de mi padre. Cuando los descubrieron, a él lo cosieron a latigazos y lo expulsaron y, a ella la castigaron a no volver a salir del castillo si no era con mi padre y a estar acompañada en todo momento, aunque ya has podido comprobar que esto no lo cumple. Hace poco, el Duque de Melinor repudió a su segunda esposa por no darle hijos tampoco, así que mi madre pensó que sería una buena opción para Cárdigan. Si el Duque no la deja encinta, siempre habrá un mozo de cuadras bien dispuesto a intentarlo —suspiró—. En realidad ella también está atrapada en una vida que no quiere, por eso se comporta así.

—Ella tomó sus propias decisiones, fue su elección la que la llevó a esta situación. Vos todavía podéis elegir.

—Jens, soy tan esclava de mi realidad como tú de la tuya —suspiró, se apartó despacio de él y se volvió a cubrir con las mantas—. Por desgracia, estamos lejos de tu tierra. Aquí, el esclavo se queda esclavo y la hija ciega de un conde sólo puede esperar acabar sus días en un convento.

—Tal vez, aquí —le susurró Jens con ese tono que tanto le gustaba—, puede que haya esclavos que también consigan su libertad y, tal vez, no todas las hijas ciegas de los condes acaben en un convento.

—Eso sería estupendo, pero sólo es un bonito sueño —susurró con una triste sonrisa.

—Soñemos entonces —Jens volvió a cogerla de las manos—: os propongo que vengáis conmigo cuando consiga mi libertad. —Elian no pudo evitar reír con la ocurrencia, pero decidió seguir el juego.

—¿Fugarnos? De acuerdo, y ¿a dónde iríamos? —dijo sonriendo, como si realmente estuviera ilusionada con el viaje.

—A mi tierra, por supuesto. Donde la mujeres pueden empuñar armas y montar a caballo con total libertad. Donde tener una peculiaridad no hace que seas un lisiado. Donde los hombres y mujeres deciden su destino y con quién quieren compartirlo.

—Me encantaría hacer ese viaje contigo, llegar a tu tierra y vivir allí. Pero no como señora y esclavo, sino como iguales.

—Eso sería maravilloso. Como iguales. Y podría llamaros por vuestro nombre.

—Si quieres, cuando estemos solos, puedes llamarme por mi nombre y dejar a un lado los formalismos. Como hiciste esta tarde para que tirara la segunda flecha. No hace falta esperar a que nos fuguemos.

—Será un placer y un honor, Elian. —Escuchar su nombre de sus labios la hacía sentirse especial.

—Gracias... por ser mi amigo, aunque vaya a ser por poco tiempo. Me reconforta tu presencia y tus palabras. Siéntete siempre libre de decir lo que quieras, de ser tú mismo.

—Gracias, Elian.

—Y ahora, creo que va siendo hora de seguir durmiendo.

—Que descanses, Elian.

—Tú también, Jens.

Jens se levantó de la cama y se alejaba sin terminar de soltar su mano, hasta que por fin, lo hizo y lo oyó alejarse hacia su celda.

Elian se quedó pensando en las palabras de Jens. Hasta ahora nadie le había dicho que pudiera escoger nada, ni tomar sus propias decisiones más allá del libro que quería que le leyeran. Recordó su abrazo y cómo la había alzado esa tarde en el patio y, acurrucada con ese recuerdo, se quedó profundamente dormida con una sonrisa en los labios, esperando soñar con esa maravillosa fuga.

## CAPÍTULO 4

El día amaneció despejado y el sol empezaba a calentar el ambiente con la recién llegada primavera. Jens se había despertado con las primeras luces del alba, un rato antes del canto del gallo, como siempre. Hizo sus ejercicios matinales y se refrescó con el agua de la jarra y la tina que había bajo la ventana. Se vistió con la camisa larga y el pantalón de algodón marrón, se ciñó el cinturón de cuero y el brazalete y se peinó y trenzó el pelo. Al terminar, se decidió a mirar por una rendija de la puerta que separaba las habitaciones para comprobar si Elian seguía dormida, pero la cama estaba vacía. Estaba asomada a la ventana con las manos apoyadas en las jambas, permitiendo que el sol bañara su cuerpo y definiera sus delicadas curvas a través de la camisa de lino, que la ceñía al son de la ligera brisa.

Elian se había despertado con el canto del gallo, se sentía descansada y de buen humor. Había soñado que galopaba por una inmensa llanura a lomos de su yegua, Epona. Se desperezó disfrutando del estiramiento y se abrazó a uno de sus almohadones remoloneando y retrasando el momento de levantarse. El recuerdo de las palabras de Jens, en cuanto a tomar sus propias decisiones y ser fiel a sí misma, volvieron a su mente y la loca idea de la fuga le hizo sonreír.

Se levantó, fue hacia la ventana y la abrió de par en par. Sintió la brisa fresca de la mañana acariciar todo su cuerpo, mientras los rayos de sol la hacían estremecerse bajo su calor. Se quedó allí un rato disfrutando de esa sensación hasta que empezó a escuchar el ir y venir de la gente en el patio de armas. Preparó el agua de la jarra en la tina y ayudándose de un paño de algodón se lavó brazos, cara, cuello y escote. Cogió el peine, se alisó los cabellos y los recogió en un moño bajo. Se dirigió al armario y sacó una túnica y una sobrevesta. Jens siempre ponía las túnicas y las sobrevestas correspondientes en la misma percha y, las recién lavadas a la derecha, de manera que Elian tenía que coger la primera de la izquierda. El aseo matutino era una de las pocas cosas que le dejaban hacer sola, tuvo que utilizar el argumento de que en el convento no iba a tener siervas que la vistieran.

Se puso la túnica y se ajustó la sobrevesta con los cordones delanteros. Cuando hubo terminado se dirigió hacia la celda de Jens.

A Jens le encantaba observarla, y el ritual matutino era como una danza que marcaba el ritmo que tendría el día.

—Jens —Elian golpeó la puerta con los nudillos—, ¿estás preparado?

—Sí, Elian —dijo y abrió la puerta. Comprobó que su reacción al oír su nombre era una sonrisa.

—Perfecto, pues vamos a desayunar.

Cuando Elian se sentó a la mesa Ser Darsus y Darean ya estaban en el despacho trabajando. Lerin ya había empezado sus lecciones. Cárdigan no se había levantado todavía y sólo se encontraban Margot, comentando lo cansada que estaba y las ganas que tenía de dar a luz al bebé y, Caillean, que aprovechaba para hacer comparaciones entre los partos de sus hijos, a cuál peor.

Elian terminó enseguida y se excusó para levantarse.

—Elian, no vas a ningún sitio. Hoy te quedarás conmigo. Tú —dijo dirigiéndose a Jens— puedes retirarte a hacer lo que sea que tengas que hacer.

—¿Ocurre algo, madre?

—¿Es que no puedo pasar un día con mi hija? —Elian prefirió no responder a esa pregunta pero, pasar el día entero con su madre y sin Jens, después de la discusión del día anterior, no le daba buena espina. Y a Jens tampoco, por la forma en que contestó.

—Con el debido respeto, señora, mi tarea es permanecer junto a vuestra hija en todo momento.

—No me gusta repetirme y menos tener que decirle las cosas dos veces a un esclavo. Así que, lo diré de otra manera: no quiero verte en mi presencia. Hoy me encargaré yo de mi hija y puede que los próximos días también. Ahora vete, desaparece, fuera de aquí. —Lo estaba echando como quien echa a un perro.

A Elian le temblaba todo el cuerpo. Cuando su madre se ponía así no podía pasar nada bueno. Y cuando oyó a Jens supo que él estaba pensando lo mismo.

—Respondo sólo a órdenes directas de mi señora Elian y del señor Conde. Sólo me marcharé si me lo piden ellos.

—Jens —le temblaba hasta la voz—, puedes retirarte. —No quería que se fuera. De hecho, lo que quería era irse con él, alejarse de su madre. Pero era su madre y ya la había ofendido suficiente el día anterior.

Jens salió con paso decidido. Oír cómo se alejaba y se hacía el silencio fue una tortura.



—Margot, querida, discúlpalos, Elían y yo hemos de dejarte.

Jens fue directo al despacho del Conde. Esa mujer era una fanática de la religión y, además, corta de entendederas, con una visión muy limitada del mundo. La combinación era muy peligrosa y se había quedado a solas con Elían, con su Elían. Tenía que hacer algo. El Conde tenía que intervenir.

Llegó a la puerta del despacho y llamó con decisión.

—Adelante —dijo el Conde desde dentro.

Estaba con Darean, que se encontraba de pie junto a su padre.

—Mi señor, siento molestaros pero hay un asunto que necesito tratar con vos. Es sobre mi señora Elían.

—Hijo, déjanos solos un momento —dijo dirigiéndose a Darean que se mostró contrariado y algo molesto pero obedeció a su padre y salió del despacho—. Jens, lo de ayer fue toda una sorpresa. Nunca imaginé lo que mi hija era capaz de hacer. Tú influencia está siendo muy positiva. No sé que estás haciendo pero sigue así. —Jens agradecía sus palabras pero, en este momento, sólo acrecentaron su desasosiego. El Conde debió verlo porque cambió el tono al preguntar—: ¿Qué ocurre, Jens?

—Ser Darsus, tu esposa ha decidido pasar todo el día con Elían y me ha prohibido estar con ella. Dice que puede que los próximos días tampoco requiera mis servicios. Temo por tu hija.

—Sí, está bastante molesta en general y lo de ayer aún la ha molestado más. Es que a ella hay pocas cosas que le gusten. Es como si estuviera enfadada con el mundo. Pero no temas, hoy someterá a Elían a todo un día de rezos y plegarias a modo de penitencia, eso será todo. Es lo que acordamos anoche después de la conversación tan animada que tuvimos. Esta noche, después de la cena volverás a tener a Elían, por eso no te preocupes.

Pues claro que se preocupaba, todo un día de adoctrinamiento podía causar estragos. Sólo podía confiar en que la conversación con Elían la noche anterior hubiera calado lo suficientemente hondo como para mantenerse firme. Ella no tenía nada de lo que arrepentirse.

—A propósito, Jens, ya que hoy vas a tener tiempo libre, ¿qué te parece si coges la yegua de Elían y tratas de espabilarla un poco?

—Elían dice que sólo sigue a tu caballo.

—Sí, eso es lo que le dije a ella, pero no es del todo cierto. Es una yegua

muy tranquila y seguiría a cualquiera que la guiase, hombre o caballo. Le dije eso para que no pudiera montar sola, es peligroso. Imagina que va por el bosque y hay una rama baja, la yegua no la va a esquivar y Elían podría golpearse.

—Entiendo.

—Creo que sería conveniente que aprendiera a montar con más dominio. Puede que tenga que usar otros caballos durante vuestro viaje y no todos son como Epona.

»Ve a las cuadras y trabaja con la yegua. Que se acostumbre a responder a quien la monta. Mañana te llevarás a Elían para que vaya aprendiendo a dominarla.

—Eso le gustará mucho. —Recordó que le dijo que era una de las pocas cosas que la hacía sentirse libre. Le sentará bien después del injusto castigo de hoy.

—Por cierto, hace un par de días llegó la respuesta a la carta que enviamos a tu amigo de Dinamarca. —Abrió un cajón de su mesa y sacó una carta sellada dentro de otra abierta más grande—. En la primera carta agradece mi actuación como intermediario y me pide que te haga llegar la segunda.

Jens pudo comprobar que el sello con el escudo de Hakon Gilgersson estaba intacto. La abrió y la leyó para sí.

### ***Jelling, 10 de marzo de 883***

***Loados sean los dioses por devolverme del Valhala a mi querido amigo, el Jarl Jens Eriksson.***

***Lamento comunicarte que tu padre, el Rey Erico III falleció el pasado invierno. Ahora reina tu hermano Björn y Erik es su mano derecha. Si quieres que les informe de que estás vivo mándame una carta para ellos y se la haré llegar.***

***En cuanto al fraile, murió haciendo honor a su fe, entregando su vida por los demás. Concretamente por dos huérfanos que escaparon de Ranrike y buscaron cobijo en Østfold. Los niños contaron que los perseguían unos saqueadores y que el fraile se interpuso para que pudieran huir. Cuando todo acabó, los niños volvieron y encontraron al fraile decapitado. No sabían su nombre, pero por lo que recuerdo de él, seguro que era Fray Fenton.***

***Espero noticias tuyas.***

## *Hakon Gilgersson*

—Ser Darsus, me pediste que averiguara qué le había ocurrido a tu hermano —le leyó la parte de la carta que hacía referencia al fraile pero prefirió omitir el detalle de que lo habían decapitado—. Lo lamento, yo también lo apreciaba mucho. Con esto, doy por cumplida la mitad del acuerdo. Sólo queda Elian. ¿Te importa que responda a Hakon?

—Adelante. —Le ofreció asiento, pluma y papel, como ya había hecho el día que llegó—. Mi pobre hermano —comentó en voz baja—, murió tal y como vivió, entregándose a los demás.

Cuando Jens hubo terminado de redactar la carta, la selló y se la entregó a Ser Darsus quien le entregó a su vez un paquete de cartas anudado.

—Toma, aquí tienes las últimas cartas de Fenton. En ellas habla de tu familia y del viaje que hizo contigo hacia los fiordos. Dejo a tu elección si quieres cambiar tu nombre por otro o si prefieres que Elian vaya reconociéndote en la historia. Y de mi esposa ya me ocuparé yo para que no os moleste.

—Gracias, Ser.

—Gracias a ti Jens, por todo lo que estás haciendo por ella.

—Elian es muy especial. Pero aquí se siente atrapada.

—Cierto, por eso te pedí que te la llevaras, para que pueda ser libre y feliz. Aunque yo no la vea, saber que va a estar bien es suficiente.

—Lo estará. Me encargaré de que así sea. Lo que aún no sé es en calidad de qué me la llevaré. Estoy valorando seriamente el ofrecimiento que me hiciste.

—Cuando lo sepas, házmelo saber.

Caillean cerró la puerta con llave. En la sala común de las mujeres sólo se encontraban ellas dos. Elian oyó a su madre dejar las llaves sobre una mesa y acercar el reclinitorio. Elian suspiró aliviada, su madre sólo quería que rezara mientras le leía las escrituras. Ya lo había hecho otras veces, podría soportarlo.

Caillean se paró delante de ella y habló con tono frío y distante.

—Ayer te abrazaste a un esclavo delante de todos en el patio.

—Yo no... —Caillean le cruzó la cara de un bofetón. Elian podía sentir palpar su mejilla inflamada y el sabor a sangre en su boca.

—No me repliques. Responde sólo cuando te pregunte. —Caillean respiró

hondo y prosiguió—. Ayer ofendiste a mucha gente, pero la mayor ofensa fue hacia el Padre. Una sierva de Dios no tiene por qué tocar un arma, ni a un hombre y mucho menos a un esclavo. ¿Cómo de grande ha sido tu ofensa, Elian? Cuando os quedáis solos ¿lo tocas? ¿Te toca él a ti? —Calló. Esta vez sí esperaba respuesta.

—Sólo utilizo su brazo como guía. A veces toma mi mano para ayudarme con algo y le estoy curando unas viejas heridas que tiene en la espalda.

—¿Se quita la camisa en tu presencia?

—Sí.

—¿Y te parece correcto que un esclavo muestre su torso desnudo a una sierva de Dios?

—Sólo le curo las heridas, no hay nada de malo en... —le asestó otra bofetada en la otra mejilla.

—Dios es el único que puede juzgar lo que es correcto y lo que no. El torso desnudo de un hombre es una tentación del demonio y ten por seguro que ese maldito bárbaro vikingo es un demonio que ha venido a profanar tu pureza. ¿Has copulado con él? Lo voy a comprobar, así que, por tu bien, no me mientas.

Elian no reconocida a la mujer que tenía delante, ¿qué le había pasado a su madre?

—No, claro que no.

—Levántate las faldas y separa las piernas. —Elian estaba temblando, ¿hablaba en serio?—. Estoy esperando.

Elian se agachó y cogió el bajo de la túnica y la camisa y las alzó separando un poco las piernas. Su madre se arrodilló, desató las calzas y buscó la abertura hacia su interior introduciendo los dedos sin ningún cuidado. Elian ahogó un grito de dolor por la brusquedad del gesto y se le saltaron las lágrimas cuando sintió unos tirones en sus entrañas.

Su madre terminó el reconocimiento, se levantó y fue a lavarse las manos en la tina.

—Quítate las ropas y descubrete la espalda —hablaba con una frialdad tan natural que Elian estaba aterrada. Apenas acertaba a deshacer la lazada de la sobrevesta y a su madre le debió parecer que lo hacía demasiado despacio, porque se la quitó de un sólo tirón.

—¿Te das cuenta de lo inútil que eres? —dijo mientras le sacaba la túnica por la cabeza— Ni siquiera puedes desvestirte sola. ¿Así quieres hacerme creer que ese demonio de esclavo no te viste ni te quita la ropa? Menos mal que he

intervenido a tiempo de salvar tu virtud. —Le abrió la camisa dejando la espalda de Elian desnuda—. Arrodíllate —le dijo mientras le acercaba el reclinatorio.

Elian obedeció y agradeció poder apoyar sus temblorosas rodillas. Inspiró profundamente notando el intenso aroma a incienso y velas que invadida la estancia.

—Lo que voy a hacer ahora, Elian, me duele más a mi que a ti. Pero la culpa es tuya y de ese bárbaro. No volverás a tocarlo ni volverá a tocarte. Tu alma debe seguir siendo pura y tu cuerpo impoluto. —Hizo restallar el flagelo de cuatro tiras de cuero sobre la espalda de Elian.

Ella gritó y rompió a llorar.

—El dolor purifica —volvió a flagelar a su hija.

Esta vez el grito fue más contenido.

—Madre, por favor... —trató de hablar entre sollozos.

—No me supliques a mi. Suplícale a Dios que te perdone el dejarte tocar por un demonio.

Elian pensó en Jens, en sus abrazos, en sus manos, en la ternura con la que la había acariciado la noche anterior al consolarla, los suaves susurros cómplices y se dio cuenta de que su madre ya le había flagelado dos veces y apenas lo había notado. Si Jens era un demonio, ella era feliz de estar bajo su embrujo. Él siempre la había animado y apoyado y, ahora, también lo estaba haciendo.

Su cuerpo sufría el dolor que le provocaba su madre. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Pero su mente estaba lejos, en otra tierra. Esa que describía su tío Fenton en las cartas que Jens le leía. Esa tierra a la que se fugaría si conseguía que liberaran a Jens a tiempo de evitar que la enclaustraran. Y si no lo liberaban, se fugaría con él de todos modos. No sabía si Jens seguiría a su lado una vez libre pero, con que la llevara con él hasta allí era suficiente.

La flagelación terminó. Elian escuchaba la respiración de agotamiento de su madre que se sentó en un sillón junto al reclinatorio.

A Elian le dolía hasta respirar. Volver al mundo real la hizo estremecerse y no pudo evitar gemir de dolor.

—Nuestro Señor sufrió también en la cruz. Si él pudo soportar el peso de nuestros pecados, tú podrás con el peso de los tuyos. Reza hija, reza para purgar tu cuerpo del contacto impuro de ese asesino de cristianos.

Su madre empezó a leer las sagradas escrituras.

Jens entró en la cocina a la hora de la cena, como era habitual. Se asomó al comedor para ver a Elian pero su sitio en la mesa estaba vacío, al igual que el de Caillean. Algo no iba bien. Justo cuando iba a entrar para preguntarle al Conde por su hija, Melantea lo detuvo.

—Si buscas a tu señora no la encontrarás en el comedor. Se han pasado todo el día, ella y su madre, encerradas bajo llave en la sala común de las mujeres. Ahora voy a llevarle la cena a la señora Condesa.

—¿Y a Elian no?

—Según la señora está haciendo ayuno.

—¿Ayuno? Te acompaño. Tengo que sacar de ahí a mi señora.

Jens se sentía indignado, no sólo la castigaba a un día de encierro y rezos sino que, además, la dejaba sin comer. Esto era demasiado.

Llegaron a la puerta de la sala y Melantea llamó. Se oyó girar la llave. Caillean abrió la puerta y en cuanto vio a Jens intentó cerrarla. Él empujó la puerta abriéndola de par en par y casi derribando a Caillean.

—¡No! Tú no puedes estar aquí, maldito bárbaro.

Jens hizo caso omiso a sus palabras, se quedó petrificado con lo que encontró: Elian llevaba la camisa de lino bajada hasta la cintura, con la espalda descubierta, dejando ver las marcas de lo que parecía un látigo. Estaba sentada sobre sus talones apoyada en un reclinatorio con el cabello despeinado, el rostro hinchado y los ojos cerrados. Al escucharlo entrar alzó la cabeza y lo llamó:

—Jens —apenas fue un susurro pero él no necesitó más. Fue hacia ella corriendo para socorrerla.

—¡No la toques! ¡No te atrevas a ponerle una mano encima, sucio animal! — Pero Jens estaba ya tratando de levantar a Elian sin hacerle más daño— ¡No! Con todo lo que he hecho. Elian, no lo permitas. Recuerda que es un demonio que te está tentando. Resiste hija. —Elian estaba helada y se agarraba a él con todas sus fuerzas, que eran pocas, gimiendo de dolor—. ¡Aléjate de ella! —dijo mientras alzaba el flagelo amenazante hacia Jens.

—Sácame de aquí —le dijo Elian con un hilo de voz.

Con una mano se colocó a Elian sobre un hombro, sujetándola por las piernas para no tocarle la maltrecha espalda, mientras con la otra atrapó ese látigo corto de varias tiras con el que Caillean trató de atacarlo, arrebatandoselo de las manos.

—¿Os atrevéis a llamarme animal a mí cuando le habéis dado una paliza a vuestra propia hija sin razón? Os juro, señora, que no volveréis a acercaros a ella

jamás.

Tiró el flagelo al suelo lejos de ellos y salió de la sala. Melantea aún estaba en la puerta sujetando la bandeja atónita con la escena y Jens la sacó de su trance:

—Avisa inmediatamente al Conde de lo que has visto y pídele que acuda a los aposentos de mi señora.

—Melantea, espera —Caillean empezó a hablarle pero la sierva ya había dejado la bandeja sobre una mesa y salió corriendo de allí.

Jens pudo escuchar cómo Caillean volvía a cerrarse con llave en la sala. Por él, podía tirarse por la ventana si quería.

«*Maldita loca*».

Hacía horas que Elian había dejado de notar su propio cuerpo, salvo por el dolor. Sólo había dolor. Toda ella era dolor. Le dolía la flagelada espalda, la magullada cara, las entumecidas piernas y brazos, le dolían las entrañas y le dolía el corazón de pensar que todo ese dolor se lo había provocado su propia madre. Tenía frío y hambre. Estaba agotada. Lo único en lo que podía pensar era en Jens, en que la salvara de esa pesadilla. Cuando lo oyó entrar no estaba segura de si era real o lo estaba imaginando. Cuando la cogió y la levantó, su cuerpo no respondía, no se aguantaba de pie y apenas podía agarrarse. Dejar la postura en la que llevaba horas y horas sólo le provocó más dolor. Pero sentir el calor del cuerpo de Jens fue muy reconfortante. Oyó a su madre decir algo pero ya no importaba, sólo quería salir de allí.

Al llegar a su alcoba Jens la sentó en el lecho con cuidado para examinarla. Le acarició la línea de la mandíbula. Seguramente estaba valorando las mejillas magulladas y el labio partido e hinchado. La ayudó a tumbarse boca abajo para poder revisar su espalda. La tapó con unas mantas hasta la cintura y con un paño húmedo empezó a lavarle la espalda.

—Por suerte, tu madre no tiene mucha fuerza y las heridas no son graves. No hay casi sangre pero tienes la espalda en carne viva y ya empiezan a verse los moretones.

Elian se estaba dejando mecer por su voz y su contacto. Casi se estaba quedando dormida cuando llamaron a la puerta y entró su padre.

—Elian, hija, ¿pero que ha pasado? —dijo mientras se acercaba al lecho. Parecía horrorizado—. Por Dios, tu madre se ha vuelto loca, ¿cómo ha podido

hacerte algo así? —Le cogió la mano—. Lo siento, hija, no imaginé que llegase tan lejos. No debí dejar que se quedara a solas contigo. Sobre todo, después del aviso de Jens. Vino a verme preocupado por la actitud de tu madre ¿sabes? —Hizo una pausa y suspiró—. Ay, Jens, también te debo una disculpa. En lugar escucharte te disuadí de que intervinieras. Podría haber evitado esto. Espero que me perdonéis los dos.

—Ahora lo que importa es que mi señora descanse y que se tomen medidas respecto a vuestra esposa, mi señor.

—Por supuesto. Se ha vuelto a encerrar en la sala pero en cuanto salga la encerraré yo en una alcoba para que no pueda hacer daño a nadie. Si tantas ganas tiene de mandar a alguien al convento que se vaya ella.

»Elian, ¿qué necesitas? —cambió a un tono más protector—. ¿Quieres que te traigan algo de comer?

—Me tomaría un caldo caliente, padre.

—Voy a pedir que te lo preparen. Yo me retiro ya para que puedas descansar. —Le dio un suave beso en la frente—. Te quiero, hija —le susurró—. Jens, cualquier cosa que necesites avísame.

—Lo haré.

Oyó los pasos de su padre alejándose y el sonido de la puerta al cerrarse. Volvía a estar a solas con Jens, que no había dejado de pasar el paño por su espalda suavemente.

—Elian —susurró Jens. Le encantaba que la llamara por su nombre y dejó escapar una media sonrisa—, de todos los frascos que tienes en el cajón, ¿con cuál te puedo curar esto?

—Con aceite de hipericum.

Al sonreír le dolía el labio, pero no le importaba. Ahora estaba a salvo.



## CAPÍTULO 5

Elian pasó mala noche. Se despertó varias veces, unas por el dolor y otras por los recuerdos de la tortura. Pero cada vez que despertaba Jens tomaba su mano y le susurraba palabras de sosiego. En alguna ocasión se la besó y un par de veces la posó sobre su rostro para que Elian pudiera estar segura de que era él quien estaba a su lado.

Cuando Elian oyó el canto del gallo se encontró a Jens dormido sosteniendo su mano. Se había pasado toda la noche en el sillón junto a ella.

La espalda le dolía a rabiar. Sentía la piel tirante por los latigazos. Las mejillas estaban perfectas, o eso le parecía a ella, y la herida del labio se le había hecho costra.

Elian acercó a su rostro la mano de Jens para besarla y acariciarla suavemente.

Jens se despertó enseguida.

—Buenos días —por su voz dedujo que él no había descansado demasiado—, ¿cómo te sientes?

—Me duele, pero sobreviviré —trató de decirlo con una sonrisa.

—El día de después es el peor, luego va mejorando. Así que hoy toca reposar y recuperarse.

—¿Cuando te daban latigazos te dejaban descansar un día?

—No, pero yo soy un esclavo y tú la hija de un conde.

Jens la ayudó a incorporarse para que tomara la fruta que Melantea les había llevado la noche anterior con la cena.

Después, le revisó la espalda y le volvió a hacer las curas.

—Esto va muy bien. Mañana ya podremos dar un paseo. Calculo que en cinco días, más o menos, podrás montar a caballo. Suave, pero sí, creo que podrás. —A Elian le sorprendió la valoración. No sabía si Jens se refería a que ya estaría bien o a que tenía pensado sacarla a pasear a caballo de verdad.

—¿Dices en serio lo de salir a montar?

—Fue una de las cosas que hablamos ayer tu padre y yo. De hecho, me pasé toda la mañana con Epona, haciéndola trabajar para que te obedezca a ti en lugar de seguir a otro caballo.

—Eso sería estupendo —sonreía ilusionada.

—Y tengo otra cosa que también te va a gustar —dijo Jens con tono de complicidad.

—¿Qué?

—Las últimas cartas de tu tío Fenton.

Elian sonrió aún más. Realmente le encantaba lo que contaba su tío sobre las tierras del Norte, sus gentes y sus costumbres. Era tan distinto a lo que conocía...

*Uppsala, 14 de Marzo de 873*

*Querido hermano.*

*Llegué a esta hermosa ciudad hace sólo unos días coincidiendo con una de sus festividades paganas.*

*La fiesta que están celebrando consiste en un gran sacrificio o, como ellos lo llaman, Dísablót, para pedir a los dioses que sus campos sean fértiles al igual que los vientres de sus esposas. Se realiza cada nueve años. Hombres y mujeres, ancianos y niños, todos, peregrinan al Templo de Uppsala para celebrar esta fiesta durante nueve días. Lo hacen bailando alrededor de símbolos fálicos, ofreciendo sacrificios de machos de animales y entonando canciones un tanto obscenas que prefiero no transcribir.*

*Me han acogido, como siempre, con hospitalidad. He preferido esperar unos días para hablarles de Nuestro Señor y el camino de la salvación porque se me antoja que decirles que su fiesta es un pecado en sí misma no les va a gustar demasiado. Como siempre, he empezado por hablarles de Jesucristo, su vida, su mensaje y ya iré contándoles más aspectos del cristianismo.*

*Pero la gran noticia es que aquí me he encontrado con Erico III de Suecia, el primer Rey que está consiguiendo unificar estos territorios bajo un mismo estandarte. Estaba con su familia para celebrar la fiesta y el Thing, que es una especie de asamblea donde se reúnen los hombres libres de todas las clases sociales para escoger a sus mandatarios. Me ofreció acompañarlos esos días como parte de su séquito y se ha mostrado muy interesado en conocer más a Cristo.*

*He podido comprobar que es un hombre bastante culto, ha leído mucho y quiere que sus seis hijos conozcan también nuestra cultura y lengua, tanto hablada como escrita. De manera que me ha ofrecido quedarme con ellos una*

*temporada. Lo cual me parece un acuerdo muy provechoso para ambas partes, yo les enseño el camino de la salvación y ellos aprenden a leer y escribir como Dios manda. Si el Rey se convierte al cristianismo será mucho más fácil que el vulgo también lo haga.*

*En cuanto a la Familia Real, son todos entrañables. La reina Gudrun es, como la mayoría de las mujeres de por aquí, cariñosa y amable pero fuerte y temible. Su anciana madre los acompaña. Te va a sorprender pero es cierto, es ciega desde niña, como tu hija Elian. Pero aquí nadie la trata como si estuviera limitada, al contrario, la veneran y realmente es una mujer extraordinaria. En su juventud se ocupó del cuidado de animales, del cultivo de tierras, empuñó armas y cabalgó a lomos de caballos sin montura. Viendo esto, creo que deberías permitir que tu hija montara a caballo, le haría bien. Los príncipes son seis, Björn, Erik, Jens, Gladys, Olaf y Thora. Los tres mayores se entrenan como guerreros, aunque también aprenden política y comercio. El mayor es el más grande y fuerte, sin embargo es el pequeño de los tres el que suele ganar las peleas, y eso que dice que no le gustan los enfrentamientos. También es el más curioso, siempre lo cuestiona todo y quiere saber el porqué de las cosas. Björn tiene muy buen temple, estoy seguro de que será un digno sucesor de su padre, aunque aquí los cargos no siempre pasan de padres a hijos. Erik es más alocado y le gustan demasiado las mujeres para lo joven que es, pero parece un buen chico. Gladys es una gran arquera y auguro que será una muchacha difícil de conquistar por un hombre, tiene mucho carácter. Olaf y Thora todavía son muy pequeños, se pasan el día jugando y correteando por ahí.*

*En fin, hermano, estoy feliz por poder servir al Señor dando a conocer su palabra y agradecido por hacerlo entre gentes tan amables.*

*Saluda a la familia de mi parte. Espero que todos estéis bien.*

*Tu hermano, que te quiere.*

*Fray Fenton.*

Los recuerdos de aquellos primeros días con el fraile atraparon a Jens y la descripción que hacía de su familia le hizo sonreír. Entonces sólo tenía quince años, ahora veinticinco y habían pasado muchas cosas, demasiadas, en muy poco tiempo. Entre otras, no volvería a ver a su padre.

Miró a Elian y vio lágrimas en sus mejillas pero no lloraba.

—Elian, ¿qué ocurre? ¿Te duele la espalda? —Se puso de pie para

examinarla.

—No, no es por la espalda —suspiró y se secó las lágrimas, Jens se volvió a sentar en el sillón junto a la cama—, es que, cuando me leyeron esa carta hace años se saltaron el trozo de la anciana y lo que dice de mi. Pero claro, las leía mi madre.

Parecía que Elian se estaba quedando dormida, Jens aprovechó para releer la parte de la carta en la que hablaba de su familia. Los echaba tanto de menos...

—Jens —dijo Elian sacándolo de sus pensamientos—, ¿uno de los príncipes se llamaba como tú?

—Sí.

—¿Es muy común tu nombre?

—No tanto como el de Erik pero sí, es bastante común.

Llamaron a la puerta y entró el Conde.

—Buenos días —Jens se levantó del sillón para que Ser Darsus pudiera ocuparlo. Se acercó al lecho y tomó la mano de su hija— ¿has podido dormir?

—Sí, pero creo que me he despertado varias veces, Jens te lo puede decir, no se ha separado de mí ni un momento.

—Ha pasado mala noche por los dolores y las pesadillas.

—Mi pobre niña —le acariciaba el pelo—, ¿cómo estás? Y no me refiero a las heridas.

—Ha sido horrible. Pero he tenido tiempo para pensar en muchas cosas. La primera es que mi madre ha perdido la cabeza y la segunda es que debo ser fiel a mí misma. Si alguien se siente ofendido por algo que yo haga o diga el problema es suyo, no mío. El resto de conclusiones, de momento, me las guardo.

—Podrás con esto, eres muy fuerte —le palmeó la mano y se la soltó para ponerse de pie—. Venía a decirnos que Caillean ha salido esta mañana de la sala y se ha dirigido a desayunar como si no hubiera pasado nada. Le he pedido que se marche al convento una temporada a hacer un retiro espiritual y a pensar en lo que ha hecho. Me ha dicho que tenía la conciencia tranquila pero que pensaría lo del retiro. Así que, mientras se lo piensa, va a estar encerrada en una de las alcobas pequeñas. Podéis quedaros tranquilos, no se volverá a acercarse a ti, Elian.

—Gracias. —Jens pensó que era muy triste, incluso antinatural, tener que proteger a un hijo de su propia madre.

—Bueno, tengo que dejaros.

—Padre, Jens me acaba de leer entera la carta del tío donde recomienda que

me enseñes a montar, ¿lo hiciste por eso? ¿Por su consejo?

—Mi hermano era un hombre muy sabio, si él creía que podría hacerte bien seguramente así sería.

—Tenía razón. Me encanta montar.

—Lo sé. A mí me da pavor que montes pero nunca me opondré a tu felicidad —el Conde miró a Jens mientras decía el final de la frase, él entendió que se refería al acuerdo que tenían y asintió.

Por la tarde recibieron la visita de Lerin y Cárdigan. Vinieron juntos y Elian se alegró mucho de escuchar a Lerin pero cuando entró su hermana le pareció, por un momento, que era su madre. Respiró aliviada al darse cuenta de que era Cárdigan.

Jens la ayudó a sentarse.

—Elian, ¿es cierto que madre te ha flagelado? —preguntó Lerin.

—Sí, Lerin, lo es.

—Pero ¿por qué lo ha hecho? ¿No le gustó que tiraras con arco?

—Eso parece —¿cómo podía explicarle que en realidad fue para limpiar su alma del contacto impuro de Jens?

—Supongo que hoy no practicaremos con el arco —Lerin lo dijo con la esperanza de que Jens se compadeciera de él y bajara.

—Puedes practicar tú, yo te veré por la ventana —le dijo Jens. «*Qué bueno es, tiene corazón para todos*».

—Entonces voy a ponerme ya a tirar —dijo Lerin con su entusiasmo habitual —. Que te mejores, Elian. —Y se marchó dejando a Cárdigan que no había abierto la boca.

—Siempre creí que sería yo la que se llevaría los latigazos. Lamento lo ocurrido.

Parecía otra persona. No había hecho el intento de acercarse a Jens, ni había usado segundas intenciones. Realmente parecía sincera.

Cárdigan se sentó en la cama junto a ella, le cogió la mano y le acarició la cara. Elian se giró hacia su hermana y rompió a llorar dejándose abrazar por ella.

—Llora hermanita, desahógate.

—Ha sido horrible —dijo Elian tratando de parar el llanto.

—¿Te hizo la prueba de la virtud?

—Sí.

—¿Y está intacta?

—Claro que sí —dijo casi indignada por la duda.

—Ahí lo tienes, yo fui un caso perdido, tú eras recuperable.

—¿Te dolió cuando te la hizo?

—Madre nunca ha sido delicada.

—¿Pero cuando lo haces con un hombre por primera vez duele así?

Cárdigan soltó una risita divertida.

—No, claro que no. Cuando lo haces con un hombre es muy placentero. Y ¿sabes qué? —le susurró con una sonrisa picarona—. Me parece que tu esclavo estaría encantado de demostrártelo. Lo tienes enamorado.

—Anda deja tus bromas que no estoy de humor. —Ya se parecía más a la Cárdigan de siempre.

—Lo digo muy en serio. Tú estás ciega y no lo ves, pero cualquiera que tenga ojos puede darse cuenta de cómo te mira y se desvive por ti.

—Bueno, es mi esclavo. Es su trabajo.

—No, hermanita, de eso nada. Hazme caso, que de hombres yo sé más que tú. De hecho, no entiendo cómo padre permite que duerma tan cerca de ti, con lo protector que es contigo.

—Lo cierto es que hay cosas que yo tampoco termino de entender.

—¿Y tú que sientes por él?

—Nada —se apresuró en su contestación—. Quiero decir —carraspeó—, lo aprecio mucho. Me gusta su compañía y su trato —no iba a reconocer lo que sentía. Entre otras cosas, porque ni siquiera ella lo tenía claro—. Lo considero un amigo y quisiera que no lo molestases más.

—Tranquila, no lo haré. Él te ha escogido a ti. Y tú estás tan enamorada de él como él de ti. Si hasta madre se dio cuenta, por eso se puso como se puso. Aunque su reacción ha sido desproporcionada.

—Madre ha perdido el oremus.

—Completamente —concluyó Cárdigan.

Guardaron silencio un rato mientras seguían abrazadas consolándose mutuamente.

En el momento en que Lerin había salido de la alcoba, Jens fue hacia la ventana para dejar un poco de intimidad a las hermanas. Cárdigan sólo lo había mirado de refilón y se estaba mostrando protectora con Elian, así que las dejó con sus confidencias. Hablaban en susurros, de modo que él no llegaba a

escuchar nada. Se asomó a la ventana y vio a Lerin preparándose para practicar con su arco.

## CAPÍTULO 6

Al día siguiente Margot se puso de parto y Elian quiso estar con ella en todo momento. Así que Jens no tuvo más remedio que estar también.

Salvo el nacimiento de algún potro nunca había presenciado un parto. Allí sólo había mujeres que iban y venían, que hablaban y callaban, que contaban historias de partos terroríficos o de lo fáciles que habían resultado otros. Discutían sobre la posición en la que estaba el bebé y si era niña o niño.

Estuvo tentado de salir de allí, pero no quería separarse de Elian. Se la veía feliz. Estaba ayudando a la partera en todo lo que podía, acomodando a Margot, masajeándole la espalda, incluso metiendo la mano en su interior para comprobar si el bebé podría pasar o no.

Cuando llegó el momento de los últimos empujones, Margot ya estaba agotada y la partera le pidió a Elian que la ayudara a empujar. Cuando notara las contracciones debía presionar en la parte superior de la barriga. Entre las tres consiguieron que el bebé saliera en cuestión de minutos. Era una niña. Darla.

La sangrienta escena le recordó las carnicerías que se producían en el campo de batalla. Curiosa comparación, allí había muerte y aquí vida.

Los días de descanso de Elian no lo fueron tanto. Jens le curaba la espalda cada mañana y cada noche. Después, ella también trataba sus cicatrices. El resto del día estaban en los aposentos de Margot entreteniendo a Darla para que la recién mamá se recuperara.

A Elian le encantaba coger a su sobrina. Despertaba en ella mucha ternura. Se preguntaba si algún día sería madre y, de serlo, si podría cuidar de sus hijos. Por ejemplo, cuando Darla hacía sus deposiciones siempre dudaba de si estaba completamente limpia o se había dejado algo. Aunque, por lo que le había contado Jens, en su tierra las mujeres nunca estaban solas. Siempre había gente en la casa, siervas, esclavas, hermanas, abuelas, incluso en las casas más modestas.

No lo había hablado aún con su padre, pero Elian daba por sentado que, tras la actuación de su madre, ya no iría al convento.



La idea de la fuga iba cambiando de forma. Ya no necesitaba fugarse para evitar el enclaustramiento, simplemente quería irse a vivir al Norte porque sentía que allí sería feliz. Lo cierto, es que tras la conversación con Cárdigan, Elian había estado más atenta a las reacciones de Jens y sí, era verdad que la trataba con más cariño que antes. Pero podría deberse a que ella le había dado permiso para hablar y comportarse con libertad cuando estuvieran solos. Estaba hecha un lío. No estaba segura de lo que él sentía por ella, pero lo que sí sabía es que ella estaba completamente enamorada de él. Podría ser un problema si seguían siendo ama y esclavo, pero pensaba liberarlo e irse con él, como dos ciudadanos libres y, una vez allí, ya pensaría qué hacer.

Esa noche Jens le estaba curando la espalda mientras ella estaba tumbada en la cama boca abajo cuando le preguntó:

—Jens, la anciana ciega de tu pueblo de la que me hablaste ¿era la madre de la reina?

—Sí.

—Ya no vivirá, ¿no?

—Me temo que no.

—Lástima, me habría gustado conocerla y preguntarle algunas cosas.

—¿Qué le preguntarías?

—Cosas del día a día, supongo. Cómo llevar la casa, el cuidado de los hijos, las rutinas y las tareas que hacía ella en concreto.

—Pues lo hacía como cualquier otra mujer y donde no llegaba la ayudaban.

—Me da miedo ser madre —le confesó de pronto.

—¿Miedo? ¿Por el parto?

—No, porque no sé si seré capaz de cuidar de un bebé sin hacerle daño.

—Elian, cuando te veo con Darla en brazos sólo puedo pensar en la suerte que tendrán tus hijos de tener una madre así. —Jens había terminado con su espalda y ella se levantó de la cama cerrándose la camisa con el cordón del escote. Jens estaba de pie frente a ella y le susurró—: Estoy seguro de que serás una gran madre.

Por un momento, Elian lo sintió muy cerca, le pareció que él se acercaba más y ella estaba dispuesta a no dar un paso atrás. Notó la respiración de Jens sobre su rostro y se le aceleró el corazón esperando la llegada del beso, pero él se apartó de pronto.

—Ya tienes la espalda bastante bien. Mañana podremos salir a montar. —Se

alejó de ella, fue a la cómoda a dejar el frasco de aceite de hipericum y a coger el de onagra.

Había estado a punto de besarla y, lo peor, es que ella se había dado cuenta. Ya llevaba casi una semana acariciándole la espalda medio desnuda y cada vez le costaba más resistirse a ella. La amaba, eso no podía negarlo. Pero no sabía lo que sentía ella. Tal vez sólo lo consideraba un amigo, alguien que, por fin, le hacía caso y que la apoyaba. Temía su reacción cuando se enterase del acuerdo que hizo con Ser Darsus.

Le entregó el aceite a Elian, se sentó en el arcón y se quitó la camisa. Elian se acercó despacio.

—¿Va todo bien? Me ha parecido que has cambiado de conversación bruscamente. ¿He hecho o dicho algo que te haya molestado?

—No, no, es sólo que llevamos varios días sin salir apenas y creo que nos sentará bien el aire libre.

El contacto de Elian, sus caricias, su cercanía, su olor, era una tortura, pero a la vez tan dulce que no quería renunciar a este placer. Elian tenía razón cuando le habló de las “necesidades” de los hombres. De hecho, en cuanto se metiera en su celda iba a aliviarse pensando en estas caricias.

## CAPÍTULO 7

La reacción de Jens la noche anterior la había confundido aún más de lo que estaba. Iba a besarla, seguro, pero entonces ¿por qué se apartó así? ¿Pensaría que ella lo iba a rechazar? ¿Estaba jugando con ella? ¿Temía las posibles consecuencias si los descubrían?

En cualquier caso, no iba a resolver ahora el misterio. El día prometía ser muy interesante. Por fin, iba a montar a Epona, después de tanto tiempo, con el objetivo de que le respondiera a ella. Estaba muy ilusionada.

En las cuadras prepararon a Epona. Jens se hizo con una cuerda larga para usarla como ronzal. Elian subió a lomos de su yegua y se acomodó en la silla a horcajadas. Debido a su ceguera, decidieron que sería más seguro que montará como los hombres. Tenía una túnica especial para ello, con cortes verticales delante y detrás, que le permitía sentarse cómodamente sobre la montura sin que la falda hiciera molestas arrugas. Apretó las rodillas y tomó las riendas tal y como le habían enseñado: con contacto en la boca del animal pero sin tirar, con una suave tensión.

Jens la guió con el ronzal hasta salir del castillo en dirección contraria al pueblo. Allí había una explanada bien despejada, sin duda, para tener cierta ventaja ante posibles ataques enemigos.

—¿Qué te parece si comprobamos qué eres capaz de hacer con la yegua?

—De acuerdo, pero ya te dije que sigue al caballo de mi padre. Va a ser difícil sacarle el trote y menos el galope sin él.

—Eso está por ver. —Y se alejó un poco desenrollando la cuerda hasta situarse a unos diez pasos—. Hazla caminar al paso.

Elian golpeó suavemente con los talones pero la yegua no se movió.

—No tengas miedo de espolear un poco más fuerte. Te tengo cogida, Epona sólo podrá avanzar en círculos.

—No quiero hacerle daño.

—No vas a hacerle daño —a Jens le hizo gracia el comentario—. Los caballos tienen una piel muy gruesa y dura para soportar la vida en la intemperie.

Elian volvió a espolear pero Epona siguió sin moverse.

—Vamos a probar otra cosa. Los caballos se mueven para buscar comida, siguiendo al líder del grupo o para huir.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Elian asustada.

—No te preocupes, sólo voy a azuzar un poco a la yegua. Afloja las riendas y asegura el asiento. Y relájate, no voy a dejar que te pase nada.

Elian respiró profundamente y se irguió sobre la montura. Jens se acercó a los cuartos traseros del animal y, con la cuerda que aún llevaba enrollada, hizo el amago de golpear a Epona. La yegua seguía sin moverse, así que repitió la operación pero esta vez sí la golpeó y Epona echó a andar.

—Ahora espolea al ritmo de su paso para que no se pare.

Jens se quedó a cinco pasos esta vez, con la cuerda enrollada en su mano derecha levantada a modo de amenaza, por si la yegua se volvía a parar.

—Elian, tira un poco de la rienda derecha, Epona está girando demasiado. Viene hacia el centro.

—¿Así? —La yegua fue hacia Jens y se paró ante él—. Vaya, se ha parado —suspiró—. Lo siento, Jens.

—No pasa nada, apenas hemos empezado. —Se acercó a Elian—. Lo que ocurre es que no te han enseñado a guiar al caballo, sólo a mantenerte encima mientras otros lo hacen por ti. De momento, te voy a ayudar a trotar. Practicaremos todos los días para que Epona acabe obedeciéndote a ti.

—¿Crees que lo podemos conseguir?

—Claro, y si no, al menos lo habremos intentado. Y ahora vamos otra vez, primero al paso y luego al trote.

Jens caminó por delante de la yegua y ésta le siguió. Él apretó un poco el paso y Epona también lo hizo.

—Ahora vamos a intentar sacarle el trote. A la de tres quiero que espolees con fuerza, yo empezaré a correr.

—De acuerdo.

—Uno, dos, ¡tres! —Empezó a correr a poca velocidad. Elian espoleó y la yegua cambió de aire a un trote corto.

Elian sonreía. Era la primera vez que hacía algo y su yegua le respondía, aunque fuera con la ayuda de Jens.

Le encantaba la brisa que le acariciaba el rostro al trotar. Dominar un animal

tan fuerte le hacía sentirse libre y poderosa, como si la mismísima diosa Epona se hubiera encarnado en ella.

Jens la miraba por encima del hombro para asegurarse de que todo iba bien. Estaba disfrutando, concentrada en ese horizonte lejano que sólo ella conocida.

—¿Qué tal vas?

—Estupendamente.

—¿Corremos un poco más?

—Me sabe mal hacerte correr así.

—No te preocupes, a mi me sirve para hacer ejercicio.

—Entonces, adelante.

—A la de tres espoleas otra vez. Una, dos ¡tres!

Jens aceleró el ritmo de la carrera y Epona cambió a un trote más rápido.

Elian soltó una carcajada de felicidad. Mantuvo una gran sonrisa durante todo el tiempo que estuvieron corriendo y trotando, bajando y subiendo el ritmo para que Epona relacionara las patadas de Elian con los cambios de velocidad de Jens.

Llevaban más de una hora corriendo. Los tres estaban sudando.

—Creo que por hoy es suficiente —dijo Jens—. Es mejor ir poco a poco.

—Lo cierto es que estoy un poco cansada y me molesta un poco la espalda.

—Elian seguía sonriendo—. Pero mañana más.

—Lo has hecho muy bien, Elian.

—Gracias. Sin tu ayuda no habría podido hacerlo.

—¿Qué te parece si nos despedimos de Epona con un galope?

—¿Vas a correr aún más rápido?

—No —rió—, voy a subir ahí arriba contigo y a sacarle el galope ahora que está predispuesta a obedecer. Si te parece bien, claro.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Elian con una sonrisa cómplice.

—Tienes que sentarte detrás de la silla, sobre la manta.

Elian soltó las riendas y cuando se disponía a empujarse hacia atrás sintió las manos de Jens sobre su cintura y se sobresaltó.

—Tranquila, es sólo por si resbalas. Vas bien.

Elian asintió y prosiguió hasta colocarse detrás de la silla.

—¿Así estoy bien?

—Estás perfecta. Ahora no te muevas.

Jens se agarró a las crines de la cruz de Epona, se impulsó con las piernas hasta apoyar su estómago sobre la montura, volvió a impulsarse, esta vez con los brazos y, haciendo un giro de cadera, se sentó en la silla pasando la pierna por encima del cuello del animal.

—Ahora agárrate fuerte a mi y aprieta las rodillas todo lo que puedas.

Elian se abrazó a él, sintiendo su camisa de algodón empapada en sudor. Ella también estaba sudando.

Jens espoleó suavemente y la yegua salió al paso. Espoleó otra vez y cambió al trote. Elian se agarraba con todas sus fuerzas a él y a Epona.

—¿Preparada?

—Sí.

Jens espoleó con fuerza a la yegua mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante haciendo que Elian se inclinase también. Epona galopó.

Llegaron a las cuadras montados los dos sobre Epona. Jens sabía que podría provocar comentarios que llegarían a oídos del Conde, pero era tan agradable el contacto del cuerpo de Elian que no quería que se acabara. Estaba perfectamente acoplada a él, seguía sus movimientos y ni un momento dejó de agarrarse, era como si estuviera hecha para él. Este pensamiento le recordó el ofrecimiento de Ser Darsus de hacer de Elian su esposa. La decisión estaba tomada, siempre y cuando ella aceptase, claro.

Bajó de la yegua de un salto, la tomó de la cintura para ayudarla a bajar y la atrajo hacia sí sólo para poder sentir el cuerpo de Elian sobre el suyo. Y menos mal, porque no podía casi ni mantenerse en pie del esfuerzo que había hecho. Se ofreció a prepararle un baño caliente para relajar los músculos ejercitados.

Una vez en su alcoba, él preparó la bañera llenándola con baldes de agua caliente. Cuando estuvo preparada, Elian se quitó la sobrevesta, la túnica y las calzas. Se metió en la bañera sólo con la camisa de lino, que acabó quitándose también. Si lo que pretendía era no mostrarse desnuda ante él, lo que consiguió fue todo lo contrario. La camisa de lino estaba empapada en sudor y se le pegaba al cuerpo, haciendo resaltar sus atributos. Cuando se la quitó y se la entregó, pudo verla perfectamente a través del agua. Contemplarla así, con su camisa en las manos y el recuerdo de su cuerpo pegado al suyo durante el galope de Epona,

hicieron que su miembro viril se inflamara en sangre. Jens estaba rozando los límites de su autocontrol últimamente. Tenía que centrarse en otra cosa o se metería en aquella bañera a robarle su virtud. Decidió organizar la alcoba, la ropa limpia que le habían entregado y terminó haciendo la cama. Lo que no fue una buena idea, porque no hacía más que pensar en perderse entre las sábanas con ella, que estaba desnuda, ahí, junto a él. Tenía que salir de allí. Pensó que quizá nadie se habría ocupado de Epona. Y salió dejándola en el baño, sola por primera vez en varios días.

Elian estaba disfrutando del relajante baño que le había preparado Jens. Él había salido a ocuparse de Epona y le aseguró que no tardaría.

Se sentía agotada y dolorida, pero feliz. Había galopado con Epona sin ayuda de otro caballo, sólo con Jens. No podía quitarse de la cabeza el momento en que la ayudó a bajar de la grupa de su yegua. Tomándola por la cintura e invitándola a dejarse caer sobre él. Cuando por fin tocó el suelo no se atrevió a soltarse de sus brazos. No sabía si era por el esfuerzo o por la situación en sí misma pero las piernas le temblaban.

Perdida entre sus recuerdos, de pronto se dio cuenta de que sus manos la estaban traicionando. Una estaba sobre un pecho y la otra en el muslo en busca de sus partes íntimas que palpitaban llamando a gritos a Jens. Elian se dejó llevar porque, ¿quién iba a enterarse? «Dios». Le pareció que la respuesta venía con la voz de su madre. «*Al cuerno. Si Dios no hubiera querido que hombres y mujeres se aliviaran solos, nos habría dado brazos más cortos para que no llegáramos a tocarnos*». Y volviendo a pensar en Jens, en sus manos alrededor de su cintura, siendo rodeada por sus brazos y el contacto de sus cuerpos sudorosos durante el galope con Epona, se acarició con sus propios dedos hasta llegar al éxtasis por primera vez en su vida.

Cuando Jens volvió, decidió entrar a su celda directamente y aprovechar para asearse un poco. Se cambió de camisa y miró por la rendija de la puerta antes de entrar a la alcoba de Elian. Pero lo que vio lo encendió como pocas veces había estado. Ella estaba tocándose mientras susurraba su nombre. Por un lado se alegró, la atracción era mutua y, por otro, era una situación delicada. Si surgiera la oportunidad, tal vez ninguno de los dos estaría dispuesto a parar. Ante ese

pensamiento y lo que estaba viendo, no pudo hacer otra cosa que aliviarse sus ganas de tomar a aquella muchacha y hacerla suya allí mismo.



## CAPÍTULO 8

Necesitaron casi veinte días para que Epona obedeciera a Elian sin demasiado esfuerzo. Incluso, habían conseguido que galopara sólo con Elian, sin ayuda de ningún tipo por parte de Jens.

Por las tardes, Elian quiso volver a practicar con el arco. Lerin estaba encantado de recuperar a su instructor y Jens también se alegraba de poder pasar más tiempo fuera de la alcoba de Elian. Ya no iban a la sala común de las mujeres. Elian no quería ni pasar cerca y lo poco que estaban leyendo eran las cartas de Fray Fenton. El tiempo libre que tenían lo pasaban con Margot, Darla y Cárdigan, que había asumido las funciones de su madre dentro del orden doméstico. A veces la dejaba con ellas para poder realizar otras tareas propias de esclavo. Lo cierto es que a Elian se la veía feliz con la cantidad de cosas que hacía a lo largo del día.

—Ya casi no te sientas en la ventana a escuchar —le comentó a Elian en cierta ocasión.

—Es cierto. Ya no necesito escuchar la vida de los demás. Estoy ocupada viviendo la mía —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

La diferencia de actitud de Elian era como la noche y el día. Jens sabía que su intervención había tenido mucho que ver, pero lo más importante fue apartarla de su madre, que seguía encerrada.

Elian se tomaba muy en serio las lecciones de tiro con arco. Poco a poco, aumentaron la distancia de tiro y Jens tuvo que ingeniárselas para explicarle a Elian que debía tener en cuenta la curva que hacía la flecha en el aire para rectificar el ángulo al tirar. Decidió coger una cuerda, atarla por un extremo a la diana e ir alejándose, con la cuerda lo más tensa posible, mientras Elian la palpaba notando el arco catenarico [2] que aumentaba por el peso de la misma y por la distancia entre los extremos. La inclinación al lanzar la flecha debía ser igual al ángulo que producía la cuerda con la horizontal, pero hacia arriba.

Tenía mucho mérito que Elian acertara en la diana, aunque se le fuera por arriba y por debajo del centro, pero poco a poco iba haciéndose con las medidas.

En cuanto a las curas nocturnas de espalda, Elian hacía días que había decidido que las cicatrices de Jens no iban a mejorar más. Se notaba el

tratamiento pero ya no había cambios. Ahora era él quien le aplicaba aceite de onagra en las pocas cicatrices que se le habían quedado a Elian, de hecho, apenas se notaban.

Jens estaba cerrando el frasco de aceite y dando una última pasada con su mano a la espalda en Elian a modo de despedida. Le encantaba el tacto de su piel.

—Hoy no hemos leído ninguna carta de tu tío, ¿quieres que te lea la siguiente? —Jens había descubierto que las cartas de Fray Fenton estaban resultando muy útiles para salir de momentos comprometidamente íntimos. Servía tanto leer una carta como comentar la que habían leído. Elian solía hacer muchas preguntas y a Jens le encantaba responderlas.

Una de las cosas que más le había sorprendido a Elian era que la estructura social del Norte era cambiante. Los reyes y los nobles eran escogidos en la asamblea de hombres libres, el Thing. Si el Rey o los Jarls no cumplían con su compromiso podían ser depuestos.

En las últimas cartas, Fenton contaba que los príncipes habían hecho grandes progresos con el idioma, incluso escrito. Destacaba las aptitudes de Björn para las negociaciones, las de Erik para la batalla, las de Jens en planificación de estrategias, de Gladys la memoria, de Olaf el afán de superación a pesar de su mala salud y de Thora la devoción religiosa a sus dioses paganos.

En la carta anterior, el Rey iba a emprender un viaje hacia los fiordos para convencer a sus habitantes de que, si le ofrecían vasallaje, él los protegería e impulsaría el comercio, enriqueciendo la zona y a todos los que allí vivían.

—Es cierto. Léeme la siguiente —contestó Elian mientras se incorporaba, se cerraba la camisa con el cordón y se acomodaba en la cama, dispuesta a escuchar la última historia antes de dormir.

Jens había cogido la costumbre de sentarse a los pies de la cama, ni demasiado lejos ni demasiado cerca de ella, así mantenía las distancias discretamente.

***Vestfall, 29 de abril de 876***

***Querido hermano.***

***El pasado 20 de abril se celebró el Thing que convocó el Rey para proponer los nuevos Jarls, que harán las funciones de caudillos, de los***

*distintos reinos que componen los fiordos de Viker.*

*Le acompañaron sus tres hijos mayores y un importante séquito de hombres de confianza.*

*El Rey no ha querido aceptar la fe de Cristo como suya pero sí ha admitido tomar algunas de sus enseñanzas como ejemplo. Sin ir más lejos, en lugar de conquistar a la fuerza estas tierras ha hecho uso de la palabra. Ha ofrecido como Jarls hombres con una amplia experiencia en el comercio y la guerra, ha aceptado que se quede algún que otro Caudillo con los que el pueblo está contento y, como broche de confianza y compromiso, ha propuesto al príncipe Jens como Jarl de Ranrike. Es de los Jarls más jóvenes que ha habido hasta ahora, pero he sido testigo de cómo se ha desenvuelto estos tres años que he estado en la corte del Rey. Estoy seguro de que va a hacer un gran trabajo. De hecho, he pensado quedarme con él un tiempo. Como el Rey no va a convertirse al cristianismo, mi papel allí ha terminado. Debo seguir mi camino proclamando la palabra de Dios a otras gentes. Además, tengo curiosidad por ver cómo le van las cosas al joven Jarl.*

*Por otro lado, y como anécdota, doy gracias por haber aprendido a nadar. Durante el viaje en Knarr, que es parecido a los Drakkar pero que se usa para el comercio y transporte de animales, me caí por la borda en plena tormenta. Suerte que los príncipes Erik y Jens viajaban en el mismo barco y me socorrieron. El Rey y el príncipe Björn viajaban en un Drakkar gigantesco y temible. De esta manera manifestaban a la vez su fuerza y sus buenas intenciones. Aquí los barcos son muy importantes en cuanto a simbolismos. Todavía se me escapan muchos aspectos pero voy aprendiendo.*

*Tu hermano que te quiere.*

*Fray Fenton*

Jens recordaba aquel viaje. El pobre fraile estuvo mareado desde el principio, así que, no fue de extrañar que con una pequeña tormenta perdiera el equilibrio y se cayera por la borda. Erik y él estuvieron tomándole el pelo varios días, pero Fenton sabía que lo hacían desde el cariño. Jens no entendía muchas cosas de su fe pero le parecía un hombre sabio y lo respetaba mucho.

Recordó la conversación con su padre, cuando le comunicó sus intenciones de proponerlo como Jarl. Le dio instrucciones muy precisas sobre lo que debería decir y cómo hacerlo para convencer a los hombres libres de que lo aceptaran. Por supuesto, lo consiguió.

Para Jens fue un alivio que Fray Fenton se quedara con él. Su padre se marcharía hacia Østfold, pero confiaba en el consejo del fraile si llegaba a necesitarlo.

—Tengo una pregunta —dijo Elian, de pronto.

«¿*Cómo no?*» pensó Jens divertido.

—Dime —dijo Jens con una sonrisa.

—Mi tío ya ha hablado varias veces de los Thing, que son asambleas de hombres libres, pero ¿qué pasa con las mujeres? ¿Cuánto dura? ¿Puede participar cualquier hombre libre, sea pobre o rico?

A Jens, Elian le recordaba a él mismo cuando le hacía tantas preguntas a su tío y no pudo evitar sonreír.

—La duración de un Thing depende de lo que los asistentes tarden en ponerse de acuerdo. A veces en un día está todo resuelto pero, en ocasiones, demasiadas, se alcanzan los acuerdos tras varios días de discusión. Las mujeres no asisten a las asambleas, se quedan en casa al cuidado de los niños, los ancianos, la granja y el campo, como hacen en verano cuando los maridos salen a comerciar o a saquear. Y sí, hombres libres son todos los que no son esclavos, sean ricos o pobres.

»Ahora, a dormir, que mañana tenemos muchas cosas que hacer. Como aprender a nadar.

—¿A nadar?

—Claro, no quiero que te caigas por la borda de ningún barco pero no está de más que aprendas a nadar, por si acaso.

Elian estaba decidida a marcharse. Quería estar preparada para el viaje y para la vida en el Norte. Por eso, se empleaba a fondo con Epona, con el arco y preguntando todo lo que se le iba ocurriendo a partir de las cartas de su tío.

Si Jens creía que era importante que aprendiera a nadar, pues aprendería.

Aunque la decisión del viaje estaba tomada, le daba pena dejar a su padre, a la pequeña Darla, a la que adoraba, y a su hermana. Cárdigan había cambiado con ella desde el día de los latigazos. Seguía coqueteando con todos los hombres que tenía cerca pero ya no buscaba a Jens.

Elian aprovechaba las conversaciones que mantenían Cárdigan y Margot, sobre cómo manejaban las responsabilidades domésticas, para aprender y tomar buena nota de todo, de cara a llevar su propio hogar.

Últimamente, Jens se había mostrado muy interesado en que ella aprendiera cosas de su cultura. Usaba las cartas de su tío como excusa para hablar sobre las costumbres del Norte. Lo que debía significar que también se había tomado en serio la idea de la fuga y que, realmente, quería llevársela con él. Lo cierto es que, con todo el ajetreo de los últimos días, no habían hablado demasiado de su plan.

Echaba de menos tratar sus cicatrices. Había alargado los masajes más de lo necesario sólo por no perder ese momento tan íntimo pero es que, desde que se alivió pensando en él, cada vez que le tocaba la espalda desnuda le entraban calores. Y más cuando él le daba el masaje a ella. A ese todavía no quería renunciar, porque notaba que Jens también se alteraba y le resultaba excitante saber que provocaba ese efecto en él. Cárdigan la había ayudado a detectar las señales y a confirmarlas. También le había explicado algunas cosas sobre las relaciones físicas entre hombre y mujer. Como lo que se puede hacer sin perder la virtud o cómo hacer que un hombre se encienda. Sólo de pensarlo se ponía nerviosa y sudorosa, mientras que Cárdigan y Margot se reían comentando lo mucho que se notaba su inexperiencia.

Elian estaba reuniendo el valor suficiente para decirle a Jens lo que sentía y que, cuando él lo considerara oportuno, le pediría a su padre que lo liberase para que pudieran marcharse.

**2** *Curva que forma una cadena o cuerda, atada por sus extremos, al caer por su propio peso.*

## CAPÍTULO 9

Salieron de las cuadras, Elian con Epona y Jens con Colosus, que era un caballo bastante grande y fuerte que usaban para trabajar el campo.

Ya habían salido al bosque a cabalgar un par de veces, en las que exploraron algún que otro sendero. Jens le había dado algunas indicaciones a Elian sobre cómo actuar si se topaba con alguna rama que Epona no esquivase. También le había enseñado a escuchar los sonidos e identificarlos, lo que se le dio de maravilla. Le explicó que en un bosque, el peligro no viene de los sonidos, sino del silencio.

—El silencio es como la tranquilidad que precede a la tormenta —le había dicho Jens, parados en un claro cuando Elian le detalló todo lo que escuchaba a su alrededor—. Avisa de que algo malo va a pasar.

Hoy el plan era remontar río arriba hasta llegar a un salto de agua, bajo el que había una poza en la que podrían nadar sin peligro de ser arrastrados por la corriente.

Elian estaba emocionada con la idea de bañarse en la poza. Hasta ahora, sólo lo había hecho en la bañera de su alcoba.

Cuando llegaron a la poza amarraron los caballos y les aflojaron las sillas de montar para que descansaran un poco.

Jens se dirigió hacia la orilla y Elian lo siguió hasta que éste se detuvo.

—Sí, servirá —dijo Jens respondiendo en voz alta alguna pregunta que se había hecho a sí mismo—. No es demasiado profundo y no parece que haya corriente. Voy a meterme yo primero y luego vuelvo a por ti.

Elian pudo oír cómo se deshacía de sus ropas y las arrojaba al suelo junto a ella. Luego oyó un chapoteo provocado por sus pisadas al entrar al agua y, después del salpicar de una zambullida, se hizo el silencio.

Elian esperó una eternidad, o eso le pareció a ella, escuchando con atención el silencio. Se frotaba las manos y se estaba mordiendo el labio nerviosa.

—¿Jens? —preguntó al aire alzando la voz—. ¿Jens?

De pronto, le pareció oír algo detrás de ella y se giró asustada. Alguien la cogió desde atrás rodeándola por los brazos e inmovilizándola. Elian gritó. Aquel hombre le tapó la boca con una mano y le susurró:

—Me has oído acercarme, eso está bien, pero tenemos que trabajar en tu reacción.

Cuando Elian se dio cuenta de que el hombre que la agarraba desnudo y mojado era Jens quiso matarlo allí mismo.

—¡Me has dado un susto de muerte! —se zafó de su abrazo y se giró hacia él con los puños levantados tratando de golpearle en el pecho—. ¡Que sea la última vez que me haces algo así! Creí que te había pasado algo —Jens la sujetó por las muñecas mientras a ella se le anegaron los ojos de lágrimas.

—Es que tenía que comprobar si estabas atenta. —le soltó las muñecas y se alejó de ella dirigiéndose a la orilla—. ¿Preparada para aprender a nadar?

Jens parecía estar divirtiéndose a su costa.

—Sí —dijo Elian, aún enfurruñada.

—Pues quítate la ropa y ven al agua.

Elian se quitó la sobrevesta y la túnica y empezó a caminar hacia Jens.

—La camisa y las calzas también.

—No pienso quitarmelas.

Seguía enfadada y, aunque no lo estuviera, no se iba a meter en el agua completamente desnuda con él. Que por lo que le había parecido, también estaba desnudo.

—Si te metes con la camisa y las calzas tendrás que volver con ellas empapadas. Se te mojará la ropa y, además de incómodo, te pueden salir rozaduras con la silla.

—Me da igual. Si crees que voy a dejar que me veas desnuda estás muy equivocado.

—Elian, esa camisa es tan fina que se transparenta, es como si no llevaras nada y, además, ya te he visto desnuda. Te recuerdo que soy yo el que te ayuda a bañarte —dijo con el tono con el que le hablaría a un niño despistado.

Definitivamente, hoy Jens se estaba divirtiendo a su costa.

Elian se quitó la camisa todo lo dignamente que pudo, la arrojó al suelo tratando de manifestar su enfado, se desató las calzas dejándolas caer y caminó decidida hacia Jens.

—Ahora, enséñame a nadar —le dijo cuando estuvo parada frente a él.

—Lo primero, es aprender a flotar —dijo Jens, tras una pequeña pausa.

Jens la cogió como si fuera un saco de castañas sobre su hombro.

—¡Suéltame! ¡Te digo que me sueltes! —Elian no podía entender qué le estaba pasando a Jens. ¿Por qué se comportaba así si él siempre había sido atento

y dulce? Le estaba golpeando con los puños la espalda, esa espalda que le había estado tratando durante días, cuando se dio cuenta de que ella tampoco se había enfadado nunca con él. De pronto fue consciente de su propia desnudez y del contacto con el cuerpo desnudo de Jens. El enfado desapareció para dar paso al deseo, un palpitante e intenso deseo que, sin duda, era el que había provocado esas actitudes tan anómalas en ellos.

Él fue metiéndose en la poza hasta que le llegaba el agua al pecho y la tiró sin mucha delicadeza. Elian agradeció el frío del agua, braceó un poco y enseguida notó la mano de Jens agarrándola de la muñeca para salir a la superficie. Apenas hacía pie, así que, se aferró al brazo de Jens.

—¿Estás bien? —preguntó con un tono de voz más parecido al habitual, ya no sonaba jocoso.

—Sí —respondió ella más tranquila, ya no estaba enfadada. El frío del agua la ayudaba a mantenerse serena y a no sentirse tan desnuda.

—Entonces empecemos. Para mantenerse a flote hay que tratar de empujar el agua hacia abajo para que podamos ir hacia arriba. Tienes que mover los pies como si quisieras subir por dos escaleras, una con el pie derecho y otra con el izquierdo. El movimiento es alterno y al bajar debe ser más lento que al subir. Bajar lento, subir rápido. ¿Entendido?

Jens iba a tener que esforzarse mucho para no pensar en el cuerpo desnudo de Elian tan cerca de él. Cuando se le ocurrió asaltarla por detrás suponía que se enfadaría por asustarla. Descubrir que tenía razón y que la iba conociendo tanto se le antojó, cuanto menos, divertido.

Discutir sobre su desnudez aumentó la diversión y cuando la tuvo delante con cara de enfadada estaba irresistible. Se planteó besarla, pero se habría llevado un bofetón, seguro. Así que optó por empezar ya las lecciones y centrarse en ellas. No sin antes bajarle los humos a la condesita. Un chapuzón le sentó de maravilla.

Trató de mantener las distancias todo lo que pudo. Se aseguró de que ella hiciera pie en todo momento para no tener que socorrerla demasiado. La tomaba por las manos o por los brazos como mucho. Trató de evitar mirarla cuando le explicaba cómo flotar boca arriba a la deriva pero, era inútil, no podía resistirse a contemplar la belleza de sus curvas, sus pechos que tenían el tamaño perfecto para que cupiesen en su mano, su marcada cintura que acentuaba sus anchas



caderas, el vello de su pubis, rizado y rubio, sus piernas largas y fuertes después del trabajo que estaban haciendo a diario y su rostro sereno y concentrado en aprender cada detalle que él le dijera, con esa mirada perdida en un lejano horizonte.

No era deseo lo que sentía, o por lo menos, no era sólo deseo. Era adoración y admiración por una mujer tan completa, tan llena de vida, de conocimientos, tan fuerte, tan luchadora, tan hermosa, tan buena e, inexplicablemente, tan ignorada. Casi se alegraba de que nadie la hubiera descubierto porque, de ser así, seguramente no la habría conocido. Quería que fuera su compañera para toda la vida, suya y de nadie más. No podía imaginarse el día a día sin ella, ya no.

Temía el momento en que tuviese que confesarle el acuerdo al que había llegado con su padre. Pero esperaba poder manejar la situación de manera que ella entendiera que las circunstancias habían cambiado, que la amaba con todo su ser.

—Esto me resulta un poco incómodo —dijo Elian, que todavía estaba boca arriba flotando en el agua cogida de su mano para no alejarse.

—¿El qué? —preguntó Jens volviendo al presente.

—Estar así. En esta posición el agua tapa y destapa mis oídos, no puedo escuchar bien y me desorienta.

—Sí, tienes razón. Pero es una buena postura para descansar si llevas un rato nadando.

Elian se puso de pie todavía con su mano cogida. El moño se le había soltado y el pelo mojado le caía por la espalda hasta el nivel del agua donde se esparcía a su alrededor.

—Bueno, ya sé flotar en vertical y en horizontal. Ahora ¿cómo hago para avanzar?

—Dame las manos —dijo Jens poniéndola de frente a él—. Ahora tienes que ponerte lo más horizontal que puedas boca abajo. Mueve las piernas rectas hacia arriba y hacia abajo alternativamente así —representó sus los brazos lo que le estaba explicando.

Elian trató de levantar los pies pero el resto del cuerpo no subía. Es lo que le suele pasar a todo el mundo cuando aprende a nadar.

—Estás haciendo trampas. No te apoyes en el suelo. Tienes que levantar los dos pies, si no, no funciona —Jens pasó las manos de Elian de las suyas a sus hombros y nadó lentamente hacia el fondo para que Elian no hiciera pie.

—¿Qué haces? ¡No! Jens, que no toco el suelo.

—Si te pones nerviosa es peor, sabes flotar, ¿no? Pues no hay peligro. Además, yo estoy aquí y no voy a dejar que te pase nada.

Jens sí hacía pie, así que, mientras que ella se apoyaba en sus hombros, él alargó sus brazos para tratar de cogerla por los costados y ayudarla a ponerse horizontal.

—Así, muy bien —Elian había conseguido levantar tanto los pies como para que chapotearan en la superficie. Todavía no alcanzaba la horizontal pero para ser el primer día era más que suficiente.

Elian estaba contenta, ¡estaba nadando! Más o menos. En realidad, se mantenía a flote y chapoteaba apoyada en Jens.

Jens, ese hombre que había conseguido que ella fuera realmente ella y no la inútil que todos veían. Paciente, ingenioso, inteligente, atento, comprensivo, justo, honrado, con un gran sentido del honor y del deber, sabía escuchar, era buen maestro y, además, fuerte y delicado. En poco tiempo, lo era todo para ella. Ya no podía imaginar su vida sin él. Conseguía sacar lo mejor de ella misma y eso no lo había hecho nadie.

Distraída como estaba, perdida en sus pensamientos, se le resbaló una mano del hombro de Jens perdiendo, también, el apoyo de la otra mano. Del susto tragó agua pero enseguida las fuertes manos de Jens la sacaron a la superficie. Ella, asustada y tosiendo se aferró a él pasando los brazos alrededor de su cuello y enroscándose a su cintura con sus piernas.

—Ya está, sólo ha sido un susto —Elian todavía notaba el agua en su garganta y tenía ganas de toser pero, el contacto tan intenso de su cuerpo desnudo con el de Jens, le hizo olvidar el trago de agua que había dado—. Creo que nos vendrá bien un descanso —mientras hablaba iba caminando hacia la orilla, la tenía cogida con un brazo y con el otro se ayudaba a avanzar. Cuando el agua le llegó a él por debajo del pecho se paró. Elian no se había atrevido ni a moverse y no quería hacerlo, quería quedarse así para siempre. Entonces él la abrazó fuerte rodeándola con los dos brazos y la besó en el cuello. No estaba segura de si fue por el cosquilleo de su barba o por el beso, pero todo su cuerpo se estremeció en respuesta a aquel contacto. Ella se apretó más contra su cuerpo desnudo. Él no había apartado su rostro de ella, sino que sus labios siguieron subiendo por el cuello hasta que llegó a su oreja.

—Elian —le susurró— te amo.

Ahora fue ella la que lo buscó y al encontrar sus labios lo besó con avidez, con su inexperiencia y su torpeza.

—Y yo a ti —alcanzó a decir entre beso y beso.

Ella seguía con un brazo alrededor de su cuello, sintiendo su trenza medio deshecha caer sobre él y con la otra mano había buscado su rostro, que acariciaba y besaba con una mezcla de ternura y pasión. Sentía las manos de Jens acariciar su espalda, una de ellas bajó hasta su cintura y pasó al muslo que lo rodeaba, lo apretó contra él y lo empujó ligeramente hacia abajo, deshaciéndose de su abrazo. Ella se sorprendió. No entendía por qué la estaba rechazando. Sobre todo, porque al ponerse de pie frente a él, podía notar su miembro viril erecto contra su vientre.

Jens acarició su rostro con ambas manos y la besó con dulzura.

—Si no me detengo ahora, tal vez ya no pueda parar y te haga perder tu virtud. Así que, será mejor que salgamos, nos sequemos y hablemos de esto tranquilamente.

Volvió a besarla, la cogió de la mano y salieron del agua. Lo cierto es que, en ese momento, a Elían no le habría importado perder su virtud con él.

Jens fue a por las mantas que había cargado en las sillas de montar. Extendió una sobre la hierba y con la otra envolvió desde atrás a Elían, que estaba temblando. Se quedó un instante así, abrazándola y volvió a besarla en el cuello. La guió hasta la manta del suelo y la ayudó a sentarse arropada por la manta.

Ya estaba hecho, se lo había confesado en un arrebató espontáneo de pasión. No era así como lo había imaginado, pero tal vez fuera la mejor manera.

Los dos guardaron silencio unos instantes. ¿De pronto se habían vuelto tímidos? La miró y le pareció que era lo más bonito que había visto nunca. Estaba temblando, con el pelo mojado y suelto, con las mejillas sonrojadas, con los labios carmesí invitándole a volver a besarla y con esa mirada intensa, ausente y penetrante.

—Jens, no juegues conmigo, por favor, ¿de verdad me amas? Porque si lo has dicho por conseguir tu libertad, no te preocupes, esta misma tarde le pediré a mi padre que te libere y ya nada te atará a mi.

Jens se había sentado frente a ella, la cogió de las manos y se las besó.

—Te amo, Elían, de verdad, con todo mi corazón. Esclavo o libre, me da igual mientras esté a tu lado. Eres la persona más excepcional que he conocido

nunca y no logro entender cómo es que nadie se ha dado cuenta de lo especial que eres. Te amo. Pero ¿y tú? ¿Me amas o sólo es atracción por lo prohibido o gratitud y afecto por la compañía y consejos de un esclavo?

—Pues claro que te amo. Puede que haya algo de lo que has dicho, pero hay mucho más. Contigo puedo ser yo misma. Me siento capaz de hacer cualquier cosa. Eres mi guía, mi amigo, mi confidente y mi compañero. Sin ti jamás habría conseguido hacer ninguna de las cosas que he hecho y, ahora que sé de lo que soy capaz, lo que quiero es compartir mis logros contigo, todo sólo contigo — Elian había dejado caer la manta que la cubría y se acercó a Jens, buscó su rostro con la mano y lo besó.

Jens sintió de nuevo cómo toda su sangre se concentraba en su miembro, cómo le abrasaban las ganas de hacerla suya y ella aún lo encendía más con sus caricias y... ¿lo estaba tumbando? Sí, con suavidad lo estaba empujando hacia atrás apoyándose en su pecho mientras lo besaba. Fuera lo que fuese lo que ella pensaba hacer, él no tenía ninguna intención de impedirlo.

Elian se tumbó pegada a él, pero sólo con medio cuerpo sobre el suyo. Mientras le besaba el pecho y le acariciaba el torso, con una pierna se abrazó a la suya apretando contra él su pubis, cuyo contacto lo excitó aún más. Elian encontró su pezón y lo besó jugando con él, mientras, con la mano, bajó por su abdomen hasta encontrar su miembro, erecto, duro y muy sensible. A Jens se le escapó un gemido de placer cuando ella cerró su mano alrededor de él y lo acarició como si quisiera reconocer cada centímetro.

—Elian —dijo con voz ronca y entrecortada— no es necesario que hagas esto.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Tú sólo dime si voy bien o si prefieres otra cosa —Elian hablaba sin despegar apenas su boca de su cuerpo mientras se apretaba contra él, rozando sus turgentes pechos sobre su piel.

Se inclinó para mirarla cuando ella empezó a mover su mano rítmicamente, se estaba poniendo de rodillas liberando la otra mano para poder acariciarlo mientras seguía besándole el torso, bajando por el abdomen. Jens sintió un escalofrío de placer que casi le hizo explotar cuando Elian introdujo su miembro en su boca acompañando el movimiento de la mano.

Jens no sabía qué estaba haciendo Elian con la lengua pero lo estaba arrastrando a un placer tan extremo que creía que no lo podría soportar.

Estaba a punto de explotar. Quería avisarla para no derramarse en su boca pero no le salían las palabras, sólo gemía con la respiración acelerada.

—Elian —acertó a decir entre jadeos, y el latigazo de placer fue tan intenso que hizo que se contrajera varias veces haciendo salir toda su semilla hacia su vientre y cayendo desplomado hacia atrás, completamente extasiado.

No recordaba haber sentido nunca una explosión de tal magnitud. No tenía tanta experiencia como su hermano Erik pero no se consideraba ningún profano en la materia. En cambio Elian, se suponía que era casta y pura, ¿de dónde se había sacado esto?

Cuando volvió a la realidad se encontró a Elian sentada a su lado limpiándose un poco de su semilla que le había salpicado en la cara al apartarse en el último momento. Jens se incorporó hasta sentarse a su lado, terminó de limpiarle la mejilla y la besó.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —si lo había aprendido con otro hombre se llevaría una desilusión, no pasaba nada, por supuesto, pero es que creía que él era el primero.

—¿Te ha gustado? —preguntó Elian con una sonrisa.

—Mucho —volvió a besarla—. Pero, dime, ¿cómo es que sabes hacer estas cosas?

—Bueno, es que soy una alumna muy aplicada —lo besó juguetona—. Cárdigan me ha dado algunos consejos —Jens respiró aliviado de que no hubiera aprendido con otro. Elian sonreía mientras confesaba el origen de su conocimiento y al terminar volvió a besarlo.

Lo estaba buscando, claro. Él había descargado tensiones pero ella seguía encendida, muy encendida.

—Dame un segundo, mi amor. Voy a limpiarme esto y vuelvo. Espérame aquí. —La besó, se levantó y se fue al agua a darse un chapuzón.

Elian se tumbó sobre la manta dejando que el sol la acariciara mientras esperaba, estirándose, disfrutando de su calor. Le había resultado muy excitante escuchar su respiración, sus gemidos, sus jadeos, su estremecimiento y su temblor, y todo provocado por ella. Se sentía poderosa y feliz. Lo amaba y él la amaba.

Esta vez sí escuchó a Jens salir del agua, se acercó y cogió la manta con la que se había secado ella un rato antes, pero se quedó de pie.

—¿Ocurre algo? —le preguntó a Jens.

—Te observo.

—¿Y qué ves?

—A la mujer con la que quiero compartir el resto de mi vida.

Elian se incorporó emocionada.

—Jens...

Al segundo él estaba de rodillas a su lado.

—Elian, sé que ahora mismo no tengo nada que ofrecerte, pero lo tendré y, entonces, te pediré que seas mi esposa. —Jens habló con una solemnidad que no le había escuchado antes.

—Y yo aceptaré sin dudar —replicó con el mismo tono que había usado Jens—, incluso aceptaría si me lo pidieras ahora —dijo sonriendo.

—No, debo honrarte como mereces, cuando llegue el momento. Pero ahora —la besó—, tengo algo para ti —la tumbó sobre la manta—. Yo también sé un par de cosas que se pueden hacer sin que pierdas tu virtud.

La besó mientras se acomodaba a su lado y la acariciaba bajando la mano desde su mejilla, pasando por su cuello hasta llegar a su pecho que apretó suavemente, mientras su boca empezaba a dibujar el contorno de su rostro hasta llegar a su oreja y bajar por su cuello. Elian lo abrazó acariciando la espalda, que tan bien conocía, sus fuertes brazos y enredando una de sus manos en sus cabellos mojados y sueltos.

Jens besaba su pecho y jugaba con el otro provocándole a Elian un escalofrío de placer que le erizó la piel de todo el cuerpo y la hizo arquearse hacia atrás.

Elian gemía suavemente mientras notaba la mano de Jens bajar por su cintura, rodeándola, mientras con la lengua jugaba con su pezón. Entonces Jens volvió a buscar su boca para besarla, y se colocó sobre ella haciéndose hueco entre sus piernas, que se abrieron invitándolo a acomodarse. Elian sintió sobre su pubis el miembro de Jens, caliente, firme y grande, y su mano que abría camino a través del vello rizado de ella. Elian estuvo a punto de hacerle parar, creía que iba a entrar, pero en lugar de eso Jens usó su miembro para acariciar sus pliegues húmedos, aumentando el roce entre sus cuerpos mientras la besaba con avidez.

Jens empezó a descender con su boca hasta llegar a su vientre donde se detuvo, mientras con el pulgar la acariciaba entre sus piernas como había hecho antes con su miembro y, se adentraba en su interior con los dedos trazando pequeños círculos, aumentando el rozamiento y haciéndola jadear.

Jens bajó hasta sus muslos y los besó en la cara interna haciéndola enloquecer de deseo y, cuando creía que ya no podía más, Jens retiró la mano para besarla en lo más íntimo. Podía sentir su lengua húmeda golpeándola y sorbiéndola. Elian se agitaba buscando aumentar la presión contra él, que la tenía

cogida por la cadera y entonces introdujo un dedo jugando en su interior y, junto con el ritmo de su lengua, Elian estalló con un gemido que casi fue un grito. La explosión de placer la dejó temblando y jadeante. Cada mínimo movimiento de Jens era otro latigazo que la hacía estremecerse.

Jens se tumbó a su lado besándola en el hombro. Elian sonreía feliz, satisfecha. Pero notó el miembro de Jens apoyado en su muslo, necesitado de alivio, así que lo cogió con una mano masajeándolo rítmicamente y Jens la besó, mientras llevaba su mano de nuevo a sus pliegues húmedos y su interior, unificando el movimiento. Seguían besándose mientras aceleraban el ritmo de sus manos y el éxtasis llegó para ambos a la vez.

Jens la abrazó y ella a él, y así, entrelazados permanecieron un buen rato.

Durante la tarde, Jens no pudo sacarse de la cabeza lo que había pasado en la poza y, a juzgar por la mala puntería que estaba teniendo Elian con el arco, ella tampoco. Cada roce, cada pequeño contacto hacía que se estremeciera y estaba deseando que llegara la noche para volver a estar a solas con ella.

Durante la cena, Elian trató de mostrar serenidad, pero en cuanto llegaron a su alcoba volvieron a devorarse con besos y caricias.

—Quédate a dormir conmigo, en mi lecho —le decía Elian mientras se desvestían entre beso y beso.

—Vuestros deseos son órdenes, mi señora, pero creo que dormir vamos a dormir poco —respondió Jens mientras la cogida en volandas, ya desnuda y la dejaba sobre la cama para tumbarse sobre ella y besarla. Rodaron por la cama dándose placer mutuamente y repitieron varias veces a lo largo de la noche hasta quedar exhaustos uno en brazos del otro.

## CAPÍTULO 10

Elian despertó feliz. Se desperezó y buscó a Jens a su lado, pero estaba sola en la cama.

—¿Jens? —lo llamó sin obtener respuesta. Supuso que habría salido y que no tardaría en volver. Aprovechó para abrazarse al almohadón de él y aspirar su olor.

Llevaban tres días yendo a nadar por las mañanas y compartiendo lecho por las noches. El resto del día se lo pasaban esperando que llegara el momento de volver a quedarse a solas.

El día anterior se había disculpado con Cárdigan por haberla juzgado mal. Ahora entendía lo maravilloso que era el deseo, la pasión y el amor correspondido. También le agradeció sus consejos y le dijo cuánto lamentaba que la obligaran a casarse con un hombre al que no quería. Apenas quedaban unos días para el enlace y lo estaba llevando con mucha entereza.

Se estaba quedando dormida de nuevo cuando entró Jens.

—Elian, despierta —sonaba serio, se fue directo al armario.

—¿Qué ocurre? —Jens la cogió y la sacó de la cama.

—Tu madre y la abadesa del convento donde te quieren meter vienen hacia aquí.

—¿Qué? —Jens le estaba poniendo la camisa de lino—. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—No lo sé —le puso la túnica que acababa de coger del armario—. Pero no pienso dejarte sola con ellas, así que ni se te ocurra echarme —le ajustó la sobrevesta y la giró para cepillarle el pelo.

Elian estaba empezando a temblar, no quería volver a tener cerca a su madre y menos a la abadesa, su tía.

—Jens —susurró mientras él le ajustaba el moño— tengo miedo.

Él la giró, le acarició la cara y la besó.

—No voy a permitir que te vuelvan a hacer daño —le susurró.

Llamaron a la puerta y pasaron sin esperar respuesta.



Caillean entró orgullosa seguida de una mujer muy parecida a ella. Incluso tenía la misma expresión de amargada pero vestida de negro, con una cruz colgando de una cadena del cuello y otra del cinto, y un tocado que sólo dejaba ver su rostro.

Elian caminó hacia el centro de su alcoba para recibir a las recién llegadas.

—Elian, mi hermana, la Madre Abadesa de Windstown quiere hablar contigo.

Caillean habló como si no hubiera ocurrido nada entre ellas, como si no hubiera pasado casi un mes sin verla.

—Hermana, tu esposo ha perdido el oremus. No sé cómo ha podido permitir que este bárbaro se acerque a tu hija.

Jens la miraba fijamente sin disimular su desagrado.

—Esclavo, baja la mirada si no quieres que te recuerde cuál es tu lugar con unos cuantos latigazos.

—Tengo permiso de mi señor para abstenerme de cumplir esa prohibición, señora.

A la Abadesa no le gustó nada esa respuesta. Inspiró hondo conteniendo la rabia y, de pronto, le cambió la cara. Su atención se centró en el lecho revuelto. Se acercó a él olisqueando las sábanas hasta que encontró lo que buscaba. Jens entendió lo que era: su semilla seca de la noche anterior.

—Caillean —no tuvo que decir más, su hermana acudió junto a ella y las dos observaron las manchas horrorizadas—. Elian, preciso hablar contigo a solas. Esclavo, sal —Jens no se movió.

—Se queda conmigo —dijo Elian.

—Elian, por favor —la voz de Caillean sonó amenazante, pero Elian se mantuvo firme.

—He dicho que se queda conmigo.

—Está bien —comenzó la Abadesa—. Elian, tu madre me ha transmitido sus temores por ti y cómo trató de reconducirte por el camino de la rectitud, pero lo que veo en tus sabanas me preocupa mucho. No es una actitud digna de una sierva de Dios. No quiero que sumes la mentira a tu larga lista de pecados, así que evitaré preguntar. Súbete las faldas y separa las piernas.

—No —dijo mientras daba un paso atrás chocando con Jens, que la cogió de la cintura para evitar que cayera—. No vais a tocarme. Mi virtud sigue intacta. Y no me importa si me creeréis o no, porque no pienso ingresar en el convento.

—No digas insensateces. No es decisión tuya, sino de tus padres.

—Mi vida sólo me pertenece a mí y digo que no voy a ir a ningún convento.

La Abadesa se colocó frente a Elian y alzó la mano para abofetearla, pero Jens la agarró por la muñeca evitándolo.

—¿Qué haces, esclavo? Sueltamente inmediatamente, ¿cómo te atreves a tocar a una mujer santa? —y de un tirón se deshizo del contacto de Jens.

—Sólo protejo a mi señora.

—¿Y quién la protege de ti?

—Madre Abadesa, madre, no voy a ir al convento, así que os pido que salgáis de mi alcoba y no volváis a molestarnos ni a mí, ni a mi esclavo.

—Me esperaba esto de Cárdigan pero no de ti —dijo Cailleán escupiendo las palabras—. Dejarte enredar por un esclavo, un bárbaro, una bestia y un asesino de cristianos. Me has defraudado mucho.

—Lo siento madre, pero debo ser fiel a mi misma.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? Te estamos dando la posibilidad de tener una vida digna. Si no vas al convento, ¿qué crees que pasará contigo cuando tu padre y yo ya no estemos para cuidar de ti? ¿Acaso piensas que Darean va a cargar contigo? ¿O Cárdigan? Porque eso es lo que eres, una carga inútil para todos, lo menos que puedes hacer es quitarte de en medio.

Ciertamente, Jens tenía ganas de hacer honor a las acusaciones que hacían contra él y asesinar a esa mujer de lengua viperina, pero Elian respondió con una entereza admirable.

—Madre, siento que pienses eso de mi. He cambiado, ya no soy tu títere. Ahora sé que soy capaz de hacer mucho más de lo que podrías imaginar. Yo soy la que no ve, pero eres tú la que está ciega, madre. No me afecta lo que digas, ya no. Y ahora, por favor, salid las dos de mi alcoba.

—Dos hijas y las dos perdidas —dijo la Abadesa—. No has sido capaz de educar en el temor de Dios a ninguna, Cailleán. Tienes una promesa que cumplir y no lo estás haciendo. Piensa cómo vas a pagar tu deuda, hermana, porque tus hijas no te están honrando.

—De momento, vamos a hablar con mi esposo. Esto no se va a quedar así.

Las dos mujeres salieron igual que entraron: rápidas, altaneras y orgullosas.

Elian se quedó quieta, respirando profundamente. Jens la abrazó desde atrás y la besó en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le susurró.

—Ya está hecho. Lo he dicho, nada de conventos. Pero le contarán a mi padre que tú y yo hemos cometido pecado carnal.

—Por lo que conozco a tu padre, no creo que sea eso lo que más le preocupe

—¿Qué te traes entre manos con mi padre? —se liberó del abrazo y se dio la vuelta—. Desde el principio te ha dado un trato diferente. Os habéis llevado muy bien, demasiado, para lo protector que es conmigo. Y eso lo ha visto todo el mundo, no es cosa mía.

—No sé, puede que me trate con condescendencia en honor a la memoria de tu tío, por el aprecio que sentía por mi pueblo —Elian estaba muy cerca de la verdad, se olía algo, tenía que cambiar de tema—. Elian, ¿qué era eso de que te levantarás las faldas?

—Es la prueba de virtud. Para cerciorarse de que sigue intacta meten sus dedos y la tocan. Mi madre me la hizo antes de flagelarme, y dolió. ¿En tu tierra no la hacen?

—Creo que no, desde luego nunca había oído nada parecido. Allí no hay tantos remilgos con las relaciones carnales. De hecho, la copulación forma parte de algunos rituales.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho conmigo?

—Porque en tu cultura sí es importante y lo respeto.

Elian guardó silencio un momento y cuando habló, lo hizo como quien organiza un plan de ataque.

—Jens, faltan cinco días para la boda de Cárdigan. Vendrá mucha gente y esto será un caos, el momento perfecto para fugarnos, ¿qué te parece?

—Me parece una magnífica idea —la abrazó y la besó en el pelo. Cinco días y se marcharían al Norte. Tendría que hablar con el Conde y explicarle a Elian quién era él en realidad—. Elian, se ha hecho un poco tarde para salir a montar, pero podemos leer la siguiente carta de tu tío.

—Sería estupendo.

***Ranrike, 10 de mayo de 877***

***Querido hermano.***

***El invierno ha sido duro aquí en los fiordos, pero la gestión de los bienes y alimentos que ha hecho el joven Jarl ha salvado familias enteras de morir de hambre. Tuvimos una plaga de un animal pequeño, del que soy incapaz de pronunciar su nombre, que acabó con un cuarto de las reservas del reino. Jens ideó un sistema para aislar la comida, hacer salir a esas ratas, y***

*exterminarlas. Después, hizo inventario de las reservas que se habían salvado a lo largo de todo el territorio y las redistribuyó. Las familias más afectadas fueron acogidas en la granja del Jarl y se les buscó ocupación.*

*Por otro lado, he podido presenciar el funeral de uno de los hombres libres más rico de los alrededores. A mi me ha parecido un despilfarro de recursos y de vidas, pero es la tradición aquí. Creen que el difunto hará un viaje hasta su postrera morada, que según la forma en que ha muerto será una u otra. El Valhala se reserva sólo a los guerreros más valientes y feroces, pero el hombre que yo vi murió de viejo. Para que pueda hacer su viaje le construyen un barco. No sirve para navegar realmente, es simbólico y está completamente tallado y ornamentado. En su interior ponen al difunto y un ajuar compuesto por sus objetos personales, sus armas, comida para el viaje, ofrendas varias y, a este hombre en concreto, le pusieron al lado su caballo sacrificado y una de sus esclavas, que se ofreció voluntaria para acompañar a su amo y servirle en la otra vida. Después, prenden fuego al barco con todo dentro y al final sólo quedan cenizas.*

*Lo del sacrificio de animales como ofrendas ya lo había visto en otras ocasiones y, al fin y al cabo, es un acto común también en nuestra cultura, como el cordero de pascua, pero lo de la pobre muchacha no lo entiendo, me lo han explicado varias veces y sigue pareciéndome uno de esos actos por los que son considerados unos bárbaros.*

*Desde que la esclava se ofreció voluntaria estuvo custodiada por dos mujeres que se aseguraron de que se mantuviera ebria, dándole de beber sólo alcohol en uno de esos grandes cuernos ceremoniales. El día de la incineración, los hombres del difunto visitaron a la muchacha en la tienda en que la tenían recluida y copularon con ella, supuestamente, para demostrar al difunto el amor y respeto que le profesaban. Después, la muchacha fue en procesión seguida de sus custodias hasta el barco. Los menos allegados que esperaban alrededor la iban parando, la besaban en la boca y le decían palabras de despedida para que las trasmitiese a su amo. El Jarl Jens fue de los últimos en hacerlo. Cuando la muchacha se tumbó junto al muerto, una de las mujeres le sujetó las manos estiradas por encima de su cabeza, la otra tiró de una soga que le había puesto alrededor del cuello y la anciana que dirigía la ceremonia le clavó un cuchillo entre las costillas. La pobre murió en pocos segundos.*

*Por lo que me contaron, la esclava era la concubina del fallecido, que no*

*quería vivir sin él. En cualquier caso, me sigue pareciendo una barbaridad. Que conste que no los considero bárbaros pero, en ocasiones, cometen barbaridades.*

*Por ejemplo, lo que hacen con los matrimonios me parece bastante evolucionado. La mujer tiene la dote en función del estatus de su padre o, en su defecto, de su hermano. Así pues, el hombre que la pretenda deberá aportar al matrimonio una cantidad igual a la dote de ella. Si el futuro esposo no llega al importe acordado, deberá conseguirlo o no habrá compromiso.*

*Otra práctica, aunque menos extendida es la de tener dos esposas: la primera, por acuerdo entre familias o clanes con algún objetivo político o comercial y la segunda, por amor. Pero si alguna de las dos esposas considerase que no se la está atendiendo como se merece, en todos los aspectos, podría pedir el divorcio. De hecho, esto puede ocurrir en cualquier matrimonio. Si uno de los dos lo pide y hay causa justificada, una especie de letrado da por finalizada la unión. Y si ha sido la esposa la demandante, ésta tiene derecho a reclamar su dote.*

*Ahora mismo, se está negociando que el Jarl Jens tome como esposa a la hija del Jarl de Vestfall. Pero como la fortuna de Jens no es suficiente, tendrá que seguir acumulando riquezas uno o dos años más.*

*Me estoy planteando volver a Vestfall y seguir mi peregrinaje por los fiordos de Viker. El joven Jens se está desarrollando realmente bien y me alegra haber podido contribuir, aunque sea un poco, en su formación. Lo voy a echar de menos, le he cogido cariño al muchacho.*

*Tu hermano que te quiere.*

*Fray Fenton*

—Será porque os llamáis igual, pero el Jarl Jens me recuerda a ti —dijo Elian.

Jens sonreía pensando que el momento de descubrirse ante ella estaba muy cerca.

—¿Has asistido a muchos funerales? —Elian estaba impresionada por el papel de la esclava que describía su tío en la carta.

—A unos cuantos, sí.

—¿Siempre se sacrifican esclavos?

—No, y cuando lo hacen es voluntario, no se les obliga.

—¿Lo que describe mi tío que le hicieron a la esclava se hace a todas las que se ofrecen voluntarias? Me refiero a lo de darle alcohol y lo de los hombres.

—Sí, es una práctica bastante habitual.

—¿A eso te referías antes?

—Sí, este es uno de los rituales, pero no es el único.

—¿En qué otros ritos se hace?

—En la fiesta de la siembra al inicio del verano y de la cosecha al final. Son festividades que honran al dios Freij, que es el dios de la fertilidad, tanto de la tierra como de las mujeres. También se le honra en las bodas, los bailarines que las amenizan suelen terminar copulando, y algunos de los invitados también.

—Vaya, sí que sois desinhibidos.

—Sólo son diferentes formas de entender la vida, pero no son irreconciliables —y la besó.

La comida transcurrió en el más absoluto silencio. Caillean estaba presente por primera vez desde hacía casi un mes y sólo Lerin parecía alegrarse.

Cuando el Conde se levantó Elian le preguntó si podía acompañarlo. En ningún momento dijo nada sobre la Madre Abadesa ni sobre Caillean.

—Padre —Elian empezó a hablar en cuanto entraron en despacho—, quiero pedirte que liberes a Jens, que deje de ser un esclavo para ser un hombre libre al que podamos contratar.

Ser Darsus miró a Jens buscando alguna señal de cómo proceder. Él se encogió de hombros, negó con la cabeza y con la mano hizo un gesto circular. Pretendía decirle al Conde que la idea estaba siendo de Elian, que aún no era momento de revelar nada y que lo harían más adelante.

—¿Puedo conocer el motivo?

—Me he cansado de que la gente lo trate despectivamente, no por ser esclavo, sino por ser norteño. Tal vez, si es un hombre libre, no se atrevan a decirle las barbaridades que le dicen.

A Jens le sorprendió el argumento de Elian. No sabía que a ella le molestara tanto que lo trataran así.

—La Madre Abadesa opina que no es un esclavo apropiado para ti, quizá si es un siervo no le moleste tanto, aunque sospecho que no es su condición lo que no le gusta de él.

—Padre, lo siento...

—Elian, no necesito explicaciones, ya te dije en su momento que para mí lo más importante es tu felicidad. Si tú eres feliz así, todo está bien. Prepararé la carta de libertad y se la haré llegar.

—¿Puede ser antes de la boda de Cárdigan?

Jens asintió

—Así será.

—Gracias, padre. —Jens iba a dirigirse ya a la puerta, pero Elian no se movió—. Padre, ¿qué va a pasar con madre?

—Quiere estar estos días ayudando con los preparativos de la boda. Después, hemos convenido que será ella la que se vaya al convento.

—La Madre Abadesa dijo algo de una deuda, algo que madre debía cumplir, ¿sabes de qué se trata? —Ser Darsus respiró hondo y frotó su rostro cansado con las manos.

—Cuando éramos jóvenes, era tu madre la que iba a ingresar en el convento y tu tía la que se iba a casar conmigo. Pero Caillean quería ser madre, así que le ofreció a su hermana intercambiar sus suertes.

»Lo que yo no supe hasta más tarde es que ese trato tenía una segunda parte: Caillean prometió que una de sus hijas se ordenaría religiosa, como ofrenda y agradecimiento. Finalmente, no ha sido así, de modo que tendrá que cumplir la promesa ella misma.

# CAPÍTULO 11

Estaban descansando sobre las mantas, después de nadar en la poza.

—Jens, ¿cómo te hicieron esclavo? —hacía dos días que había pedido su libertad y ahora se daba cuenta de que no sabía casi nada de su vida antes de llegar a ella.

—Fue en una batalla. Asediaron el pueblo en el que vivía. A los supervivientes nos hicieron esclavos de guerra, nos afeitaron la cabeza y nos vendieron.

—¿Que os afeitaron la cabeza? ¿Por qué?

—La apariencia es muy importante para nosotros. Los hombres libres llevan el pelo muy cuidado y adornado, pueden llevar trenzas pero hay más peinados. Los esclavos van con la cabeza afeitada y sin barba.

—¿Qué pasa si un hombre se queda calvo?

—Pues que se hace trenzas en las barbas.

A Elian le entró la risa. Nunca habría pensado que los hombres del Norte fueran tan presumidos con su pelo.

—¿De verdad se pueden hacer trenzas en la barba?

—Claro, voy a tener que dejármela larga para que lo compruebes.

—¿Las mujeres también se adornan el pelo?

—No tanto. Las solteras lo llevan suelto, o poco recogido y las casadas lo llevan recogido completamente, como lo llevas tú. Pero los abalorios los suelen llevar las casadas en collares y la cantidad de cuentas depende de la fortuna del esposo.

—Vaya, todavía tengo mucho que aprender. Son tantos detalles... —suspiró.

—No te preocupes, lo vas a hacer muy bien. Como extranjera te trataran con amabilidad y te explicarán todo lo que quieras —Jens le acarició la mejilla y la besó con dulzura.

A Elian le encantaban esos besos que la hacían estremecerse. Disfrutó durante unos instantes de esa sensación antes de continuar preguntando.

—¿Cómo fue pasar de hombre libre a esclavo?

—Pues fue duro. Me costó asimilar la sumisión absoluta, de ahí muchos de los latigazos de mi espalda.



—¿Has tenido muchos amos?

—Contigo, tres. El primero que me compró fue un terrateniente bastante mayor que necesitaba gente para trabajar sus tierras. No me trató mal, supongo que como a cualquiera de los esclavos que ya tenía. El trabajo era duro pero trabajar la tierra era algo que ya hacía en mi pueblo así que, en cierto modo, no fue tan malo. Con él estuve casi tres años. Murió y me dieron en herencia a su hijo, que se quedó con las tierras, la casa y los esclavos. Mis tareas no cambiaron, salvo porque la esposa de mi nuevo amo no estaba demasiado contenta con el trato que recibía y buscaba la compañía de otros hombres. Tenía debilidad por los esclavos.

—¿Por ti? —por un momento se sintió celosa de aquella mujer. Pero no tenía sentido sentirse así. No podía compararse con lo que ellos tenían, con lo que sentían el uno por el otro.

—Sí, especialmente por mí. Mi amo nos descubrió y, después de castigarme, me vendió a un mercader de esclavos. Así fue como pasé a manos de Forcas, que me trajo a Sheriland, donde finalmente me compró tu padre.

—Y dentro de tres días emprenderemos el camino de vuelta a tu hogar, como hombre libre —Elian estaba muy ilusionada con los preparativos del viaje—. ¿Cuál será la primera parada?

—El primer destino es Dinamarca, allí tengo un amigo que nos ayudará a cruzar el mar. Calculo que estamos a unas trece o catorce jornadas a caballo. Tendremos que llevar bastante comida y dinero para poder quedarnos en alguna posada. No es muy seguro dormir a la intemperie, durante el camino podríamos toparnos con bandidos, así que, tenemos que estar preparados. Puede que tengas que usar tu arco.

—¡Qué emocionante! —Elian se sentía muy viva. Jamás hubiera creído posible una hazaña como la que iba a emprender junto a Jens.

—¿Quieres saber otra curiosidad sobre los peinados?

—Claro —su cultura le resultaba fascinante. Cuanto más sabía, más quería saber.

—Las esposas son las que lavan el pelo y peinan a sus esposos.

—Entonces debería ir practicando, ¿puedo hacerte la trenza?

—Será un placer.

Se incorporaron y Elian se sentó detrás de Jens. Tenía el pelo húmedo todavía, lo peinó con sus dedos y se dio cuenta de que la melena suelta y lisa sólo le llegaba a los omóplatos. Era cuanto le había crecido siendo esclavo.

—Si los esclavos deben llevar la cabeza afeitada, ¿cómo es que tú te has dejado crecer el pelo?

—Porque no es una práctica habitual en tu cultura. Aquí, a nadie le importa cómo lleve el pelo un esclavo.

—Jens —Elian empezó a cruzar los mechones de pelo, despacio, pensando que quizá existiese alguna mujer que ya le hubiera trenzado los cabellos—, ¿tenías esposa o prometida antes de que te hicieran esclavo?

—No exactamente. Tenía una propuesta pendiente de aceptar, pero mis posesiones no eran suficientes para pedir su mano.

—¿La amabas? —otra vez estaba celosa de su pasado. Lo importante era el presente y ahora él la amaba a ella.

—No, sólo la había visto un par de veces. Era bonita, pero sin nada de particular, salvo un padre poderoso.

Elian respiró aliviada y no pudo evitar sonreír.

Cuando llegaron con los caballos, Gaius los estaba esperando en la puerta de las cuadras.

—Jens, el señor Conde quiere que vayas a su despacho.

—Será por la carta, vamos —dijo Elian ilusionada.

—Elian —Cárdigan se acercaba casi corriendo—, necesito que me ayudes con una cosa de la boda —Jens la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que había algo más.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —preguntó Elian un poco molesta.

—No importa, mi señora, luego os cuento cómo ha ido todo.

Jens se dirigió al despacho del Conde. Supuso que la intervención de Cárdigan se debía a que Ser Darsus querría comentar algo sobre el acuerdo y, si no, sería un buen momento para hablar sobre su inminente viaje.

Jens llamó a la puerta y le sorprendió que el propio Ser Darsus la abriera.

—Jens, pasa, por favor.

Al entrar reparó en una segunda figura. Un hombre tan grande como él. Vestido con una larga camisa azul, al cinto una espada y un saex, el pelo afeitado sólo por la mitad inferior de la cabeza y el resto largo y amarrado atrás, la barba corta perfectamente arreglada y una sonrisa inconfundible.

—¿Erik?

—Jens, hermano —los hermanos se abrazaron entre risas palmeándose las

espaldas—. Te veo muy bien para haber sobrevivido como esclavo —dijo Erik cuando deshicieron el abrazo.

—Bueno, aquí me han tratado muy bien pero, ¿cómo es que has venido? ¿Ha ocurrido algo?

—Erik, Jens, os dejo solos para que podáis hablar tranquilamente. Yo estaré fuera, por si me necesitáis.

—Gracias Ser —dijo Jens mientras el Conde salía.

—¿Quién me iba a decir que mi hermano estaría atrapado en tierras extranjeras por una mujer? —Erik rió con sorna.

—Eso no es así, exactamente. Hice un trato con el Conde y sólo estoy cumpliendo mi parte.

—Pues eres tonto si sólo te limitas a cumplir el trato. La muchacha será ciega pero está de muy buen ver. —¿Cuándo había conocido su hermano a Elian? «*La ventana*», los habían visto llegar—. ¿Es tan fogosa como la hermana?

—¿Cárdigan?

—Esa gatita en celo me estaba buscando, incluso, con su padre delante. Si la cojo va a saber lo que es un vikingo de verdad.

—Me alegro mucho de ver que la vida te sigue tratando bien, Erik, pero ha debido pasar algo importante para que hayas tenido que venir. Tenía pensado partir hacia el Norte dentro de tres días.

—Ya sería tarde. Tenemos que irnos cuanto antes o no llegaremos a tiempo. Esto está más lejos de lo que pensaba por tu carta —Erik había cambiado el tono y el semblante. Hablaba muy serio.

—A tiempo ¿para qué?

—Para el Thing que ha convocado Björn en Helsingborg —era un emplazamiento estratégico. Una de las ciudades más importantes de la comarca de Skåne. Jens la conocía bien. Durante sus años como Jarl la visitó en varias ocasiones para comerciar con sus gentes. Era territorio sueco pero los daneses la habían intentado tomar muchas veces, algunas lo consiguieron pero la recuperaban siempre.

»Desde el asedio de Ranrike han pasado muchas cosas, hermano. Pero lo más importante que necesitas saber ahora es que los daneses van a atacar Skåne en cualquier momento. Björn necesita que sus gentes confíen en él como lo hacían en padre —Erik puso las manos sobre los hombros de Jens—. Enterarnos de que seguías vivo ha sido la respuesta que esperábamos de los dioses. Björn

quiere nombrarte Jarl de Skåne. Contigo al frente no podemos perder.

—Te recuerdo que perdí Ranrike.

—Estabas solo, hermano. Ahora volvemos a estar los tres juntos y no nos podrán vencer. Sólo con ver que has vuelto del Valhala esos perros daneses correrán asustados buscando las tetas de sus madres, aunque yo preferiría las de sus esposas —Erik lo soltó riendo de su propia ocurrencia—. Tu reaparición no podría haber llegado en mejor momento.

Erik estaba pletórico, pero Jens se encontraba en una encrucijada. No quería separarse de Elian pero no era seguro llevársela en este momento. Su hermano, su Rey, lo necesitaba. Tenía que responder por su honor pero no quería que Elian se sintiera traicionada por dejarla atrás. Volvería a por ella cuando fuera seguro. Tenía que hablar con ella y contárselo todo. Por fin había llegado el momento.

—Antes de marcharnos debo hablar con Elian.

—Claro que sí hermano, déjale un buen recuerdo. Yo voy a buscar a la gatita, a ver si sigue tan dispuesta.

—Me temo que estarán juntas.

—Te acompaño, entonces.

—Erik, se discreto y respetuoso, por favor, es la familia de Fray Fenton y espero que también sea la mía.

Al salir del despacho encontraron a Ser Darsus hablando con Darean, seguramente explicándole la situación.

—Ser, he de marchar con mi hermano pero el acuerdo sigue en pie. Cuando sea seguro volveré a por Elian y te pediré su mano como es debido. Ahora tengo que hablar con ella.

—Me hago cargo de lo delicada de la situación. ¿Quieres que hablemos los dos con ella?

—No, debo hacerlo yo.

—Padre, lo lamento —era la voz de Cárdigan, todos se giraron a mirarla, traía a Elian del brazo—, me ha descubierto y no he tenido más remedio que traerla. Pretendía venir sola.

—Padre, quiero saber por qué no se me ha permitido estar presente en una reunión con mi esclavo.

—Mi señora, ya no soy vuestro esclavo —dijo Jens con calma. A Elian se le iluminó la cara.

—¿Te ha dado la carta de libertad? —lo dijo sonriendo y a Jens se le partió el alma al pensar en el daño que le iba a hacer.

—Sí, ¿queréis que os la lea? —tenía que conseguir llevarla a su alcoba.

—Claro.

—Vamos a vuestros aposentos, estaremos más tranquilos —Jens ofreció su brazo a Elian. Cárdigan aprovechó para caminar contoneándose hacia Erik, que estaba encantado con el derroche de sensualidad.

En un último vistazo, Jens pudo ver cómo Ser Darsus y Darean entraban en el despacho y dejaban fuera a Cárdigan y Erik.

En cuanto entraron a la alcoba, Elian se abalanzó sobre él y lo besó empujándolo contra la puerta que acababa de cerrar.

—Eres libre —dijo entre besos y se abrazó a su cuello—, soy tan feliz.

Jens se sentía el ser más rastroso del mundo. Se odiaba por lo que tenía que hacer. Y Elian lo notó.

—Jens, ¿ocurre algo? Estás muy serio. ¿Te ha dicho algo mi padre? No le habrás contado lo del viaje, ¿no?

—Elian, hay algo que tengo que contarte, pero antes quiero que escuches la última carta de tu tío.

—No, me lo cuentas ahora. ¿Es eso que os traéis entre manos mi padre y tú? Quiero saber de qué se trata y quiero saberlo ya.

—Primero la carta. Confía en mí, lo entenderás todo con la carta —Jens quiso acariciarle la mejilla pero ella rehusó el contacto en cuanto lo notó acercarse. Se sentó en uno de los sillones con los brazos cruzados y los labios apretados. Jens buscó la carta y empezó a leer.

***Østfold, 14 de abril de 879***

***Querido hermano.***

***Son tiempos difíciles para el Norte. Hace apenas veinte días asediaron Ranrike y parece que el Rey Harald I no se va a detener fácilmente. Aquí, en Østfold la gente se está preparando para pelear. Esperan que el Rey Erico III, mi viejo amigo, venga a defenderlos. Sobre todo, para vengar la muerte de su hijo, el joven Jarl Jens. Pero si no ha venido ya, no creo que lo haga.***

***Lamento profundamente la muerte de Jens. Cuentan los supervivientes que murió luchando como el guerrero valiente y formidable que era. Que defendió al pueblo de Ranrike como si de su familia se tratara, pero que pereció bajo un martillo enemigo que lo golpeó en la cabeza.***

*A partir de aquí las versiones varían. Unos dicen que lo quemaron con el resto de sus hombres, otros dicen que lo vieron huir nadando y otros cuentan que lo vieron en un Drakkar enemigo.*

*Lo único cierto es que no encontraron su cuerpo y eso, en esta cultura, da pie a muchas especulaciones. Cuando muere un guerrero de manera heroica, aunque haya perdido la batalla, la gente quiere creer que no ha muerto realmente y que volverá a vengar a los caídos.*

*Ojalá volviera a tiempo de socorrernos, porque mucho me temo que hemos quedado abandonados a nuestra suerte.*

*Si realmente está muerto, le pido a Dios que lo acoja en su gloria. Pese a no ser cristiano, era un buen hombre y eso debería bastar. Personalmente no creo que huyera nadando, pero si lo vieron en un barco enemigo sólo puede significar que sobrevivió al golpe y que lo llevaron de rehén. De ser así, podrían pedir un rescate al Rey a cambio de su vida o, directamente, venderlo como esclavo. Lo que sería una grandísima humillación.*

*No sé cuando podré volver a escribir. Aquí las guerras son terribles. Vikingos contra vikingos. Esto debe ser lo más parecido al infierno que haya sobre la tierra.*

*Os llevo a todos en mi pensamiento.*

*Tu hermano que te quiere.*

*Fray Fenton*

Una lágrima resbalaba por la mejilla de Elian. Por lo demás, no se había movido ni un ápice.

—Elian, dime algo, por favor —suplicó Jens.

—No.

—Elian, eres más inteligente de lo que todos creen. Ata cabos, por favor. Necesito que lo entiendas.

—No —su voz sonó gutural, no había ni rastro de ese sonido angelical y embriagador al que lo tenía acostumbrado—, no quiero atar cabos. No quiero entender. Porque si lo hago, las conclusiones no me gustan nada.

—Mi amor...

—¡No! —se puso de pie con los ojos desbordados de lágrimas—. No te atrevas a nombrar nuestro amor. Si lo que entiendo es cierto, entonces todo ha sido mentira.

—Elian te amo, eso es verdad.

—Si tu eres el Jens del que habla mi tío, el planificador, el ingenioso, el estratega. Te has esforzado demasiado para engañar a esta pobre e inútil ciega y poder volver a casa solo. Porque supongo que nunca tuviste intención de llevarme contigo —estaba levantando la voz, con lágrimas corriendo por sus mejillas, dolida en lo más hondo. Jens no la había visto así nunca.

—Eso no es así. No podía contártelo antes. No habría sido prudente.

—Claro, era mejor esperar pacientemente a que pidiera tu liberación y, en cuanto la tuvieras, te mostrarías como el príncipe perdido que ha resucitado.

Jens respiró hondo. Iba a soltar el siguiente balde de agua fría.

—Elian, tengo la carta de liberación desde el primer día que pisé esta casa — se quedó quieta, petrificada, casi ni respiraba.

—¿Qué?

—Que fui tu esclavo sólo durante unas horas.

—Ahora sí que no entiendo nada. ¿Por qué no me lo dijiste? Y ¿por qué no te fuiste entonces? —ya no parecía estar enfadada, sólo confundida. Jens se acercó a ella y la invitó a que se sentara. Él se sentó frente a ella y la tomó de las manos. Esta vez no rehusó el contacto.

—Por ti. Déjame que te cuente lo que pasó y lo comprenderás. Al llegar aquí, tu padre y yo tuvimos una reunión. Yo no sabía quién era él, pero llevaba tiempo buscándome. Tu padre me contó que, desde la última carta de tu tío, él había tratado de averiguar qué había sucedido. No tenía contactos en el Norte pero sí entre los esclavistas. Forcas me encontró y me trajo a Sheriland para que tu padre me comprara. Una vez aquí, me interrogó para asegurarse de que era yo y no otro esclavo con el mismo nombre.

»Me ofreció un trato: él me devolvía mi libertad y me proporcionaría mis propias armas a cambio de dos cosas: que averiguara qué le había ocurrido a Fenton y que te llevara al Norte conmigo. Tu padre sólo quería que tuvieras la oportunidad de vivir tu propia vida. Sabía que aquí no te lo iban a permitir y tú no eras capaz de rebelarte contra los deseos de tu madre. Mi papel en todo esto era ayudarte a entender que podías hacer mucho más de lo que te habían hecho creer. Que tú misma decidieras que querías marcharte de aquí.

»En aquella primera reunión escribí a mi contacto en Dinamarca para pedirle información. En su respuesta nos contó lo que le había ocurrido a tu tío, él también lo conocía. Así que, sólo quedabas tú por encajar en el acuerdo. Cuando tu padre me pidió que te llevara conmigo no concretó en calidad de qué deberías

venir, pero dejó todas las posibilidades abiertas: como protegida, como pupila, incluso, me ofreció tu mano... Pero en ese momento, yo no estaba en posición de decidir nada. Era mucho lo que tenía que asimilar y, parecía, que iba a tener tiempo de pensar. Lo que no podía imaginar es que me iba a enamorar de tí —le besó las manos despacio esperando una respuesta—. Elian te amo. Ya te lo dije, cuando esté en posición de hacerlo pediré tu mano, te lo prometo.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —le temblaba la voz— ¿Por qué, si no, me lo cuentas ahora? Podrías haber esperado a estar de viaje, podrías no habérmelo contado nunca y no me habría enterado, ¿por qué ahora?

Jens respiró hondo y soltó el último balde de agua fría, el peor, con el que no contaba hasta hace apenas unas horas y que había dado al traste con todos sus planes con Elian.

—Han venido a buscarme. Mi hermano Erik está aquí para llevarme al Thing que ha convocado Björn como nuevo Rey. Mi padre murió el pasado invierno y ahora los daneses nos atacan por el Sur —Jens esperaba que su amigo Hakon no tuviera que luchar. No quería encontrárselo cara a cara en el campo de batalla—. Debo marchar para tratar de evitar una guerra. Mis hermanos me necesitan, mi pueblo me necesita. Mi Rey me reclama y debo acudir.

—Déjame ir contigo —suplicó Elian— por favor, no me dejes atrás —se abrazó a él sentándose a horcajadas sobre él— ¿y si esta vez te matan de verdad? No lo soportaría. Voy a ser tu esposa, ¿no? Pues tengo que estar a tu lado.

—No es seguro, Elian. —la besó en la mejilla secándole las lágrimas— Al Thing sólo pueden entrar hombres, ¿recuerdas? Tendría que dejarte con desconocidos. Si al final hay guerra, estaría pendiente de tí, de tu seguridad, en lugar de pensar en la batalla y eso sí que puede ser peligroso. Necesito saber que vas a estar bien y el mejor sitio es este, aquí, con tu familia. Después de la boda de Cárdigan tu madre se irá al convento y no tendrás nada que temer.

—Temeré por tí cada día. Estaré pendiente de la llegada de noticias, de tu regreso. Prométeme que volverás —lo besó mientras le acariciaba el rostro con sus manos hasta que no pudo más y rompió a llorar abrazándose a él, refugiándose entre sus brazos.

—Volveré, te lo prometo —la tenía rodeada con sus brazos, le acariciaba suavemente la espalda y le besaba el cuello—. Elian, debo marcharme ya —Le susurró.

—¿A cuál de tus dioses puedo rezar para que te proteja?

—Reza para que no lleguemos a la guerra pero, si hay que luchar, dirige tus



plegarias a Thor.

—Así lo haré, mi amor.

Elian estaba destrozada. Jens todavía no se había marchado y ya se sentía vacía y perdida. Por fin todo cobraba sentido: los privilegios que le había otorgado su padre, la condescendencia respecto a la proximidad de sus alcobas siendo un hombre, los cuchicheos que se hacían con gestos creyendo que ella no se daba cuenta. A veces, los silencios hablan más que las palabras. Era un príncipe. De acuerdo que los reyes y los nobles eran electos, no vitalicios, y que los hijos no siempre heredaban los títulos ni los cargos pero, daba igual. Había sido príncipe y ahora era hermano del Rey.

Ella había acaparado para sí todo el tiempo de Jens, había disfrutado de su compañía y había aprendido mucho con él. Casi se sentía más norsteña que germana y, en honor a Jens, ella tenía que cumplir con su papel de paciente esposa y esperarlo. Tal y como tendría que hacer durante los veranos en que él la dejaría a cargo de la casa y la granja. Tenía que demostrar que podría hacerlo, que sería capaz de valerse por sí misma y de esperar su regreso.

Llegaron a la sala del homenaje donde los esperaban sus padres, sus hermanos y Erik.

—Erik, te presento a Elian —dijo Jens.

—Es un placer, señora —dijo mientras tomaba una de sus manos para besarla en el dorso.

—Erik, sé que no tengo derecho a pedirte esto pero, ¿existe alguna posibilidad de que puedas evitar que Jens acuda al Thing? —Erik rió.

—Lo lamento, señora. Si pudiera me quedaría un tiempo por aquí también. Pero el Rey nos necesita a ambos a su lado y tenemos que cumplir. Llegó la hora —dijo dirigiéndose a Jens.

—Elian —Jens la tomó de la mano. Se echó a temblar cuando él puso la otra sobre su rostro, secando una lágrima que asomaba y la besó con ternura—, volveré, mi amor, te lo prometo.

Elian no pudo articular palabra cuando perdió su contacto. De pronto, todo le daba vueltas, oía voces, gente que hablaba y le decía cosas. Unas manos que la cogieron del brazo tratando de consolarla pero su luz, la que la guiaba y le daba calor, se había ido y no sabía cuándo regresaría.

## SEGUNDA PARTE



## CAPÍTULO 12

A Elian le extrañó que Cárdigan fuera a despertarla. Quedaban dos días para su boda, tenía mucho de lo que ocuparse, pero ahí estaba, entusiasmada.

—Elian, despierta, tengo que contarte una cosa.

—¿Qué quieres? —Elian se dió media vuelta abrazándose al almohadón que todavía olía a Jens.

—Es sobre Erik y algo que pasó ayer —dijo riendo.

Elian se giró hacia su hermana.

—No «no puede ser cierto», dime que no te quedaste a solas con él.

—Sí —dijo emocionada.

—Cárdigan, ¿qué hiciste? —Elian temía la respuesta.

—¿Quieres los detalles?

—¡Claro que no! —a Elian le dolió que mientras ella estaba pasándolo mal despidiéndose de Jens, ella hubiera aprovechado para divertirse con Erik—. ¿Estás loca? Te casas pasado mañana, ¿cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Y si se entera tu marido?

—Futuro marido. Además, ¿no quiere preñarme? Pues con un poco de suerte la barriga la aporto yo solita.

—¿Hablas en serio? ¿Crees que te has podido quedar embarazada sólo con un encuentro?

—Un encuentro con un vikingo, hermanita. Y te aseguro que no es cualquier cosa. Pero, tú eso ya lo sabes, ¿no?

—Cárdigan, por favor, no quiero hablar de eso —lo dijo más triste que enfadada.

Lo último que le apetecía a Elian era recordar lo mucho que echaba de menos a Jens.

—Bueno, venga, no te pongas así. He venido a buscarte para ir a desayunar. Te ayudo a vestirme.

—No, puedo hacerlo sola. —Abrió el armario. Iba a coger la primera percha de la izquierda pero pasó la mano por todos los conjuntos hacia la derecha. Sacó la más reciente, la última que Jens metió y se echó a llorar.

—Elian —Cárdigan corrió a abrazarla. Iba a echar de menos también a su

hermana cuando se casara.

Cuando llegaron al comedor su madre estaba esperándolas.

—Quiero tener una charla con vosotras dos —dijo Caillean.

—Buenos días, madre —dijo Cárdigan dejando ver lo poco que le apetecía esa charla. Elian, directamente, no respondió.

—El espectáculo de ayer fue lamentable. Mis dos hijas suspirando por unos bárbaros. ¿En qué me he equivocado con vosotras? Cárdigan, te casas en dos días, ¿quieres que informe al Duque de tus preferencias? Tal vez pueda venir vestido como uno de esos sucios vikingos, quizá así te guste más.

—Madre, no puedes hacer eso —dijo un poco asustada.

—Claro que puedo. Pero no lo voy a hacer, no me interesa que se cancele la unión. Y tú, Elian, espero que te hayas dado cuenta de lo poco que puedes confiar en tu esclavo. En cuanto ha conseguido la libertad te ha dejado como la tonta e inútil que eres. Te ha usado, se ha aprovechado de ti y te ha abandonado a tu suerte sin ningún miramiento. No te quiere y no va a volver, así que te pido que reconsideres tu ingreso en el convento. Confío que no sea demasiado tarde pese a lo que vimos la Madre Abadesa y yo en tu lecho.

—Madre, no sabes toda la historia, así que no tienes derecho a juzgarnos, ni a mí ni a Jens. Y puesto que no me importa lo que pienses ni lo que digas no me voy a molestar en sacarte de tu error. Cuando Jens vuelva a buscarme te mandaré una carta al convento para informarte.

Elian escuchó cómo su hermana soltaba una risita por lo bajo. Era la primera vez que le contestaba a su madre de esa manera, más propia de Cárdigan, pero no podía dar ni un paso atrás. Jens le había mostrado otro mundo, otra forma de entender la vida y no iba a permitir que su madre diera al traste con todo. Ahora no estaba Jens para defenderla, pero ella había aprendido algunas cosas y las estaba poniendo en práctica.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Soy tu madre y me debes respeto. El primer mandamiento de Dios es *Honrarás a tu padre y a tu madre*, debes cumplirlo o cometerás pecado y acabarás en el infierno. ¿No te das cuenta? ¡Estoy tratando de salvar tu alma!

—No madre, estás tratando de salvar la tuya.

—¿Cómo dices?

—Padre me contó lo de tu trato con la tía, con la Madre Abadesa. Eras tú la que tenía que ingresar en el convento pero querías ser madre y te cambiaste por ella a cambio de enviar a una de tus hijas con las monjas. Si querías ser madre,

¿por qué nos tratas así? ¿Dónde está tu instinto maternal? Margot cuida y protege a Darla de una forma que tú nunca has hecho.

—Ahora eres tú la que juzga sin conocer toda la historia pero, a diferencia de tí, yo sí te voy a contar lo que pasó. —Caillean respiró hondo antes de proseguir.

»Nos educaron de manera diferente desde niñas. A Liseth le estaban enseñando cómo ser una esposa atenta y servicial mientras que a mí me recluían en la capilla a rezar. Los años pasaron y concertaron el matrimonio entre Liseth y Darsus. Lo vimos por primera vez cuando vino con su padre a pedir, oficialmente, la mano de Liseth. Vuestro padre era tan joven y tan apuesto que me enamoré de él nada más verlo. Liseth, simplemente aceptó su suerte, sumisa y obediente.

»Yo era joven, igual que vosotras, y me dejé llevar por esos instintos de los que trato de protegeros. Sé lo que es el deseo y la pasión, conozco ese hormigueo en el estómago cuando el hombre al que amas está cerca, pero también sé que todo es mentira, el amor no existe, sólo es deseo y el deseo es pecado, tal y como dicen las sagradas escrituras. Pero cuando lo entendí ya era tarde.

»Le conté a mi hermana lo que sentía y fue cuando me confesó sus miedos. Temía la noche de bodas y todas las noches siguientes. Le aterraba el contacto físico, así que, convenimos proponerle a nuestro padre que fuera ella la que ingresara en el convento y yo la que se casara con Darsus. Por supuesto, la razón que le dí a mi padre es que quería ser madre.

»Nuestra madre no estaba de acuerdo con el cambio pero a nuestro padre le dió lo mismo y aceptó. Liseth ingresó en el convento y yo me casé con vuestro padre. Al principio todo fue bien, concebimos a Darean muy pronto, luego llegó Cárdigan. Pero poco antes de que nacieras, Elian, empezaron los problemas. Vuestro padre me había estado engañando desde el principio con otra y, al fin, los descubrí. Me confesó que a ella la amaba y que conmigo sólo estaba cumpliendo con su deber como Conde. Vuestro abuelo ya había fallecido y Darsus ostentaba el título. Esa mujerzuela era una de las siervas de la casa y, también, se quedó encinta. Hablé con ella para que se fuera, le ofrecí dinero, un trabajo lejos de aquí, sólo quería que desapareciera de nuestras vidas. Los bebés estaban a punto de nacer y no podía permitir que el hijo de esa fulana creciera junto a los míos.

»Recé a Dios pidiendo perdón por haber cedido a la tentación de la carne y haber renunciado a una vida santa a su servicio. Hablé con mi hermana y le

conté todo lo que había ocurrido y decidí ofrecerle a Dios una prueba de fe. Si quitaba a esa mujer de en medio, al menos, una de mis hijas dedicaría su vida a servirle.

»Las dos nos pusimos de parto, primero ella y al día siguiente yo. A esa pobre infeliz se le adelantó casi un mes y Dios respondió a mis plegarias, no sobrevivieron ni ella ni el bebé. Después naciste tú, ciega pero viva. Así que, me queda una deuda por saldar, una de vosotras debe ingresar en el convento.

»A vuestro padre le conté que la promesa había sido por nuestra boda y que tu ceguera era un castigo para él por sus pecados y un recordatorio de que yo tenía que cumplir aquel juramento.

—Es horrible —dijo Elian sin disimular su desagrado.

—Lo sé hijas, he intentado salvaros de una vida de sufrimiento, pero ninguna me ha querido escuchar.

—No, madre. Es horrible lo que tú hiciste. Desear la muerte de la mujer a la que padre amaba y ofrecernos a nosotras para pagar tus pecados. ¿Padre sabe esa parte de la historia? —Elian sentía lástima por su madre pero aún más por su padre y la pobre muchacha cuyo único error fue enamorarse de quien no podía tener. Pensó en ella y en Jens, cuando creía que sólo era un esclavo y que tendrían que fugarse para estar juntos. También recordó la paliza que le dieron al mozo de cuadras que se enamoró de su hermana y sintió mucha pena por él y por Cárdigan.

—Mi hermana se lo contó todo cuando estuvo aquí el otro día —dijo Caillean— por eso, según él, soy yo la que debo marcharme, pero tú, Elian, vendrás conmigo.

—Nunca —dijo tajante Elian.

—No, madre, no dejaré a mi hermana aquí a tu merced. Se viene conmigo y con el Duque —dijo Cárdigan en un arranque de protección— estoy segura de que mi futuro esposo estará encantado de que le proponga tener a mi lado, en todo momento, a mi querida hermana.

—No puedes hacer eso —dijo con rabia Caillean.

—Claro que puedo, entre otras cosas, porque cuando me case tendré mayor rango que tú y ya no tendré que obedecerte, madre. Vámonos Elian, tengo mucho que preparar y necesito tu ayuda.

A Elian le pareció acertada la propuesta de Cárdigan, en el castillo todo le recordaba a Jens y, si su madre iba a quedarse, ella quería estar lo más lejos posible. Si tenía que esperar el regreso de su amado, mejor salir y cambiar de

aires que quedarse de nuevo encerrada. Además, así pondría a prueba su capacidad de adaptación a un nuevo ambiente.

—Si te llevas a Elian le diré a tu esposo que te encamaste con un vikingo días antes de la boda —Cailleán escupía veneno al hablar.

—¿Cómo sabes eso? —Cárdigan se quedó estupefacta.

—Me lo acabas de confirmar —dijo Cailleán sonriendo.

—No importa, Cárdigan —dijo Elian—. Te agradezco el gesto pero, como no me arrepiento de nada, no tengo nada que temer. Madre se irá al convento porque así lo ha dispuesto padre. Y ahora, si quieres, voy contigo a ayudarte en lo que necesites.

Elian habría preferido marcharse pero, si tenía que quedarse para proteger a su hermana, lo haría. Su madre ya no le daba miedo. Trataría de pasar todo el tiempo posible con Margot y Lerin y así se le haría más llevadera la espera.

## CAPÍTULO 13

El día de la boda llegó y Melantea fue la encargada de ayudarla a vestirse. Era un traje de gala de tela muy suave y fina, encorsetado con cordones en la espalda, escote cuadrado y mangas acampanadas. Una vez estuvo lista, cogió su bastón y se dirigieron a los aposentos de Cárdigan para prepararla. Jens le había enseñado a valerse de un palo largo cuando no tenía quien la acompañara. Decía que era importante que pudiera moverse sola por cualquier sitio y Elian sospechaba que, un día tan señalado como este, iba a encontrarse sola en más de una ocasión.

El vestido de Cárdigan parecía bellísimo, la tela era tan fina como la del suyo, con delicados bordados. Le dijeron que el suyo era azul, como el cielo y el de su hermana blanco, que representaba la pureza. Para ella los colores no tenían mucha importancia pero había aprendido que significaban cosas.

Mientras terminaban de vestir a Cárdigan trajeron algo de fruta para ella, Margot y Caillean. La novia debía permanecer en ayunas hasta el banquete, era la tradición.

Elian quiso peinar a su hermana. Recordó lo que Jens le había contado sobre el pelo suelto y recogido de las mujeres y le propuso a Cárdigan llevar una pequeña trenza y el resto de la larga melena, suelta. Le encantó la idea y, pese a las quejas de Caillean, así lo hicieron.

Estaba llegando mucha gente al castillo. Nobles de los alrededores, parientes de las dos familias y los séquitos de hombres que acompañaban a su padre y al Duque cuando debían presentar batalla o defender sus murallas.

Cárdigan debía de estar nerviosa porque apenas había hablado en toda la mañana. Ya llevaba un rato preparada, cuando una sierva entró en la alcoba anunciando que el Duque ya había llegado y que debían bajar para firmar los esponsales. Elian pudo escuchar a su hermana respirar hondo, levantarse y caminar con paso firme y decidido. En ese momento la admiró mucho, no imaginaba nada más horrible que ser entregada, como si de un jarrón se tratase, a un hombre al que sabía que no podría amar.

Elian caminaba apoyando una mano sobre el hombro de Margot y la otra sujetando su bastón. De esta manera, su cuñada podía tener los brazos libres para



llevar a Darla. Cailleán le ofreció el brazo a su hija pero lo rechazó. A Elián le daba igual lo que pensara la gente por no ir acompañada de su madre. Tenía claro que no quería darle la oportunidad de volver a escupir veneno en su oído.

Cuando llegaron al patio ocuparon el lugar de honor que les correspondía sobre la tarima que habían preparado. Su hermana subió la última del brazo de su padre. Se pararon delante de todos junto al Duque y el letrado, que leyó la carta de arras, el acuerdo matrimonial en el que se establecía la dote que aportaba el marido y el ajuar que aportaba ella. La lectura del documento se hacía públicamente, de manera que todos pudieran dar fe de las condiciones y, además, tres testigos debían firmar como prueba de que eran conocidas y aceptadas por ambas partes. Su hermano Dareán era uno de los testigos y los otros dos los trajo el Duque.

Según la carta y, para salvaguardar el honor de la familia y de Cárdigan, ésta se presentaba como viuda y, por tanto, el Duque quedaba exento de pagar la dote por la patria potestad ni la morgengabe [3]. Lo que le habían dicho al Duque era que fue violada y que el muchacho no podía pagar la dote correspondiente, de manera que pagó con su vida, así que, a efectos legales, podía considerarse viuda. Todos ganaban. Una tercera esposa para el Duque habría supuesto una dote tres veces mayor que la pagada la primera vez. Una viuda joven y apenas usada era una muy buena opción.

—Con este anillo yo te desposo —la voz del Duque sonaba autoritaria, seria y fuerte pese a su edad. A Elián se le encogió el corazón al pensar en su hermana. Tendría que vivir, dormir y acostarse con aquel hombre.

Los esponsales finalizaron con un beso de la pareja, vitoreado por todos los presentes y que simbolizaba la unión de la carne.

Quedaba la segunda parte, la boda ceremonial. Todos se dirigieron a la capilla para escuchar al clérigo decir unas frases en latín bendiciendo la unión.

Al salir de la capilla el Duque pidió silencio.

—Los que me conocéis sabéis que la paciencia no es una de mis virtudes —algunos de los presentes rieron— y, puesto que mi joven esposa ya sabe lo que es una noche de bodas, nos vais a disculpar pero voy a consumir el matrimonio ahora mismo —muchos hombres vitorearon sus palabras y Elián pudo escuchar unas cuantas obscenidades—. Alegraos por mi y celebradlo, nos veremos en el banquete.

Todos se dirigieron de vuelta al patio, entre risas y aplausos, donde se habían preparado las primeras bebidas y algo de comida, además de juegos varios para

entretener a los invitados.

Elian no se había separado de Margot en ningún momento. Tanta gente a su alrededor la desorientaba y temía perderse en su propia casa. Se encontraban hablando con unas mujeres, a las que Elian no conocía, sobre la suerte que había tenido Cárdigan de ser aceptada por el Duque dada su condición de viuda. Pero claro, el Duque ya no estaba para seleccionar demasiado y ningún padre quería que le devolvieran a una hija repudiada por no haber concebido hijos. Las voces pizpiretas de aquellas mujeres y su palabrería malintencionada le daban dolor de cabeza. Estuvo a punto de perder la compostura cuando le preguntaron a Margot si realmente ella era ciega. Era ciega pero no sorda, estaba allí con ellas, se lo podrían haber preguntado directamente pero no, tal vez temían que las pudiera contagiar. En ese momento llegó Lerin a salvarla.

—Elian, han puesto las dianas, ven y demuestra lo que sabes hacer. Se lo he dicho a unos hombres que se estaban jactando de su puntería y no me creen.

—Pero Lerin, ¿por qué has hecho eso? No creo que sea apropiado que tire con arco.

—Por favor, hazlo por mí, aunque sólo sea por no dejarme por mentiroso.

Elian aceptó. En realidad estaba deseando alejarse de aquellas mujeres y sería divertido callar algunas bocas.

Lerin sacó el artilugio que había hecho Jens para que Elian pudiera escuchar dónde estaba el centro de la diana. La gente empezó a apartarse y más cuando Lerin le entregó el arco y la flecha.

—Estamos a diez pasos —hizo sonar las llaves de hierro suspendidas delante de la diana con el cordel— ¿lo oyes?

—Sí.

Se hizo el silencio a su alrededor, algunos preguntaban qué pasaba y otros mandaban callar. Elian respiró hondo, colocó la flecha y estiró la cuerda. Mantuvo la posición, Lerin hizo sonar el artilugio otra vez, apuntó, contuvo la respiración y soltó la flecha.

Volvió a escuchar el sonido metálico al que estaba acostumbrada y supo que había acertado otra vez. Lerin se dirigió a los hombres que no lo habían creído para alardear de la puntería de su hermana y de la suya propia en las mismas condiciones. Se puso un pañuelo sobre los ojos y le pasó el cordel a su hermana. Elian hizo sonar los hierros, Lerin apuntó y lanzó la flecha clavándola justo al lado de la de su hermana.

Esta demostración de puntería de los dos hermanos fue el centro de muchas

conversaciones. Al momento, estuvieron rodeados de hombres que los felicitaban y les preguntaban cómo habían aprendido a hacerlo. Incluso hubo quien se propuso probar y, por supuesto, no acertaron en el blanco.

—Mi señora, permitidme que me presente, soy Ser Derek, Señor de Rhön. Quisiera presentaros mis respetos —tomó su mano y la besó en el dorso—, lo que habéis hecho no lo puede hacer cualquiera.

—Gracias, Ser. No tiene tanto mérito, sólo es práctica —no era cierto, pero no quería parecer presuntuosa ni ofender a nadie.

—Y decidme, ¿qué otras cosas, fuera de lo común, practicais?

Elian empezaba a sentir el rubor subir a sus mejillas. Nunca antes se habían interesado en lo que ella podía hacer. Salvo Jens, claro.

—Pues, también me gusta salir a cabalgar —dijo torpemente. No creía apropiado contarle a un desconocido que había aprendido a nadar.

—Sería un placer acompañaros.

—Mi señora Elian, soy Ser Edwin, sobrino del Duque —también besó su mano—, es todo un honor conocer a una mujer tan peculiar.

Siguieron presentándose, uno tras otro, los hombres que habían presenciado la proeza en primera línea y que, momentos antes, se habían mofado de Lerin. Él también había recibido la felicitación de algunos de ellos, pero estaba más pendiente de las muchachas que surgieron a su alrededor. Elian podía escuchar sus jóvenes e inocentes voces, o quizá no tan inocentes, y la torpeza de su hermano al atenderlas, pero se le notaba encantado.

Elian ya no sabía cuántos hombres le habían presentado sus respetos cuando su padre fue a rescatarla.

—No recuerdo el nombre de ninguno, padre —le confesó Elian.

—Ni falta que hace, son unos buitres. Es conveniente que te retires pronto a tus aposentos y te encierres allí hasta mañana. Cuando los hombres beben pueden cometer muchas tonterías y quien evita la tentación evita el pecado. Jens no ha hecho una oferta por tu mano pero sé que lo hará en cuanto regrese, así que he de procurar que te encuentre en perfecto estado.

—Padre, no te he dado aún las gracias por...

—Ya hablaremos más adelante, ahora a disfrutar de la boda de tu hermana.

El banquete se había preparado en la sala del homenaje, que era la más grande de todo el castillo. Ella estaba sentada entre Margot y Lerin, junto a Margot estaba Darean, su padre, Cárdigan, el Duque, Caillean y otros hombres del Duque. Elian no había podido hablar con su hermana desde que habían

regresado pero le había preguntado a Margot cómo veía a Cárdigan y cómo era el Duque.

—El Duque es mayor que tu padre, pero no se le ve demasiado anciano, aún conserva la belleza que debió tener de joven y parece bastante fuerte para su edad. Tiene un semblante muy serio y una mirada implacable. Cárdigan no parece demasiado molesta, casi diría que está bastante cómoda, quizá no sea tan malo como pensábamos —Margot rió un poco recordando las conversaciones que habían tenido las tres imaginando el momento de la consumación.

Su padre tenía razón, cuando los hombres beben se vuelven peligrosos. Empezó el baile y Margot le dijo que algunos ya no se tenían en pie, golpeaban a los que tenían a su alrededor y se enzarzaban en absurdas peleas que no podía ganar nadie.

—Mi señora, ¿me concedéis el próximo baile? —Elian se sobresaltó, no esperaba que nadie se le acercara. Se había quedado sola en la mesa, Lerin había desaparecido y Margot y Darean estaban bailando.

—Sería un honor pero iba a retirarme ya.

—Con más razón, entonces, no podéis marcharos sin bailar en la boda de vuestra hermana.

—Me vais a disculpar, hoy he conocido a muchas personas, ¿quién sois? —Elian conocía las voces de la gente del castillo pero con tantas presentaciones era imposible recordar las nuevas.

—Por favor, disculpad vos mi torpeza, no suelo tratar con personas tan... especiales como vos. Soy Ser Derek, Señor de Rhön.

Elian aceptó el baile. Trató de seguir a Ser Derek y se disculpaba cada vez que daba un mal paso. Esos bailes en grupo, dando vueltas en círculos y tomados sólo de la mano tenían muchas florituras y Elian no había tenido ocasión de practicarlas demasiado. Su madre opinaba que ella no debía bailar porque no era capaz de ver los movimientos. Lo que su madre no entendía es que, conociendo los pasos podía seguir la música y, al menos, dejarse llevar por su pareja de baile.

Cuando terminó la pieza, Ser Derek le ofreció su brazo para acompañarla a su sitio en la mesa.

—Siento ser tan torpe, no se me da bien danzar.

—En absoluto, me habéis parecido encantadora y, de nuevo os digo, que tiene muchísimo mérito lo que hacéis.

—¿Lo que hago? —Elian no estaba segura de a qué se refería exactamente.

—Sí, lo que hacéis. Tratar de tener una vida normal pese a vuestra dificultad. Nunca había conocido a nadie como vos. —Habían llegado a su sitio en la mesa y Elian recuperó su bastón—. ¿Os molestaría si algún día vengo a haceros una visita?

—¿Una visita? ¿Para qué? —Elian no entendía qué quería aquel hombre.

—Para charlar o, quizá, salir a montar. —Le vendría bien algo de distracción pero, no estaba segura de que Ser Derek fuera la compañía apropiada, al fin y al cabo, ella estaba comprometida, o casi.

—No es necesario que malgastéis vuestro tiempo conmigo, Ser. —No sabía cómo negarse sin ofenderlo.

—No lo malgasto, mi señora, lo invierto. Nos veremos en unos días. —Le besó la mano a modo de despedida— ¿Queréis que os acompañe a vuestros aposentos?

—Gracias, pero no será necesario —dijo Elian recuperando su mano de las garras de aquel hombre.

—Yo misma la acompañaré, Ser Derek. Os agradezco las atenciones que habéis tenido con mi hija —dijo Cailleán apareciendo de improviso. Elian esperó a escuchar cómo Ser Derek se alejaba para dirigirse a su madre.

—No necesito que me acompañes, madre.

—Yo creo que sí. Tú tienes tus motivos y yo tengo los míos pero, por una vez en mucho tiempo, el fin es el mismo. Que nadie toque tu virtud. Vamos.

—Espera, no me he despedido de Cárdigan.

—Cárdigan está muy ocupada atendiendo a su esposo.

Durante el camino a su alcoba no cruzaron una sola palabra y, al llegar, Elian entró sola. Su madre no hizo intención de acompañarla dentro.

—Buenas noches, madre.

—Que descanses, hija.

Elian cerró la puerta y recordó que, en esos momentos, ella podría haber estado viajando al Norte con Jens. Se dirigió a la pequeña celda que él había ocupado, se tumbó en su precaria cama y, llorando, se quedó dormida.

**3** *Regalo matinal que se entregaba a la esposa, tras la noche de bodas, con el que se reconocía la virginidad de la misma.*

## CAPÍTULO 14

Los hombres de Erik los esperaban a las afueras de Fulda, una ciudad cercana a Sheriland pero, lo suficientemente lejana como para no llamar la atención. Aunque un grupo de veinte vikingos no pasaba desapercibido en aquellas tierras. Jens había pedido, en la carta que envió a sus hermanos, que fueran discretos con su situación.

El objetivo era llegar a la desaparecida ciudad de Reric [4], remontar el río Trave y, desde allí, navegar por el mar hasta Helsingborg.

Durante el camino a Fulda, Erik puso al día a Jens sobre la situación actual de Suecia. Cuando Harald I recuperó los fiordos y arrasó Ranrike, siguió avanzando hacia Østfold y reclamando como propio todo el territorio al oeste del lago Vänern. En estos momentos, Guttorm, su hijo, estaba allí defendiendo la frontera.

Aprovechando la muerte de Erico III, los daneses amenazaban con atacar por el sur y, tras tantas batallas perdidas, Björn temía que el pueblo se sublevara y cambiara de bando sin, tan siquiera, luchar.

Llegaron a Fulda de noche. Jens se alegró de encontrar a sus amigos de la infancia, Dag y Horik, entre los hombres de su hermano. Celebraron su llegada al campamento con una ronda de cerveza caliente. Si no continuaron la fiesta fue porque al día siguiente debían emprender el viaje de regreso y les esperaban diez duras jornadas de camino.

Estaban llegando ya a Reric y, desde el principio, Jens sentía que le faltaba algo. No hacía más que girarse sobre su montura buscando a Elian y a Epona. Pero lo que encontraba eran vikingos que le sonreían y le contaban las hazañas y pillerías que habían cometido durante estos últimos años. Erik no se separaba de él ni un momento y Dag estaba encantado de relatarle a su amigo todos sus logros, las posesiones que había conseguido reunir y la esposa tan maravillosa que lo esperaba en su granja. Ya tenía dos hijos y les estaba enseñando a luchar con tan sólo 2 y 3 años.

Jens pensaba en su futuro con Elian. Un futuro que podría haber empezado ya. En los hijos que podrían tener y en los inviernos juntos en su granja. Pero su hermano Björn quería hacerlo Jarl otra vez. Tendría responsabilidades, con el

pueblo y con el Rey, que lo mantendrían más alejado de Elian de que lo que él quisiera. Ojalá no lo hubieran reclamado. Ojalá hubieran partido unos días antes. Ojalá hubiese seguido muerto para sus hermanos y así habría podido vivir con ella como cualquier hombre libre.

Los daneses tenían aterrados a los germanos debido a sus incursiones repetitivas y saqueos varios. De manera que, durante el viaje hasta Reric, nadie los molestó. Durante el día cabalgaban y al caer la noche montaban el pequeño campamento. Jens dormía en la tienda de Erik. Aprovechaban esos ratos de intimidad entre hermanos para hablar de la familia y comentar cómo les iban las cosas a todos. Él se había casado, por exigencias de Björn, con la hija de un terrateniente importante de la zona de Varberg. La chica era bastante bonita y muy servicial, pero nada más. A él le gustaban las mujeres como Cárdigan, rebosantes de pasión. Björn estaba casado con la hija de un jefe tribal de la isla de Gotland, para asegurarse aliados, claro. Gladys había consentido ser la esposa del Jarl Sigar de Tingvalla [5]. Los dos tenían mucho carácter. Sigar era un temible guerrero que había bloqueado varios intentos de avance de los noruegos hacia el este y, como recompensa a su lealtad, Erico le había ofrecido la mano de su hija. A Sigar le había gustado la idea de tener una esposa guerrera. Siempre estaban peleando pero, por lo visto, toda la pasión que ponían en sus enfrentamientos también la tenían en la alcoba. Olaf había enfermado y murió hacía tres años, siempre había tenido una salud un tanto delicada. Thora fue entregada como esposa a un Jarl danés en un intento de forjar una alianza, pero a la vista estaba que no había durado mucho la tregua. Su madre, la Reina Gudrun, se había quedado en la granja familiar, que había heredado Björn tras la muerte de su padre, en Uppsala. Alejada y protegida de todas las batallas y disputas a las que se estaba viendo sometido el territorio.

Jens no se había dado cuenta de cuánto echaba de menos navegar hasta que vió el Drakkar de Erik esperándolos en las aguas del río Trave. Era un Snakker [6] de casi veinte metros de eslora, grandes mangas con cabezas de dragón y un calado de sólo medio metro. Ocho vikingos se habían quedado junto a la embarcación esperando la llegada del grupo, ocultando y protegiendo el Drakkar. Tiempo que habían aprovechado para hacer alguna que otra incursión relámpago, tanto a germanos como a daneses.

Una vez embarcaron tardaron dos días en llegar a Helsingborg. Jens disfrutó mucho del viaje y la camaradería entre los hombres. Fue un viaje tranquilo y sin sobresaltos. Jens tuvo la sensación de que no había pasado el tiempo. De que

todo había sido un mal sueño y que al despertar estaría en Ranrike. Pero las armas que le había entregado Ser Darsus el primer día que llegó a Sheriland, de las que no se había separado en ningún momento: la espada de acero franco, el saex y el arco con el carcaj cargado de flechas, lo devolvieron al presente. Tenía que responder a la llamada de su hermano, defender Helsingborg si finalmente presentaban batalla los daneses y, después, podría volver a por Elian.

Al llegar no atracaron en el puerto, sino que, se quedaron en una playa previa para evitar ser vistos. Sólo Erik acompañó a Jens ante Björn, cubierto por una capa de pies a cabeza. Se estaban tomando muchas molestias para que el resto de los congregados al Thing, que ya se estaban reuniendo en el campamento montado a las afueras de la ciudad, no supieran que él estaba allí.

Cuando Jens y Erik entraron en la tienda donde Björn los esperaba, éste pidió a los presentes que los dejaran solos. Jens se bajó la capucha de la capa descubriéndose.

—Mi hermano estaba muerto y ha regresado del Valhala —dijo Björn acercándose para abrazarlo.

—Yo también me alegro de verte, Björn. Siento no haber estado en la muerte de Olaf y de padre.

—Lo importante es que has vuelto, Jens. Ahora no tenemos tiempo que perder. Mañana es el Thing. Temía que no llegarais a tiempo —dijo mirando a Erik.

—Ha sido un viaje rápido y sin sobresaltos. Una lástima, podríamos habernos divertido un poco con los germanos.

—No Erik, tenía que ser así, rápido y limpio. Hasta mañana nadie debe saber para qué has ido a Germania.

—Mis hombres no dirán nada, ya lo sabes.

—Jens, confío que Erik te habrá puesto al corriente de la situación.

—Sí.

—Bien. Mañana, en la asamblea, todo deberá transcurrir como esperan hasta que llegue el momento de nombrar al nuevo Jarl de Skåne.

**4** *Reric fue destruida en el 808 por el rey Godofredo I de Dinamarca. Actualmente es la ciudad de Lübeck.*

**5** *Actual Karlstad, Suecia, localizada en la orilla norte del lago Vänern.*

**6** *Barco vikingo especialmente diseñado para la guerra. Era de los más*



*grandes construidos entre los siglos IX y XII. Podía llegar a alcanzar los 30 metros de eslora, 40 remos y hasta 90 hombres. Por su bajo calado no necesitaba puertos para atracar, pudiendo utilizar cualquier playa. Además, era tan liviano que podía ser transportado tierra adentro..*

## CAPÍTULO 15

Después de la boda de Cárdigan, Elian tomó la decisión de no volver a estar encerrada ni volver a sentirse inútil. Así que se pasaba las mañanas con Margot y Darla y por las tardes seguía practicando tiro con arco con Lerin. Otra determinación que tomó fue la de no recogerse el cabello, se lo cepillaba y se trenzaba sólo dos mechones, uno a cada lado, para unirlos atrás y retirarse un poco el pelo de la cara. Así era como quería que Jens la encontrara: peinada como una norteña soltera que espera que pidan su mano.

Caillean, aunque ya no estaba encerrada, seguía durmiendo en la pequeña alcoba donde la habían confinado, alejada de Ser Darsus. Era más que evidente que el matrimonio estaba pasando por un mal momento. Sin embargo, Caillean apenas se dejaba ver ni había vuelto a insistir con el tema del convento. Pero tampoco se marchaba.

Esa mañana, Elian estaba jugando con Darla, a la que le encantaba agarrarse a la melena suelta de su tía, mientras Margot le leía un libro sobre botánica cuando entró Melantea buscándola. En la sala del homenaje la esperaban Ser Derek con Caillean. «*¿Qué puede querer Ser Derek?*» Recordó que, después de bailar, se ofreció a visitarla algún día.

—Mi señora Elian, veo que seguís tan hermosa como el día de la boda —dijo Ser Derek besándole la mano.

—Gracias, Ser Derek, ¿puedo preguntaros a qué debo el honor de vuestra visita? —No pensó que realmente fuera a venir. No terminaba de entender qué pretendía.

—Elian, se amable con nuestro invitado —intervino Caillean usando un tono más meloso que reprochador.

—Tenía la mañana libre y pensé que, quizá, os apetecería dar un paseo a caballo —dijo Ser Derek.

Lo cierto era que le apetecía mucho salir con Epona a montar. No lo había hecho desde el último día que estuvo Jens y era un ejercicio que echaba de menos. Pero no estaba segura de querer ir con Ser Derek.

—Sois muy amable, Ser. Pero lamentablemente, no hay nadie disponible para acompañarnos y entenderéis que no sería correcto que fuéramos los dos

solos.

—No estaréis solos, Elian, yo misma os acompañaré —dijo Caillean.

Lo último que se esperaba Elian era que su madre se ofreciera a ser su carabina con un hombre al que apenas conocían. Si tenía alguna sospecha de que estaba tramando algo, esto lo confirmaba.

—¿Padre lo sabe? —preguntó Elian suspicaz.

—Por supuesto, ¿crees que haría algo sin su consentimiento? —Elian no quería tener que responder a esa pregunta y su madre tampoco, porque no le dio tiempo a hacerlo—. Vamos, los caballos ya deben de estar preparados.

Efectivamente, cuando llegaron a las cuadras Epona y el caballo de su madre ya estaban listos junto al de Ser Derek. Montaron los tres y salieron por la puerta que daba a la explanada.

—Ser Derek, con vuestro permiso, yo iré detrás. Así vos podréis poneros junto a mi hija para hablar.

La conducta de su madre era muy rara. ¿Habría cambiado de parecer respecto al convento a cambio de casarla con cualquiera que no fuera Jens? Era una idea un tanto retorcida, pero su madre era capaz de eso y mucho más.

—¿Vais bien, mi señora? —preguntó con dulzura Ser Derek.

—Sí, gracias. Ya hacía días que no montaba y lo empezaba a echar de menos —le confesó Elian.

—¿Puedo preguntaros a qué se debe que dejárais de montar?

—Tenía un siervo que me acompañaba pero tuvo que marcharse. —No quería llamar esclavo a Jens. Al fin y al cabo, sólo lo fue durante unas horas.

—Por eso yo prefiero los esclavos. Obedecen sin rechistar y no pueden irse a ninguna parte. —A Elian no le gustó cómo sonó el comentario. Supuso que Ser Derek debía de ser de látigo fácil. Esa idea le hizo recordar la flagelación que le propinó su madre y se estremeció. Ser Derek lo notó.

—¿Os encontráis bien? Habéis palidecido de pronto.

—Sí, estoy bien. No es nada. —Trató de disimular y alejar ese pensamiento de su mente.

—El día de la boda, tras demostrar vuestra maestría con el arco, dijisteis que habíais practicado mucho para acertar en el centro, ¿hace mucho que tirais?

—En realidad no mucho, casi dos meses.

—Eso es poquísimos. Tenéis un don natural o, quizá, ¿hay algún truco? Tengo curiosidad, ¿cómo lo hacéis realmente?

—Tiro de oído. Al ser ciega, mi sentido auditivo está más desarrollado. Soy

capaz de identificar con más facilidad que los demás los sonidos y su origen. El artilugio que colocó mi hermano produce un sonido metálico, sólo tengo que localizar dónde se encuentra y apuntar hacia allí.

—Reconozco que ese aparato es muy ingenioso, ¿se os ocurrió a vos?

—No, fue idea de mi siervo.

—¿Os enseñó él a tirar? —preguntó un tanto extrañado.

—Sí. —Elian recordó cómo la levantó Jens cuando acertó por segunda vez en la diana para demostrar a Gaius que no había sido suerte.

—¿Cómo se os ocurrió aprender a tirar con arco? Disculpad si os parezco indiscreto, sólo es curiosidad. Me parecéis fascinante.

—No pasa nada, supongo que es normal sentir curiosidad por lo que es diferente. Precisamente, la curiosidad fue lo que me impulsó a aprender a tirar. Un día mi hermano Lerin me trajo una diana para enseñarme lo mucho que había mejorado su puntería y, al día siguiente, tiré por primera vez.

La conversación y el paseo se prolongó casi hasta la hora de comer. Ser Derek las acompañó al castillo y se despidió prometiendo volver en cuanto tuviera otra mañana libre.

Caillean no había intervenido ni una sola vez en todo el trayecto. Si Elian no hubiera estado escuchando los cascos de su caballo todo el rato, habría pensado que los había dejado solos.

—Madre, nunca te ha gustado montar a caballo y menos que yo monte. ¿A qué se debe este cambio de actitud? —preguntó Elian temiendo la respuesta.

—Ya te lo dije, tú tienes tus motivos y yo tengo los míos así que, cuidaré de tu virtud hasta que cedas y vengas al convento conmigo.

—No voy a ir al convento. Asúmelo, madre.

—Ya veremos.

## CAPÍTULO 16

Jens estaba sentado al fondo de la gran tienda donde se estaba celebrando el Thing. Los hombres estaban descontentos con la forma de gobernar del último Jarl y no se molestaban en disimularlo. El ambiente era tenso y la amenaza de los daneses no mejoraba la situación.

En el estrado se encontraba el Rey Björn y el letrado. Los hombres que así lo deseaban podían levantarse y presentar tanto sus quejas como sus propuestas de cara a ser elegidos como el próximo Jarl.

Entre las quejas hubo alguna que otra disputa entre vecinos que acabó en pelea alborotando a todos los presentes, que lejos de detenerlos, los alentaban a seguir. Erik era el que acababa interviniendo y poniendo paz para que la asamblea pudiera continuar.

Después de casi todo el día de exposiciones y tras cuatro peleas, llegó el momento de elegir al nuevo Jarl. Entonces Björn tomó la palabra.

—Hemos escuchado a todo el que ha querido hablar y se ha tomado nota de aquellos candidatos que se han presentado voluntarios para ocupar el puesto de Caudillo de Skåne. Ahora, yo quiero presentaros a un último candidato. Mi hermano —todos se giraron hacia Erik— Jens.

En ese momento Jens se levantó y se quitó la capa que lo ocultaba. Todos se giraron hacia él y, durante un momento, se hizo el silencio. Sin duda, todos lo conocían, algunos en persona, otros habían oído hablar de él y, por supuesto, todos lo creían muerto.

—Yo, Jens Eriksson, hijo de Erik Emundsson, presento mi candidatura al puesto de Jarl de Skåne. —Jens se dirigió, con voz firme, a la multitud que lo escuchaba estupefacta e incrédula, susurrando lo imposible que era que estuviera ahí. Algunos decían que lo vieron morir, otros que los dioses lo habían traído de vuelta del Valhala como respuesta a sus ruegos—. Muchos me conocéis por haber sido Jarl de Ranrike. Todos sabéis cómo la perdí a manos de Harald I. —Jens se iba acercando al estrado según hablaba—. Pero también sabéis cómo creció y se enriqueció como puerto comercial. Seguro que conocéis los problemas que tuvimos con las plagas y que los solventamos de la mejor manera posible. —Había llegado al pie del estrado y hablaba a la atenta multitud.

»Si me elegís como Jarl, me comprometo a enmendar los errores por los que los noruegos nos invadieron. No permitiré que los daneses nos quiten nuestra tierra. Levantaremos torres de vigilancia a lo largo de toda la costa desde Malmö hasta Helsingborg. Ampliaremos la flota de Knarrs y Drakkars para mejorar y fomentar el comercio, disuadir a los posibles asaltantes y defendernos de los que quieran atacarnos.

»Conozco la provincia de Skåne, pero vosotros vivís aquí y la conocéis mejor que yo, por ello, escucharé vuestras sugerencias para mejorar la convivencia entre sus habitantes.

»No pido que me elijáis por ser el hermano del Rey, quiero que me elijáis por ser uno de vosotros. Un hombre libre que quiere cultivar la tierra, obtener su fruto y comerciar con él. Un hombre libre que, como vosotros, sólo busca defender su hogar y enriquecer a su familia. Un hombre libre que tratará, por todos los medios, de que sus vecinos tengan lo necesario para pasar los duros inviernos. Un hombre libre que se ofrece como Jarl y que espera volver a ser sólo un hombre libre cuando así lo dispongáis.

»Por todo esto, os pido que consideréis mi candidatura como Jarl de Skåne.

Tras un instante de abrumador silencio empezaron a escucharse unos aplausos que se contagiaron rápidamente acompañados del grito “¡Jarl Jens! ¡Jarl Jens!”

Jens se giró hacia su hermano, como hizo años atrás con su padre y el Rey confirmó la elección del nuevo Jarl de Skåne.

La fiesta que siguió al cierre del Thing se alargó casi toda la noche. Los cuernos de cerveza e hidromiel pasaban de mano en mano. Los asistentes dieron buena cuenta del asado que los esperaba para cenar. Muchos lo felicitaron por su discurso y por su regreso, otros le deseaban suerte para cumplir con sus nuevas responsabilidades honrando al pueblo y a los dioses y, otros tantos, le preguntaron dónde se había metido estos últimos años.

Björn le comentó que sería un buen momento para tantear acuerdos con algunos jefes poderosos de la provincia, que tenían hijas solteras, de cara a concertar algún matrimonio provechoso. Jens aprovechó la ocasión para decirle a su hermano, que el Conde de Sheriland le había dado la libertad a cambio de casarse con su hija y que, por honor, tenía que respetar ese acuerdo antes que cualquier otro.

—Una extranjera no puede ser tu primera esposa, cástate con la hija de un jefe y luego tomas a la hija del conde como segunda. Ya estuviste a punto de

casarte, sabes cómo funciona esto, son negocios —le respondió Björn.

—Yo estoy casado —intervino Erik— pero si la otra hija del Conde quisiera, me la traería como segunda esposa. De hecho, quizás te acompañe a por Elian sólo por secuestrar a Cárdigan.

—Te recuerdo que ya es una mujer casada —le dijo Jens.

—Por eso digo lo de secuestrarla en vez de pedir su mano —se jactó Erik.

—Hazme caso, hermano, primero el deber y luego el placer —sentenció Björn.

Jens sabía que Björn tenía razón, incluso Erik había actuado según lo previsto, pero él se sentía incapaz de tomar por esposa a otra mujer que no fuera Elian. Fray Fenton había tenido mucho que ver en que él tuviera una idea distinta del matrimonio. El fraile le había contado que, en la religión cristiana, había que amar y respetar a la mujer con que uno se desposaba, no por su posición, sino por ser la persona con la que lo compartirías el resto de tu vida. Realmente, Jens no había entendido completamente estas palabras hasta que conoció a Elian. Cuando fue consciente de que la amaba, todo cobró sentido, si tenía que compartir su vida con alguien tenía que ser con ella.

Björn le había pedido que volviera y él había vuelto, le había pedido que se ofreciera como Jarl y había sido elegido pero, con quién se casara era su elección. No permitiría que su hermano también le dijera quién iba a ser la madre de sus hijos, él tenía muy claro quién quería que fuera.

## CAPÍTULO 17

Habían pasado casi dos meses desde la boda cuando llegó la primera carta de Cárdigan.

Elian estaba con Margot y Darla cuando les llevaron la misiva esa mañana. Margot leyó la carta en voz alta.

*Melinor, 26 de junio de 883*

*Quería familia.*

*Os echo mucho de menos a todos.*

*Mi esposo, Alexander, es un hombre muy ocupado, apenas nos vemos pero no permite que me quede sola ni un instante. Dice que quiere que esté atendida en todo momento y ha dispuesto que un grupo de damas de compañía permanezca a mi lado vaya a donde vaya y esté donde esté.*

*Me encantaría ir a visitaros pero me temo que no es posible ahora mismo. Alexander no se encuentra bien últimamente. Lo han visitado ya algunos galenos pero me gustaría que Elian pudiera venir para dar su opinión. Tiene remedios para muchas cosas, tal vez ella encuentre algo que pueda aliviarle.*

*Siempre vuestra.*

*Cárdigan, Duquesa de Melinor*

Si Cárdigan la necesitaba iría inmediatamente.

—Padre, espero no molestar —dijo Elian mientras entraba al despacho del Conde.

—Supongo que ya has leído la carta de Cárdigan.

—¿Te parece bien que vaya a visitarla?

—Claro que sí. He dispuesto que Angus te acompañe mañana hasta allí.

—¿Crees que madre querrá venir?

—¿Quieres que vaya? —preguntó extrañado Darsus.

—No —se apresuró a responder, no tenía ningún interés en ir con ella—,



pero supongo que le gustaría ver a Cárdigan.

—Respecto a Cailleán, te pido que tengas cuidado. No sé qué se trae entre manos acompañándote a pasear con Ser Derek pero ni me gusta él ni el interés que tiene tu madre en que pases tiempo con él.

—A mi también me parece que se trae algo entre manos. —Ya iban más de diez visitas de Ser Derek y su madre siempre estaba dispuesta a montar con ellos—. Sigue empeñada en que la acompañe al convento. No aprueba mi relación con Jens. —Elian recordó que tenía una conversación pendiente con su padre—. A propósito, todavía no te he dado las gracias por liberar a Jens y, aunque me hace muy feliz que apruebes que me marche con él, no termino de entender por qué tienes tanto interés en que me vaya tan lejos de ti.

—Si por mi fuera, te tendría siempre a mi lado pero —suspiró—, tu lugar está en el Norte. —Darsus se levantó y se acercó a ella para acompañarla a uno de los asientos y sentarse él junto a ella—. Lo que voy a contarte ahora no debe saberlo nadie aquí, no me importa que se lo cuentes a Jens, pero espera a estar lejos. Es mejor así.

»Hace años, cuando mi hermano Fenton y yo éramos muy jóvenes, nuestro padre adquirió una joven esclava norteña, Helga. Nos contaba historias sobre la vida allí, su cultura, su religión, la vida en las granjas... A Fenton le fascinó ese mundo y después de hacerse monje decidió visitar aquellas tierras. Yo me enamoré de ella perdidamente, pero tenía que cumplir con mi deber como futuro Conde, así que acepté el acuerdo matrimonial, primero con tu tía y luego con Cailleán. No me importó el cambio, para mí sólo era un contrato.

»Cailleán y yo nos casamos, traté de ser amable con ella y ofrecerle mi cariño, pero nunca dejé de amar a Helga. Cuando mi padre murió tuve la autoridad suficiente para liberarla y ofrecerle volver a su hogar, pero ella decidió quedarse a mi lado, sirviendo en mi casa. Decía que era habitual que los hombres del Norte tuvieran varias mujeres y concubinas así que, para ella, no era deshonoroso ser mi amante.

»Durante unos años todo parecía ir bien, hasta que Cailleán nos descubrió. Se enfadó muchísimo, le conté la verdad esperando que me comprendiera, pero fue peor. Se sintió traicionada. Estaba embarazada y Helga también. Para Cailleán era el tercer bebé, para Helga el primero y yo estaba más ilusionado por el hijo de mi concubina que por el de mi esposa.

»A Helga se le adelantó el parto casi un mes, sufrió mucho y, aunque la atendió la partera que había traído al mundo a tus hermanos, no pudo hacer nada

por ella. Tan sólo llegó a sostener a su bebé unos instantes, recuerdo que dijo “mi pequeña vikinga”. Oculté al bebé hasta decidir qué hacer, no quería separarme de lo único que me quedaba de Helga, pero temía la reacción de mi esposa.

»Al día siguiente fue Caillean la que se puso de parto. La atendió la misma partera que había estado con Helga. El parto fue complicado y perdió mucha sangre, el bebé no estaba ayudando a salir. Cuando la partera consiguió sacarlo Caillean había perdido el sentido y el niño estaba muerto. Vino a verme con la criatura envuelta entre mantas sin avisar a nadie del fallecimiento del niño y, a solas, me dijo que podía arreglar la situación, que mi esposa no se enteraría de nada y, así, conseguiría que el otro bebé saliera adelante.

»Sólo la partera y la sierva que cuidó de ti durante ese primer día de vida supieron del cambio de los bebés. A Caillean le entregamos una hermosa niña y le dijeron que Helga y mi bastardo habían muerto. Tardaste un día más en abrir los ojos y, enseguida, nos percatamos de que algo iba mal, parecía que no veías nada. Nadie se explicó por qué y lo achacaron al difícil parto que había tenido Caillean, pero la partera ya me advirtió que, naciendo prematura, podrías tener tendencia a una mala salud o arrastrar alguna secuela. —Ser Darsus respiró hondo después de quitarse aquel gran peso con el que cargaba ya 17 años.

»Ahora ya sabes de dónde te viene la ceguera y por qué tengo tanto interés en que te vayas al Norte. Es la tierra de tu madre y la tuya. Los norteños heredan de las madres su condición de origen, así que, eres tan norteña como germana, hija mía.

»Durante un tiempo pensé enviarte al Norte con tu tío Fenton, con la excusa de aprender más remedios curativos pero, cuando mandó la última carta contando el asedio de Ranrike y sus sospechas de que habían hecho esclavo al Jarl Jens, al que tanto aprecio parecía tener, lo vi claro. Tenía que encontrarlo, liberarlo y pedirle que te llevara con él. Temo el día que Caillean se entere de esto. Siento que estás viviendo en una sociedad que no es la tuya. La prueba de que tengo razón es que, en menos de dos meses, Jens ha conseguido sacar de tí más de lo que yo he podido en toda tu vida.

»Eres el fruto del amor más puro, Elian. Tu verdadera madre te amaba muchísimo. Ojalá la hubieras conocido, me recuerdas tanto a ella... No sé cómo Caillean no se ha dado cuenta todavía.

Elian no se atrevía a hablar. Por sus ojos se derramaban lágrimas de alegría y de tristeza mezcladas. Por un lado, lamentaba no haber conocido a su madre, el verdadero amor de su padre pero, por otro, se sentía feliz por saber que,

realmente, era norteña.

## CAPÍTULO 18

La construcción de las torres de vigilancia iba muy bien. Los trabajos avanzaron muy rápido, así como la construcción de los nuevos Knarr y Drakkars. Se estaba aumentando la flota tanto en Helsingborg como en Malmö. La distancia entre las dos ciudades podía cubrirse en menos de cuatro horas en Drakkar. De esta manera, atacaran por donde atacaran, estarían preparados.

Tras el Thing Erik y Jens viajaban constantemente por toda la costa revisando los trabajos. El Rey Björn se había instalado temporalmente en la granja que le habían conseguido a Jens en Malmö. Desde allí supervisaba todo y atendía otros asuntos importantes.

Esa noche Jens estaba en Landskrona, que era un puerto natural y punto estratégico para combatir a los daneses, situado casi a mitad de camino entre las dos ciudades, cuando los vigías de la torre inacabada divisaron las señales de fuego de la siguiente atalaya al norte. Los daneses estaban atacando Helsingborg.

Erik estaba solo, con la nueva flota de Drakkars y sus ocupantes, defendiendo la ciudad. Jens barajó rápidamente las dos opciones que tenía: esperar a Björn para llegar ambos con la retaguardia y coger por sorpresa al enemigo o partir ya con sus hombres y tratar de reforzar las líneas defensivas hasta la llegada de Björn.

Decidió que debía partir de inmediato con sus hombres. No sabía con certeza cuánto podría resistir Erik y no estaba dispuesto a perder la ciudad por no acudir a tiempo. Aunque eso le costara no hacer una gran entrada en la batalla. Le dejaría ese honor a Björn. Mejoraría su imagen como Rey.

Mientras se preparaban para partir, los vigías debían seguir transmitiendo el mensaje para que la noticia llegara a Björn a tiempo.

El Drakkar de Jens y las dos naves que lo acompañaban no tardaron en alcanzar los catorce nudos [7] de velocidad combinando velas y remos. En menos de una hora alcanzaron los fuegos de la batalla. Unas veinticinco naves danesas seguían a flote, frente a los doce Drakkars que defendían la costa. Al menos, cinco barcos estaban en llamas y no se distinguía el bando al que pertenecían. Jens pudo ver que ya habían desembarcado bastantes daneses y que

se estaban enfrentando cuerpo a cuerpo en la playa mientras en las naves hacían lo mismo.

Según se acercaban podían escuchar el entrechocar del acero y el silbido de las flechas con punta de fuego que esperaban incendiar las naves enemigas.

Jens había luchado en muchas batallas. Hacía cuatro años que no se veía inmerso en una pero seguía sintiendo ese hormigueo en el estómago al aproximarse al enemigo.

De momento, los daneses iban ganando. Jens sólo contaba con tres Drakkars, así que su función sería la de debilitar lo máximo posible a los daneses. Decidió no hacer sonar ningún cuerno y aprovechar que eran un grupo reducido para atacar, sin llamar la atención, por el flanco sur. Las tres naves se pusieron en paralelo y avanzaron muy juntas para tratar de romper la primera embarcación, una de las más alejadas del centro de la batalla y en la que se encontraba un buen número de arqueros con flechas de fuego. Al ver que se acercaba la formación de Jens, los arqueros les lanzaron algunas flechas a ellos, pero no pudieron evitar la embestida y el barco se partió en pedazos. Algunos de los ocupantes consiguieron saltar a la siguiente embarcación o a alguna de las de Jens. Desenfundaron sus espadas y otros tantos sacaron las hachas. Empezó entonces el combate cuerpo a cuerpo sobre el mar. Jens avanzó hasta uno de los daneses que se había colado en su nave y, tras entrechocar las espadas varias veces, consiguió vencerlo arrojándolo al agua. Su nave se había separado del resto y ordenó una nueva embestida que la hizo encajar en el estribor de otro Drakkar enemigo. Varios daneses respondieron a su ataque y Jens y sus hombres se enfrentaron cuerpo a cuerpo con sus espadas y hachas, protegidos por sus escudos circulares.

Después de algunas horas, el Drakkar de Jens se encontraba bastante perjudicado. De los dos que partieron con él sólo quedaba uno, y algunos hombres, daneses y suecos que habían ido cayendo al agua llegaron a la orilla para continuar el combate en tierra firme. A Jens le pareció reconocer a Erik en la playa sosteniendo su gran hacha, descargándola sobre todo aquel que se atrevía a acercarse. Él seguía tratando de limpiar de daneses las cubiertas de los barcos con su espada. La batalla estaba muy igualada, cualquiera de los dos bandos podría alzarse con la victoria o perderlo todo. Los daneses avanzaban por tierra pero en el mar se veían ya muy pocas naves enemigas. Jens volvió a sentir cómo el animal salvaje y temible se apoderaba de él, como ya le sucedió en Ranrike. No podía permitir que la historia se repitiera, no podía volver a perder

su territorio, esta vez no. Recordó las palabras de Erik: “Entonces estabas solo, ahora estamos los tres”. Faltaba Björn. No tardaría en llegar y cuando lo hiciera, esos perros daneses no tendrían dónde esconderse. Tenían que resistir. Los refuerzos estaban cerca.

Poco después, casi por sorpresa, aparecieron los veinte Drakkars provenientes de Malmö con Björn en cabeza, haciendo sonar el cuerno de guerra que anunciaba su llegada. Rodearon a los daneses por mar y poco a poco fueron destruyendo las naves que quedaban. Una parte de los refuerzos también desembarcó en la playa y el combate cuerpo a cuerpo terminó por dar la victoria a los lugareños.

Ya amanecía cuando dieron por terminada la batalla. Los supervivientes se convirtieron en rehenes y esclavos. Los heridos fueron trasladados a la ciudad para ser tratados y los muertos fueron incinerados en varias piras a lo largo de la playa para que los fuegos pudieran ser vistos desde la orilla danesa.

El sistema de atalayas no estaba terminado aún y ya había cumplido su función. Muchos de los nuevos Drakkars se habían salvado. De momento, Skåne seguía siendo territorio sueco, él seguía siendo Jarl y su hermano era aclamado y aceptado como Rey.

*7 Alrededor de 25 Km/h.*

## CAPÍTULO 19

Angus la esperaba con los caballos preparados para partir aquella mañana. Fue un paseo tranquilo, apenas hablaron y no se cruzaron con demasiada gente por los caminos.

Al llegar a Melinor, Angus anunció a Elian como la hermana de la Duquesa, que fue llevada ante Cárdigan de inmediato.

—¡Elian, hermana mía, qué alegría verte!

Cárdigan la abrazó efusivamente, y ella le devolvió el abrazo, realmente la había echado de menos. Elian notó algo raro, sería el vestido, pero su hermana parecía tener más pecho.

—¿Cómo estás? ¿Te tratan bien? —Elian se refería más al Duque que a las acompañantes.

—Sí, como si fuera la mismísima reina —soltó una carcajada. Conocía a su hermana, estaba disimulando.

—Cárdigan, ¿podemos hablar en privado? —le susurró a su hermana, no sabía si había gente escuchando a su alrededor.

—Por supuesto, vayamos a dar un paseo por los jardines —Cárdigan seguía hablando en voz alta, casi declamando, para que la oyeran todos. Elian se agarró a su brazo y se dejó guiar.

—¿Qué tal ha ido el viaje? No estaba segura de que te permitieran venir.

—Me ha acompañado Angus.

Continuaron hablando sobre Darla y sus avances, lo mucho que a Cárdigan le habría gustado verla. Elian le habló de las visitas de Ser Derek y lo condescendiente que estaba Caillean con él.

Cuando llegaron a un arroyo que bajaba con fuerza, se sentaron en el borde y amparadas por el sonido del agua Cárdigan habló muy bajito.

—Estoy prisionera, Elian, me vigilan día y noche, no me dejan sola ni un instante y huelen fatal. Cuando mi esposo me visita en mi alcoba montan guardia en la puerta. Alexander dice que prefiere no compartir aposentos para no encariñarse conmigo, por si me tiene que repudiar como a las otras.

—Cárdigan, lo que me cuentas es horrible. Y él, ¿cómo te trata? —Elian también susurraba.

—Sólo le interesa tener descendencia. Viene, me llena de su semilla, sin un ápice de pasión y se va. Siempre igual, todas las noches.

—¿Todas? ¿Incluso cuando sangras?

—Elian, no he sangrado desde antes de la boda.

—¿Qué? —Levantó la voz y su hermana la mandó callar chistando— Pero Cárdigan, eso significa que...

—Estoy preñada —dijo con una risita picarona—. Te lo dije.

Elian no salía de su asombro, por eso tenía los pechos más hinchados. Se le antojaba una situación delicada para su hermana. Por otro lado, estaba esperando un hijo de Erik. El bebé de Cárdigan era sobrino suyo y de Jens. Tener ese vínculo con él la hizo sonreír.

—¿Le has dicho ya algo a tu esposo?

—No, por eso necesitaba que vinieras. Es cierto que suele tener migrañas, quiero que lo conozcas y le des algún remedio de los tuyos y, aprovechando que estás tú delante, le diré la buena noticia —su hermana hablaba como si tuviera más que pensada la estrategia a seguir. Sin duda, le había dado muchas vueltas antes de llegar ella—. Si Alexander te pregunta si me rondó algún hombre antes de la boda, tú deberás responder que estuviste todo el tiempo conmigo y que no me quedé sola con nadie salvo contigo o Margot.

—Descuida, así lo haré.

—Vamos entonces.

Elian avanzó del brazo de su hermana, seguidas de la comitiva de custodias. Al llegar a la sala del homenaje donde se encontraba el Duque, Cárdigan solicitó permiso para hablar con su esposo a solas. Él refunfuñó pero aceptó.

—Espero que sea algo importante, tengo asuntos que atender y no estoy de humor para tonterías de mujeres —dijo el Duque mientras todos salían quedándose solos los tres.

—Alexander, ¿recuerdas a mi hermana Elian?

—La arquera ciega, sí. Montó un buen revuelo el día de nuestra boda. —A Elian le sonó a reproche.

—Le he pedido que viniera para que trate tus migrañas.

—Ya me las están tratando mis galenos. Si eso es todo me estás haciendo perder el tiempo y ya sabes que no tengo paciencia para jugar con niñas caprichosas.

—Hay algo más. Necesitaba que mi hermana viniera para confirmar una sospecha que tengo. —El Duque resoplo—. Estoy esperando un hijo tuyo.



Se hizo el silencio. Elian no se atrevía ni a respirar, ¿estaba contento el Duque? ¿Albergaba sospechas sobre la paternidad? ¿Pensaría que era una broma? Trató de permanecer lo más quieta posible para no llamar la atención ni distraer a los esposos.

—¿De cuánto estás? —Preguntó secamente el Duque.

—Mi último sangrado fue unos días antes de la boda. Así que estimo que estaré de seis u ocho semanas.

—¿Seguro que estás embarazada?

—No he vuelto a sangrar.

—Eso no es suficiente. Ya he repudiado a dos esposas que aseguraban haber tenido retrasos, no es la primera vez que me dicen que puede que estén en estado.

»Arquera —Elian se sobresaltó, podía esperar que se refirieran a ella de muchas formas, pero lo de «arquera» era nuevo, sin embargo, le gustó y le dio seguridad—, ¿tienes más pruebas que confirmen que mi esposa está preñada?

—Sí. Sus pechos han aumentado de tamaño y su sentido del olfato se ha agudizado. En cualquier caso, me gustaría volver a visitarla en unos días para comprobar su evolución.

—¿Seguro que es mío? —Elian no estaba segura de a quién de las dos le estaba preguntando, pero respondió como habían pactado.

—Desde su último sangrado y hasta que os fue entregada en la boda, mi hermana estuvo acompañada en todo momento por mi o por nuestra cuñada. El bebé se concibió en esta casa, Ser.

—Está bien. De momento, te dejaré descansar, Cárdigan. Arquera, vuelve en dos semanas. No quiero que esto se comente con nadie hasta que se confirme con una tripa abultada, ¿entendido? Ni una palabra a nadie. Podéis retiraros las dos.

## CAPÍTULO 20

Hicieron recuento de las pérdidas y pudieron comprobar que los nuevos Drakkar habían resistido muy bien. Como en todas las batallas, habían sufrido muchas bajas, propias y enemigas. Jens estaba visitando a los heridos y, de paso, trataba de averiguar si su amigo Hakon se encontraba entre ellos o los caídos. Nadie lo había visto. Erik estaba reconociendo a los supervivientes y, de momento, no había ni rastro del comerciante danés. En realidad, él vivía en el norte de Dinamarca, en la península de Jutlandia, pero su esposa pertenecía a una importante familia de la isla danesa de Selandia.

—Jarl Jens —se acercó corriendo uno de los hombres que estaba ayudando a Erik—, vuestro hermano pide que acudáis. Es por un rehén.

«*Hakon no, por favor*» pensó Jens y se apresuró a seguir al muchacho.

—Mira a quién me he encontrado aquí. Nuestro cuñado, el Jarl Svend de Roskilde. ¿Por qué no le cuentas a Jens qué ha pasado con la tregua que pactaste con nuestro padre?

—¿Pero tú no estabas muerto? —dijo Sven, y escupió.

—Este muerto ha conseguido aplacar vuestro ataque. ¿Qué hay de esa tregua?

—Me hicieron un trato mejor —dijo con una media sonrisa—. El Rey Olaf me ofreció ser el Jarl de Skåne si la recuperaba.

—¿Recuperar? Skåne es nuestra y así seguirá siendo —le espetó Erik.

—¿Cómo está Thora? —preguntó Jens.

—Bien, gracias. Supongo que en casa con mi primera esposa.

—¿Con tu primera qué? ¡Thora te fue entregada como tu primera esposa! —le recriminó Erik.

—La he degradado, no quiero descendencia con sangre sueca. Pero si tanto interés tenéis en ella os la puedo devolver. Dejadme volver a casa y os la mandaré de vuelta.

—Lo mato —Jens tuvo que sujetar a su hermano que iba directo a estrangular a Svend.

—No, Erik, está desarmado.

—Que le den una espada. Te reto a muerte Sven. Sólo volverás a Dinamarca

por encima de mi cadáver.

—Me corresponde a mi negociar, es mi puesto el que le ofrecieron y Thora es tan hermana tuya como mía. —Jens se dirigió a Svend—. Te diré lo que vamos a hacer: vas a ordenar que traigan a Thora y la dote que te entregó mi padre; cuando esté a salvo te soltaremos. Pero si osas volver a poner un pie en Skåne te juro que no saldrás con vida. La alternativa es morir por traición. Tú eliges.

Aceptó. Le entregaron papel y pluma para escribir las instrucciones en una carta y hacerla llegar a sus siervos.

En cuestión de horas recibieron el aviso de que Thora y sus riquezas esperaban en la orilla danesa. Jens subió a uno de los nuevos Drakkars con Svend y pusieron rumbo a Helsingør. Según las indicaciones, el intercambio debía producirse en el mar. De esta manera, evitaban el peligro de una emboscada. Al acercarse a la otra embarcación, contempló a su hermana. La última vez que la vió era una niña alegre, ahora ya era una mujer que lo miraba con los ojos casi desencajados, como quien ve un fantasma.

—Thora, sube. —Su hermana obedeció y unos siervos cargaron un baúl tras de ella. Jens se dirigió entonces a Svend—. Cumple tu parte del trato, por tu honor, si es que te queda algo. No vuelvas a poner un pie en Suecia.

Svend no dijo una palabra. Le dio la espalda a Jens y miró a Thora. Ella desvió la mirada y el Jarl de Roskilde se subió al Drakkar danés.

Los barcos se alejaron cada uno hacia su punto de origen. Jens se acercó a su hermana que lo miraba fijamente con los ojos empañados y se fundieron en un abrazo.

—Jens, creí que estabas muerto —dijo con lágrimas en los ojos y una bonita sonrisa.

—Me lo dicen mucho últimamente —sonrió y le secó las lágrimas de las mejillas—. Ya ha pasado todo. Ahora eres libre de ir donde te plazca pero, si quieres, puedes quedarte conmigo.

—Gracias por sacarme de allí, sabía lo del ataque pero no tenía forma de avisar a nadie. Sven me trajo para que pudiera ver en la distancia cómo destruía a mi pueblo. Le recé a los dioses para que protegieran a Erik y a Björn y resulta que te han traído de vuelta. Estos tres años han sido horribles, hermano. Ojalá Olaf también pudiera volver de entre los muertos.

—Estabais muy unidos, lamento mucho su pérdida y la de padre.

—Sí, yo también. Pero todo eso ya pasó. Ahora lo que importa es que me

habéis sacado de ahí y vuelvo a casa. Sólo doy gracias por no haber engendrado ningún hijo.

De vuelta en Helsingborg, Erik y Björn también abrazaron a su hermana.

—Que sepas —le dijo Erik a Thora— que, si por mi fuera, habría degollado a ese perro danés al que padre te entregó como esposa.

—Gracias por traerme de vuelta, hermanos —dijo Thora con una sonrisa.

Jens aprovechó para hablar con Björn acerca de su intención de viajar para traer a Elian.

—No puedes irte ahora, acabas de volver. Eres el Jarl ¿y si vuelven a atacar mientras no estás?

—Ellos están tan debilitados como nosotros. Como Jarl también he de ocuparme del comercio, aprovecharé el viaje para tratar posibles acuerdos con los germanos.

—El único acuerdo que debería preocuparte es el de tu boda.

—En ello estoy. Ellos también luchan contra los daneses, es una buena alianza.

—No me gusta, Jens. Creo que no estás siendo inteligente con este asunto.

—Inteligente o no, la decisión está tomada. Debo responder, por mi honor, al trato que hice con el Conde de Sheriland.

—Sea —Björn se dio por vencido— ¿Cuándo piensas partir?

—Tengo que organizar algunas cosas por aquí pero me gustaría salir mañana mismo.

—Yo voy contigo —dijo Erik entusiasmado.

—¿Tú también?

—Es que vi una gatita que me gustó y quiero traerla. Si se deja, claro. —Erik soltó una risotada y Jens le devolvió una sonrisa cómplice.

—Haced lo que queráis, pero la costa debe quedarse protegida y yo debo partir a Uppsala, no puedo demorar más el viaje —dijo Björn, cediendo ante la cabezonería de sus hermanos.

—Hablaré con Dag y Horik para que supervisen los trabajos. Las torres vigía estarán acabadas en unos días. De hecho, el siguiente paso será ampliar el número de torres hacia el norte. Después de reparar los Drakkars dañados y terminar los que están a medias, tendremos una flota defensiva envidiable. Sólo falta restablecer las rutas comerciales. Thora —se dirigió a su hermana con un tono más familiar—, ¿querrás quedarte conmigo en Malmö?

—Claro que sí, Jens —respondió con una sonrisa.

—Entonces mañana partiremos a Malmö, te dejaré al mando de la gestión de la granja y le pediré a Horik que se quede contigo. Aquí —se dirigió a Erik— puede quedarse Dag, ¿qué te parece?

—Que a su esposa le gustará mudarse a la costa.

## CAPÍTULO 21

Llegó el día de la segunda visita a Cárdigan, pero esta vez fueron Ser Derek y Caillean quienes acompañaron a Elian.

Caillean quería ver a su hija y Ser Derek se había ofrecido a ir con ellas cuando estuvo la última vez en Sheriland. Aunque Elian no terminaba de fiarse de él, estaba resultando una compañía bastante agradable. Se le había insinuado en varias ocasiones y ella siempre le decía que no le interesaban esos asuntos.

Cuando llegaron a Melinor, Cárdigan los estaba esperando. A pesar de todo lo que había ocurrido entre madre e hija, Cárdigan se abrazó a Caillean y lloró emocionada al verla.

—Madre, no creí que quisieras venir a verme.

—Eres mi hija, claro que quiero verte. ¿Estás bien? —preguntó extrañada por tal muestra de cariño.

—Sí, ahora sí —dijo, todavía emocionada. Elian pensó, que era evidente que el embarazo estaba aumentando la sensibilidad de su hermana—. ¿Quién os acompaña?

—Te presento a Ser Derek, Señor de Rhön. Estuvo en tu boda. Es el pretendiente de tu hermana.

—Sólo es un amigo —se apresuró a aclarar Elian.

—Es un placer volver a veros, Duquesa. —Ser Derek se acercó a Cárdigan y, por la contestación que le dio una de las custodias, seguramente, trató de besarle la mano.

—Lo lamento Ser, la Duquesa tiene prohibido cualquier tipo de contacto con hombres. Órdenes del Duque.

—No os preocupéis, Duquesa. Si consiguiera desposar a vuestra hermana, es probable que hiciera lo mismo.

—Ser Derek, por favor, ya lo hemos hablado, eso no va a pasar —Elian le habló con dulzura pero firme.

—No pierdo la esperanza de que cambiéis de opinión —dijo dirigiéndose a Elian—. Si me disculpáis, voy a saludar a algunos conocidos. Estaré en la sala del homenaje.

—Gracias Ser Derek —dijo Caillean.

Tal y como hizo la vez anterior, Cárdigan las llevó a pasear por los jardines hasta llegar al arroyo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Elian sin poder esperar más.

—Muy cansada, con mucho sueño y más apetito. Así que todo avanza bien —dijo Cárdigan contenta.

Elian se contagió de la alegría de su hermana.

—¿Se puede saber de qué habláis? —intervino Caillean.

—Madre, estoy embarazada —susurró Cárdigan.

—¿Es del Duque o del vikingo?

—Del Duque, por supuesto, no hubo nunca ningún vikingo. Eso fueron suposiciones tuyas.

—Cárdigan, soy tu madre, podrás engañar al Duque pero Dios, tú y yo sabemos la verdad.

—Cárdigan pasó día y noche, desde su último sangrado hasta la boda, conmigo y con Margot —intervino Elian.

—Eso no es cierto —Caillean suspiró resignada—. No os descubriré, pero tampoco os voy a seguir el juego —concluyó.

Cárdigan puso una mano de Elian sobre su tripa.

—¿Notas algo?

—Todavía es pronto para que se abulte la barriga, debes de estar de unas diez semanas. Pero le diremos al Duque que estás de ocho.

—Vamos a hablar con mi esposo.

Se dirigieron a la sala del homenaje, seguidas por las custodias de Cárdigan. Cuando entraron las tres, Elian pudo escuchar que la gente susurraba cosas pero no alcanzaba a identificar qué.

Esta vez, su hermana no tuvo que pedir hablar a solas con su esposo, fue el Duque quien directamente echó a todo el mundo, incluso a su sobrino, Ser Edwin, con quien se encontraba hablando en ese momento y al que no le gustó nada la interrupción.

—Sed bienvenida, Condesa —dijo dirigiéndose a Caillean— ¿Y bien? —La pregunta debía de ir dirigida a su hermana.

—El embarazo sigue su curso, Alexander —mientras hablaba se acercó al Duque.

—Mi señora Caillean, ¿podéis asegurarme que vuestra hija no estuvo con otro hombre antes de la boda y que, por tanto, el bebé que espera es mío?

—Lo que os puedo asegurar es que yo no la vi con ningún hombre. Tendréis

que confiar en la palabra de mis hijas.

El Duque hizo pasar a todos los que esperaban fuera.

—Quiero que recordéis el día de hoy por ser en el que queda demostrado que mis anteriores esposas tenían problemas para concebir. No he necesitado ni tres meses para preñar a mi joven esposa. Dinos, querida, de cuántas semanas estas embarazada.

—Debimos de concebir a este bebé hace ocho semanas más o menos, esposo mío.

—Señoras, ¿algún hombre ha visitado a mi esposa desde que está en esta casa?

—Sólo vos, mi señor. —Elian reconoció la voz de una de las mujeres que custodiaban a su hermana.

—No es posible que sepa exactamente de cuántas semanas está —Elian dedujo que, por el enfado que mostraba en sus palabras, el que hablaba sólo podía ser el sobrino del Duque—, ¿en qué os basáis, Duquesa, para saber la fecha exacta? Pudo haberlo concebido antes de casarse o puede que esté compinchada con las doncellas. Tío, asúmelo, no puedes tener hijos, te están engañando.

—Cárdigan, responde a la pregunta que te han hecho —dijo el Duque con tono imperativo.

—Mi último sangrado lo tuve los días previos a la boda. Mes y medio después, empecé a sentir mareos y náuseas. Y, además de la falta del siguiente sangrado, noté un aumento de tamaño en mis pechos. Pedí a mi hermana Elian que viniera para comentar los síntomas y el momento en que empezaron y hemos contado que la concepción debió de producirse hace unas ocho semanas.

—No voy a permitir que nadie ponga en duda que este vástago es mío. Por muy sobrino mío que seas, no te voy a tolerar ni una sola vacilación más. Si pretendías heredar el ducado ve haciéndote a la idea de que no va a ser así. Mi heredero está en camino y no se hable más. ¿Queda claro? —nadie respondió— ¿Queda claro? —repitió el Duque masticando las palabras.

—Sí, tío —respondió el sobrino apretando los dientes.

Elian y Caillean se despidieron de Cárdigan y, junto con Ser Derek, emprendieron el camino de vuelta a casa.

A Elian le pareció que Ser Derek estaba especialmente callado. Quizá sólo estuviera pensando en alguna conversación que había tenido en el castillo del Duque.



—Estoy un poco cansada —dijo Caillean—, ¿os importa si paramos un rato aquí a recuperar el ánimo?

—Adelante, os ayudo a bajar, mi señora Caillean —se apresuró a decir Ser Derek.

—¿Te sientes mal, madre? —dijo mientras se bajaba de la yegua. Elian pensó que tal vez estaba un poco conmovida por saber que iba a volver a ser abuela y por tener que encubrir a su hija.

—Sólo necesito caminar un poco. Elian, acompáñame.

Después de la confesión de su padre sobre su verdadero origen pudo entender un poco más a aquella pobre mujer, que la había criado pensando que era su hija. No compartía sus métodos, pero entendía su dolor y se compadecía de ella.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Elian. Ser Derek estaba amarrando los caballos.

—¡Ay, Elian! —suspiró— Sólo me quedas tú.

—También tienes a Lerin.

—Lerin se casará con quien tu padre le ordene. Contra todo pronóstico, Cárdigan ha conseguido casarse honradamente y darle un heredero a su esposo, sea o no el padre. Pero tú, ¿estás segura de que no quieres venir al convento conmigo? —la pregunta sonó suplicante, casi con una triste sonrisa.

—Estoy segura, madre. Sé que no te gusta la idea y lo lamento de veras, pero cuando Jens vuelva me iré con él. Nada de lo que digas podrá impedirlo. —Elian trató de hablar con dulzura, no quería hacerle más daño a aquella mujer pero no iba a ceder ante sus chantajes.

—Sí, eso me ha quedado claro, no voy a convencerte por las buenas —parecía resignada. En ese momento entraron en un habitáculo y Elian se sobresaltó.

—¿Dónde estamos? —preguntó asustada.

—Sólo es un refugio, aquí estaremos más tranquilos los tres —dijo Ser Derek cerrando la puerta.

—Elian, te ofrezco una alternativa al convento igual de digna: acepta a Ser Derek como esposo. Se ha mostrado muy interesado en ti y no puedes negar que ha sido muy amable contigo todo este tiempo. Deberías estar agradecida por las atenciones que te ha dado. No es nada habitual que un Señor acepte a una lisiada como esposa. Hemos llegado a un trato bastante beneficioso tanto para el Señorío como para el Condado.

—Madre, no me voy a desposar con Ser Derek. —Y dirigiéndose a él dijo—: no os ofendáis, por favor, pero estoy comprometida con otro hombre.

—Un sucio vikingo que se ha olvidado de ti —dijo Caillean escupiendo las palabras.

—No es cierto, vendrá a por mi antes de que llegue el invierno y nos casaremos.

—No si puedo impedirlo.

—Pues no sé cómo lo vas a hacer.

Caillean soltó una risotada en respuesta.

—Mi señora Elian, os casaréis conmigo por las buenas o por las malas —intervino Ser Derek con un tono malévolo que nunca le había oído.

—¿Qué queréis decir, Ser? —Elian empezaba a estar asustada. Tenía que haber hecho caso de su padre y haber tomado medidas con estos dos. Sabía que su madre tramaba algo y que Ser Derek estaba relacionado, pero no podía imaginar hasta dónde eran capaces de llegar.

—Antes deshonrada que verte casada con un vikingo —dijo Caillean.

—Madre, no puedes permitirlo, ¿vas a dejar que deshonre a tu propia hija? —Elian no era capaz de entender la perversidad de esa mujer.

—No he podido evitar que a Cárdigan la preñase un sucio bárbaro, pero no permitiré que tengas nada que ver con esa raza de bestias. O te vienes al convento ahora mismo o te casas con Ser Derek.

Elian estaba atrapada, si no hacía nada ya sabía qué pasaría: si Derek la violaba tendría derecho a pedirla en matrimonio para limpiar su honor y su padre estaría obligado a aceptar por ley, por mucho que ella se negara. Así que tenía que cambiar la situación.

—Llegas tarde.

—¿Qué quieres decir? ¿Le entregaste tu virtud a ese animal? —dijo Caillean horrorizada.

—No. Lo que quiero decir es que por mis venas corre sangre vikinga.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—No soy tu hija. —Elian dijo las palabras despacio y con firmeza—. Mi madre murió al darme a luz y me mantuvieron en secreto hasta saber qué hacer conmigo. Entonces tú perdiste a tu hijo y nos cambiaron.

—Eso no es posible —Caillean parecía contrariada. La cogió del mentón y guardó silencio durante un momento. Elian pudo notar un leve temblor en su mano y la soltó con brusquedad—. Tienes sus ojos, vacíos pero son suyos,

¿cómo no me he dado cuenta antes? Cuando te pusieron en mis brazos supe que algo no estaba bien pero, estabas tan hambrienta, tan indefensa... Mi pobre hijo murió y no pude llorar su pérdida —parecía al borde del llanto. Elian volvió a compadecerse de ella, debía de ser durísimo enterarse así de la muerte de un hijo. Al fin y al cabo, ella era la única madre que había conocido y le acababa de hacer muchísimo daño.

—Madre... —Cailleán le cruzó la cara de una bofetada.

—¡No vuelvas a llamarme así! No eres mi hija. Me sentí culpable por tu ceguera, creyendo que había sido un castigo por mis deseos impuros. Pero ahora lo entiendo todo.

—¿Qué más hay que entender? —dijo Elian tocándose la mejilla magullada.

—Le dí ruda para que abortara, pero el embarazo estaba tan avanzado que en lugar de eso le provoqué el parto. Me dijeron que su bebé había nacido prematuro y que no sobrevivió. Pero fuiste tú la que naciste prematura y aquí estás. Ciega pero viva. Te tomaste la leche que era para mi hijo, tuviste el cariño que le correspondía a él y ¡te burlas de mí llamándome madre! —Volvió a abofetearla. La maldad de aquella mujer no conocía límites. Toda la compasión que había llegado a sentir y el cariño que aún le profesaba, desaparecieron para dar paso a un profundo odio. Esa maldita loca había matado a su madre y le había provocado la ceguera. Pero saber que su hijo había muerto y que había criado a la hija de la amante de su esposo era un castigo más que suficiente—. Ser Derek, sois libre de hacer con ella lo que os plazca. Ya no me importa lo que le pase. Me voy al convento. Tengo un hijo por el que llorar —dijo saliendo del refugio cerrando la puerta tras de sí.

Cailleán tenía por delante una dura penitencia por sus pecados. Pero, en ese momento, lo único que le importaba a Elian era que la había dejado sola con Ser Derek. Pudo oírlo reír entre dientes.

—Vaya, vaya. Tengo ante mí a la bastarda del Conde.

Elian dio un paso atrás, chocó con algo y estuvo a punto de caer pero Ser Derek la sujetó y la atrajo hacia él rodeándola con sus brazos. Elian trató de zafarse de su abrazo pero fue en vano.

—Por favor, Ser Derek, no lo hagáis.

—Dejémonos de formalismos, vas a ser mi esposa, por las buenas o por las malas. Aunque, llegados a este punto, creo que va a ser por las malas —volvió a reír y paseó sus labios por el cuello de Elian. Ella se estremeció de asco y miedo.

—¿Es que no os importa que sea una bastarda? —Elian no sabía qué podía

decir para detenerlo.

—Precisamente —le habló al oído en susurros lascivos—, por conocer la verdad podré pedirle a tu padre un mejor trato para salvaguardar su honor y el de la condesa. —La cogió del pelo por la nuca e hizo que Elian levantase la cabeza del tirón para poder lamerle el escote y el cuello mientras ella trataba de deshacerse de la mano que la atenazaba.

Cogida todavía del pelo la llevó a un jergón mientras le arrancaba la sobrevesta a tirones.

—Detenéos, por favor —estaba a punto de echarse a llorar, pero recordó las lecciones de Jens sobre cómo deshacerse del contacto de un hombre y le propinó un rodillazo en su inflamada entrepierna.

Ser Derek la soltó y ahogó un grito que se convirtió en un gruñido de dolor. Elian corrió hacia donde había oído salir a Caillean. Tropezó con algunos objetos pero consiguió llegar a la puerta, la palpó buscando la forma de abrirla hasta que encontró el cerrojo pero las manos de Ser Derek la agarraron de un brazo tirándola al suelo. La volvió a coger de la cabellera y la arrastró hasta el jergón. Se sentó sobre ella a horcajadas y le ató las manos con una cuerda, a lo que le pareció una argolla en la pared.

—Con que has salido guerrera, ¿eh? Yo te enseñaré a respetar a tu esposo.

Le rasgó la túnica y la camisa desde el escote dejando al descubierto sus pechos. Se los apretó con las manos mientras lamía su torso, hasta llegar a los pezones que mordisqueó con poca delicadeza, haciendo que Elian gritara de dolor y rompiera a llorar.

—Por favor, no sigáis, por favor —dijo entre sollozos.

—Me encanta que me supliques —dijo acercándose a su cara mientras le subía las faldas—. Que te resistas lo pone aún más interesante.

Él la besó en la boca pero Elian no le correspondió manteniendo sus labios apretados. Al igual que sus piernas, a las que ya había llegado aquel animal. Entonces, Ser Derek rodeó su cuello con una mano y apretó sobre su nuez dejándola casi sin respiración.

Cuando Elian abrió la boca para tratar de respirar y las piernas, en un acto reflejo para tratar de escapar del estrangulamiento, él aprovechó para arrancarle las calzas y embestirla con violencia. Le soltó el cuello y Elian pudo volver a respirar mientras Ser Derek la penetraba una y otra vez. Elian sólo pudo permanecer quieta y sumisa, a merced de lo que él quisiera hacerle.

Pensó en Jens, para alejar su mente de allí y lo odió por no haber querido

tomar su virtud cuando pudo, por no habérsela llevado con él cuando se fue. Ahora la había desflorado un desalmado por la fuerza y su amado no estaba allí para salvarla.

Ser Derek aceleró el ritmo de las embestidas y derramó su semilla en su interior con un fuerte espasmo. Se dejó caer sobre ella, aplastándola, y suspiró de placer.

—Creo que podré acostumbrarme a esto —le susurró al oído—. ¿Tienes hambre? —dijo mientras salía de su interior y se levantaba como si no hubiera pasado nada.

Elian no respondió, ni siquiera se movió. Puesto que la lucha no le había ido bien, optó por la indiferencia.

# TERCERA PARTE



## CAPÍTULO 22

A medio día, Jens divisó las murallas de Sheriland. Habían hecho noche en Fulda tras las diez jornadas a caballo desde Rostock. Cuando dejaron a Thora y a Horik en Malmö partieron hacia allí, en lugar de hacia Reric como la vez anterior, para entablar nuevas vías de comercio.

Al llegar, Jens, Erik y todos sus hombres entraron en la sala del homenaje donde se encontraba el Conde dando audiencia.

Todos los presentes se apartaron y comenzaron los murmullos. Seguramente muchos lo recordaban como el esclavo de Elian. Ser Darsus se puso de pie y bajó del estrado para recibirlo con una amplia sonrisa.

—Jarl Jens de Ranrike se bienvenido —le saludó Ser Darsus con entusiasmo y suficientemente alto como para que todos lo oyeran.

—Gracias Ser, pero ahora soy Jarl de Skåne —dijo Jens, también, alto y claro—. Por fin, me encuentro en posición de pedirte la mano de tu hija.

—Nada nos haría más felices a mí y a mi hija. Tuya es, por supuesto.

—¿Dónde está Elian? —Jens trataba de disimular sus ansias de verla, de estrecharla entre sus brazos, de besarla y de llevársela.

—Ayer fue a Melinor a ver a Cárdigan y aún no ha regresado. Han debido de quedarse allí a pasar la noche.

—¿No estáis seguro? ¿Quién la acompañaba?

—Fue con su madre y Ser Derek, Señor de Rhön y amigo de mi esposa. —Ser Darsus se estaba quedando blanco mientras hablaba, como si se hubiera dado cuenta, en ese momento, de que algo no iba bien.

—Ser Darsus, ¿qué ocurre? —A Jens no le estaba gustando nada la cara de su futuro suegro.

—Espero que nada pero, voy a mandar un emisario a Melinor para que le diga a Elian que has vuelto. —Angus sólo necesitó una mirada del Conde para salir de la sala en busca del mensajero—. Estaréis cansados del viaje —dijo dirigiéndose también a Erik—, ¿por qué no descansáis y os aseáis un poco antes de la llegada de tu prometida? —Jens tenía la sensación de que lo estaba entreteniéndolo.

Angus volvió al instante, blanco como la nieve y con los ojos muy abiertos.

—Mi señor, Ser Derek acaba de llegar. Solo.

—¿Solo? ¿Está herido?

—No, mi señor, de hecho se le ve muy contento.

Ser Derek entró en la sala y, al igual que hicieran con los vikingos, todos se apartaron para dejarle paso.

—Ser Darsus, buenos días —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi hija?

—Vuestra esposa también nos acompañaba, ¿no os importa su suerte? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Ser Derek, no me gustan los misterios —contestó enfadado.

—Pues para no gustaros tenéis algunos secretos muy interesantes.

—¿Qué queréis decir?

—Conozco el origen de Elian. Su nacimiento, para ser exactos.

Ser Derek miraba al Conde con una suficiencia pasmosa. Jens no entendía de qué estaban hablando, pero como no dijera de una vez dónde estaba su prometida lo partiría en dos.

—¿Dónde están? —preguntó Ser Darsus apretando los dientes.

—Vuestra esposa ha ingresado en el convento. Y a Elian la he dejado esperando mi regreso con vuestra respuesta.

—¿Respuesta a qué? —Ser Darsus estaba llegando al límite de su paciencia y él también.

—Vengo a pedirlos a vuestra hija en matrimonio, ¿aceptáis?

El Conde soltó una carcajada.

—No creo que mi hija quiera casarse con vos, así que, ¿qué os hace pensar que yo aceptaré tal cosa?

—La ley germana —dijo con una sonrisa—. He desflorado a vuestra hija. Para limpiar su honor puedo pedirla en matrimonio y vos estáis obligado a aceptar.

Jens avanzó hacia él con un gruñido gutural para matarlo allí mismo, pero Erik lo detuvo a medio camino.

—Ser Derek —dijo el Conde— os presento al Jarl Jens de Skåne, el prometido de mi hija. Y puesto que ya conocéis el origen de Elian y que es cuestión de tiempo que todos lo sepan, lo diré yo mismo: Elian no es hija de Caillean, sino de Helga, una sierva nortea a la que amé durante años. Así pues, es justo que el crimen que se acaba de cometer sea juzgado por las leyes del Norte y no por las germanas. —Jens no se lo podía creer, Elian era nortea por



derecho de nacimiento. En el salón se levantó un gran revuelo—. Jarl Jens, ¿qué dice vuestra ley en estos casos?

—Mi pueblo respeta a las mujeres como si fueran sagradas. El delito de violación se castiga con la pena de muerte. —Jens tuvo que resistir la tentación de estrangular a aquel mal nacido y él lo notó porque le cambió el semblante. Ya no reía. Estaba pálido y dio un paso atrás.

—Si me matáis nunca sabréis dónde está ella —dijo tratando de demostrar un valor que ya no tenía.

—Tienes diez dedos en las manos y otros tantos en los pies, ¿cuántos voy a tener que cortarte antes de que hables? —Jens estaba tan rabioso que poco le faltaba para echar espuma por la boca.

—No, por favor —Ser Derek se arrodilló ante Ser Darsus—. Fue idea de la condesa. Ella quería forzar a su hija para que fuera al convento y prefería verla casada por deshonra que con un vikingo. Dijo que estaba segura de que él no volvería a buscarla. Por favor, Ser...

Ser Darsus se mantuvo impassible.

—¿Te atreves a suplicar, cobarde? ¿Acaso tuviste tú piedad con Elian? —Jens hablaba apretando los dientes y los puños—. ¿Dónde está?

—En un refugio de pastores que hay cerca del desvío del camino que va al convento.

Jens miró a Ser Darsus y éste asintió.

—Lo conozco. ¡Guardias! Llevad al prisionero al calabozo.

Partieron al instante hacia el refugio Jens, Erik y el Conde.

Elian estaba cansada, dolorida y hambrienta. Sentía un profundo odio por Ser Derek, por Cailleán y por Jens. Pero, sobre todo, se daba asco a sí misma. Nunca se había sentido tan sucia.

Por la noche, Ser Derek había tratado de alimentarla sin soltarle las manos pero ella le escupió la comida a la cara. Ofensa a la que éste respondió con un puñetazo en la mejilla que le dejó el pómulo palpitando y ardiendo.

Cuando Elian por fin se estaba quedando dormida, despertó de golpe pensando que estaba teniendo una pesadilla con el momento de la violación pero no era una pesadilla, Ser Derek la estaba embistiendo de nuevo.

Durante el resto de la noche no se atrevió a pegar ojo. Dio alguna cabezada pero temía que él volviera a despertarla.

Por la mañana, Ser Derek le dijo que se marchaba a ver a su padre para pedir su mano y que volvería a por ella como su prometido. Le pidió un beso que Elian le negó, a lo que él respondió pellizcándole un pezón. Cuando Elian gimió de dolor volvió a besarla y la poseyó de nuevo.

Hacía un buen rato que se había ido y Elian había conseguido sentarse, agarrándose a la cuerda que le aprisionaba las manos. Después de tantas horas tumbada necesitaba cambiar de postura.

La túnica y la camisa estaban completamente rasgadas, abiertas de arriba a abajo. Las calzas, simplemente, habían desaparecido.

A lo lejos escuchó el galope de unos caballos. Estaba tratando de distinguir cuántos había cuando se dio cuenta de que se acercaban. Suponía que Ser Derek volvería sólo, no podía ser él. Pero entonces tal vez fuesen unos viajeros cualquiera. Si la encontraban así, podrían aprovecharse de ella.

Tiró de las cuerdas que le ataban las muñecas. Trató de deshacer los nudos con la boca pero fue en vano. Lloró desesperanzada mientras los caballos se acercaban y se puso a temblar cuando pararon en la puerta del refugio.

Oyó que alguien decía algo pero no pudo entender qué. Entonces se abrió la puerta y ella se acurrucó contra la pared esperando no ser vista.

—¿Elian? —El corazón le dio un vuelco. ¿Era posible que fuera él?—  
¿Elian? —repitió aquella voz que tanto había deseado oír y que tanto había odiado durante las últimas horas.

—Aquí —dijo con un hilo de voz.

Elian pudo oír cómo él se acercaba despacio.

—Mi amor —susurró cuando llegó hasta ella. Le liberó las manos cortando la cuerda y ella no pudo evitar emitir un quejido de dolor—. Pero, ¿qué te ha hecho ese animal?

Notó que le tocaba la mejilla y rehusó el contacto.

—No me toques —lo dijo con más brusquedad de lo que había pretendido pero se sentía tan sucia que se daba asco a sí misma. Además, seguía enfadada con él por no haber evitado lo sucedido.

Cuando Jens la vio por fin en la penumbra de aquella casucha cochambrosa, le pareció un animalillo asustado acurrucada en un rincón.

Las ropas estaban rasgadas y sucias. Las muñecas atadas mostraban heridas del roce por el forcejeo de intentar liberarse. Del pómulo hinchado y amoratado

asomaba sangre seca. Tenía los ojos hinchados de llorar y las ojeras marcadas de agotamiento. De la comisura del labio le caía un reguero de sangre. Tenía moratones por el cuello y marcas de mordiscos en los pechos.

Cortó con el saex la cuerda que le sujetaba las manos. Trató de acariciar su maltrecha mejilla pero ella rehusó el contacto.

—Elian, déjame que te ayude a salir, tu padre y mi hermano esperan fuera.

Elian se fue apoyando en la pared para ponerse de pie con torpeza y despacio. Parecía que se fuera a caer en cualquier momento. Jens trató de cogerla del brazo, como había hecho tantas veces, pero ella se deshizo de su contacto.

—Que no me toques. —Se cerró como pudo la túnica sujetándola con las manos entumecidas—. Camina delante.

Jens lo único que quería era curarle sus heridas con besos y caricias. Abrazarla muy fuerte y no soltarla nunca más. Y matar al animal que le había hecho esto a su amada. Pero, de momento, obedeció. Se giró y avanzó despacio hacia la puerta. Notó cómo ella ponía una mano sobre su espalda, pero lo hizo con el puño cerrado. Jens pensó que debía de dolerle la muñeca.

Cuando llegaron fuera, Ser Darsus casi se echó a llorar al ver el estado en que se encontraba su hija.

—Hija mía.

Ser Darsus se acercó a Elian, le tocó un hombro y ella lo permitió. Respondió tocándole el brazo a su padre y dejándose abrazar por él.

—Padre, tenías razón. No debería haberme fiado de ellos, sabíamos que tramaban algo pero no podía imaginar nada parecido. ¿Cómo se le puede hacer esto a una hija? —Elian hablaba entre sollozos— Le conté la verdad, padre, lo siento. Tenía que intentar que detuviera esta locura, pero fue peor.

—Ya no importa, Elian. Yo también se lo he contado a todos. Pero ahora no te preocupes por eso, volvamos a casa. ¿Crees que puedes montar o prefieres ir con Jens?

—Prefiero ir contigo, padre. No me apetece montar y no quiero que Jens me toque.

Ser Darsus lo miró intrigado, esperando alguna explicación.

—No importa, Ser. Está bien así —le dijo Jens entregándole una manta para poder cubrir a Elian.

Cuando Elian era pequeña su padre la subía en su regazo para enseñarle a montar a caballo. Volver a ir sentada con él le hizo ser consciente del paso del tiempo: su padre estaba muy mayor y ella ya era una mujer. Deseó volver a ser aquella niña inocente, cuando creía que, si se quedaba cerca de sus padres, nunca le podría pasar nada malo.

—Elian —su padre la sacó de su ensimismamiento—, lo que te han hecho es horrible y vamos a hacer justicia pero no me gustaría que afectara a tus planes de futuro con Jens.

—¿Crees que seguirá queriendo que sea su esposa después de esto? —la idea de que la rechazara la hizo estremecerse.

—Esta mañana, cuando llegó al castillo, lo primero que hizo fue venir a pedirme tu mano. Acepté, por supuesto. Vuelve a ser Jarl, ¿sabes? —Elian escuchaba atenta—. Después entró ese sinvergüenza, acogiéndose a la ley germana para desposarse contigo por deshonra. Creí que Jens lo iba a matar pero Erik lo impidió. No te haces una idea del miedo que da tu prometido cuando se enfada. No me extraña que los vikingos lo respeten, sólo necesitó un par de amenazas para hacer que ese cobarde dijera dónde estabas —Elian sonreía imaginando a su amado defendiéndola tan ferozmente—. Hija, ¿por qué no has querido ir con él?

—Estoy sucia, padre, no quiero que me toque así —confesó Elian.

—Un baño te sentará muy bien y no estaría de más que el galeno te revisara.

—El baño no será suficiente para limpiar lo que me han hecho y ningún galeno puede devolverme lo que me han quitado.

Cuando llegaron al castillo, el Conde dio orden de que le prepararan el baño a Elian en su alcoba y la acompañó hasta allí seguidos por Jens. Elian pudo oír cómo Erik se despedía quedándose en el patio con sus hombres.

Al llegar a la alcoba ya estaba allí la bañera y los siervos la tenían medio llena. Melantea se encontraba esperándola dispuesta a ayudarla a lavarse.

—Mi señora, en unos momentos estará el baño listo —dijo la sierva.

—Elian, hija, tengo cosas que preparar. Antes de que caiga el sol se hará justicia —la besó en la mejilla y ella soltó su brazo.

Tras la salida de su padre, Elian buscó el lecho, lo rodeó hasta llegar a la cómoda, abrió el cajón y cogió un frasco oliendo su contenido.

—Melantea, ¿puedes prepararme una infusión con estas hierbas? —la sierva se apresuró a coger el frasco de sus manos.

—Por supuesto, mi señora —dijo y se marchó.

Tenía que sangrar en unos días, pero no iba a esperar a comprobar si Ser Derek la había preñado o no. Aquella infusión de ruda se la había dado a su hermana en un par de ocasiones y, después, había podido quedarse embarazada sin problemas, así que no había riesgo de usarla en el momento de la concepción. El peligro era utilizarla cuando el embarazo estaba avanzado, como hizo Caillean con su madre.

Ojalá hubiera conocido a Helga. Habría preferido ser la amada hija de una sierva que una lisiada con una madrastra loca. Elian no pudo contener las lágrimas y el llanto fue saliendo poco a poco. Entonces, oyó unos pasos que se acercaban a ella. Unos pasos que conocía bien, con una determinación inconfundible y acompañados de una respiración que le transmitía seguridad. Jens se paró justo detrás de ella, sin tocarla, como le había pedido. Todo el odio y el enfado que había sentido se esfumó. Lo amaba tanto... Se giró y se apoyó en su pecho, él la abrazó y su contacto fue realmente reconfortante. Elian podía sentir en su rostro el tacto de sus ropajes, que nada tenían que ver con la camisa de algodón de esclavo. Jens la besó en los cabellos mientras le acariciaba la melena suelta y enredada que caía por su espalda.

—¿Todavía quieres casarte conmigo? —susurró Elian.

—Más que nada en el mundo, mi amor —Jens la apretó contra sí y, por un momento, Elian recordó el abrazo que le había dado Ser Derek inmovilizándola hacía menos de un día y, sin poder reprimir el impulso, se apartó de Jens—. Elian, ¿qué...?

—Estoy sucia, Jens, sucia y usada. No quiero que me toques así.

En ese momento entraron Melantea y los siervos con más baldes de agua.

—Mi señora, os traigo la infusión —la sierva se acercó a ella y le puso la taza de barro en la mano que Elian tenía extendida—. El baño ya está listo.

—Gracias, Melantea.

—Jens, señor, quería decirles que los siervos de la casa nos alegramos de vuestro regreso —dijo la muchacha tímidamente.

—Gracias Melantea, yo también me alegro de haber vuelto a esta casa, donde todos me habéis tratado tan bien. Saluda a los demás de mi parte, nos marcharemos pronto y no creo que pueda despedirme de ellos. Y ahora, si a mi prometida le parece bien, me gustaría ocuparme yo mismo de su baño.

Elian dudó un segundo, por un lado estaba deseando quedarse a solas con Jens, y por otro sentía vergüenza por lo ocurrido, pero aceptó.

Melantea y los demás siervos salieron de la alcoba. Elian dio los primeros

sorbos a su infusión. Estaba malísima.

—¿Qué lleva exactamente eso que tomas? —preguntó Jens.

—Es ruda. Sirve para provocar el sangrado de la mujer cuando no quiere quedarse embarazada —apuró de un trago el brebaje y dejó la taza sobre la cómoda.

Se dirigió a la bañera y cuando la encontró dejó caer las rasgadas ropas. Jens la había seguido y le cogió una mano para ayudarla a meterse y a acomodarse. Fue muy agradable sentir el agua caliente envolver su maltratado cuerpo. Oyó cómo Jens se quitaba el cinto y la camisa. Él se acercó a la bañera, se arrodilló, como tantas veces había hecho, y comenzó el ritual del baño.

Allí estaba él de nuevo. Pero ya no era esclavo, ni siervo, era Jarl y estaba cuidando de su prometida. Elian tenía los ojos cerrados y estaba recostada sobre el respaldo de la bañera. Empezó, como siempre, frotando el jabón en el paño y tomando una de sus manos. Limpió con cuidado los dedos, la palma, el dorso y las heridas de la muñeca. Ella se quejó al pasar sobre la zona afectada pero no retiró la mano. Siguió hasta el codo y el hombro repitiendo la operación con el otro brazo. Cuando volvió a llegar al hombro pasó al cuello, en el que tenía varios moratones mostrando el rastro de lo que parecía una mano y sintió de nuevo ganas de estrangular al salvaje que le había hecho esto. Continuó hacia el mentón, limpiando la sangre seca que salía de la comisura de sus labios. Con cuidado pasó el trapo por la herida del pómulos y recorrió todo su rostro con delicadeza. Después bajó por su pecho y pudo ver, con detenimiento, las marcas de los mordiscos de aquel animal. Recordó que Cailleán lo había llamado a él “animal salvaje”, se preguntó qué diría si viera lo que le habían hecho a su hija. Pero no era su hija. Elian era hija de una sierva noruega. Jens sonrió al pensar que ya no iba a tener que desobedecer las órdenes de su hermano para casarse con ella. Al ser noruega de nacimiento y aceptada por su padre tenía condición de noruega y noble. Podía ser su primera esposa y, por él, la única.

Cuando terminó de frotar su torso, su vientre y sus piernas, Elian se echó hacia delante para que pudiera continuar con la espalda. Jens aprovechó para lavarle también los cabellos. Ella emitió un gemidito de placer que les hizo sonreír a los dos.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Jens mientras envolvía a Elian en la toalla y la ayudaba a salir del agua.

—Mi cuerpo está limpio pero sigo sintiéndome sucia —dijo con un deje de tristeza.

—Bueno, aún hay algo más que puedo hacer —le susurró al oído.

—¿El qué? —Elian volvía a parecer asustada.

—Ven —la cogió de una mano y la guió hasta el lecho—, voy a besarte todo el cuerpo hasta que dejes de sentirte así.

Elian levantó una mano buscando su rostro, Jens se la besó y ella le acarició la mejilla. Notó la barba y usó las dos manos para reconocerla.

—¡Una trenza en la barba! —soltó una pequeña carcajada y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—Es para ti. Querías saber cómo era, así que, aquí la tienes.

—¿Qué son estas cosas que hay entrelazadas? —preguntó intrigada.

—Son cuentas y adornos.

—Me gusta —lo besó con ternura en los labios—. ¿Cómo era eso de los besos?

Jens la cogió en volandas y la posó con cuidado sobre la cama. Se quedó junto a ella y empezó a besarla por la comisura de los labios, recorriendo todo su rostro con pequeños besos. Bajó por el cuello asegurándose de no dejarse ningún espacio ni recoveco sin besar. Pudo notar cómo Elian se estremecía bajo su contacto y se le erizaba la piel. Dibujó el contorno de sus brazos, besó cada uno de sus dedos y pasó con cuidado por todas sus heridas y marcas. Cuando llegó a sus pechos tuvo que contenerse para no propasarse y seguir sólo con besos. Que ella se arqueara ligeramente con un suave gemido no ayudó, pero aguantó. Bajó por el vientre y, al llegar al nacimiento del vello púbico, siguió el contorno desviándose hacia la cadera para continuar por una pierna. Cuando hubo terminado de besar los dedos de su suave y delicado pie pasó al otro y subió por la pierna hasta la cadera.

—¿Funcionan los besos? —le susurró.

—Lo cierto es que sí. Funcionan bastante bien —respondió Elian melosa mientras se incorporaba hasta quedarse sentada para buscar su boca y besarlo—. Gracias.

—Todavía me queda la espalda —dijo Jens sin apenas separar sus labios de los de ella.

Elian se tumbó boca abajo, obediente. Él retomó los besos desde la nuca, pasando por los hombros, los omóplatos y bajando por su columna hasta llegar a los tersos glúteos. Ella se rió e hizo un pequeño espasmo.

—¿Y eso? —dijo Jens divertido.

—Es que me haces cosquillas con la barba —dijo Elian mientras volvía a sentarse con una sonrisa.

—Me alegro de que ya te sientas mejor —dijo Jens sonriendo mientras se sentaba a su lado.

—Ojalá hubieras llegado a tiempo de impedir esto —Elian suspiró.

—Lo siento, mi amor. Lamento muchísimo no haber podido evitar lo sucedido. Sólo espero que puedas perdonarme algún día.

—Cuando me violó la primera vez sentí cómo algo se rompía en mi interior. Pero no sé qué dolió más, si perder mi virtud o el hecho de que no eras tú el que lo estaba haciendo. Te odié por no estar allí, por dejarme aquí. Y me odié por ser tan tonta de confiar en Caillean. Yo ya sabía que no era mi madre, pero ella aún creía que yo era su hija. Es la única madre que he conocido. Supongo que en el fondo, esperaba que aceptara mi decisión y desistiera de su idea de llevarme al convento.

—No te tortures más. No creo que vuelvas a verla —la besó en la frente—. Los sentimientos de odio y rencor sólo traen sufrimiento, así que espero que pasen pronto. Y, en cuanto a la violación, ¿has dicho la primera vez? ¿Cuántas veces te lo hizo?

Elian se abrazó a sus rodillas y agachó la cara, parecía avergonzada.

—La segunda fue mientras dormía, me despertó con sus embestidas. Y la última, esta mañana, justo antes de irse. Tres en total.

—Tu padre ha decretado que sea juzgado por las leyes del Norte —la rabia lo invadía—. Hoy, al atardecer, ejecutaré la pena de muerte sobre él con mi propia hacha.

Pasaron unos minutos hasta que Elian rompió el silencio.

—¿Por qué has tardado tanto en volver? —Ella lo buscó con su mano y se acercó abrazándose a él desde la espalda, besándolo en el cuello y acariciando su pecho desnudo.

—Sólo el viaje ya son casi quince días —le cogió una de las manos y se la besó—. Tuvimos que levantar torres vigía y construir Drakkars. Y menos mal que nos dimos prisa porque los daneses atacaron enseguida. Pero ganamos la batalla. Mi hermano Björn se reafirmó como Rey, Erik como lugarteniente y yo como Jarl. Uno de los rehenes resultó ser nuestro cuñado y optamos por hacer un trato para recuperar a nuestra hermana Thora. Nos espera en Malmö, donde está la granja que Björn consiguió para mi. Esa será nuestra casa. Ella te ayudará a



adaptarte a la vida allí.

—¿Crees que le gustaré a tus hermanos? —lo besó en el hombro.

—Claro que sí —Jens se giró un poco y la besó.

—Estoy deseando llegar allí —ella le devolvió el beso—. ¡Erik! —se apartó de pronto.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Qué pasa con Erik? —Jens incluso se giró a buscar a Erik en la habitación.

—¡No lo sabe! —dijo Elian exaltada.

—¿El qué?

—Que Cárdigan está embarazada —Jens se quedó mudo—. Está esperando un hijo de Erik.

—¿No es de su esposo?

—No, es de Erik, seguro —dijo Elian con una sonrisa.

—Erik me ha acompañado con la intención de secuestrarla. Esperaba disuadirlo por no crearle problemas a tu padre, pero cuando sepa esto no voy a poder detenerlo.

—No lo hagas. Tenemos que ayudarlos. Cárdigan es prisionera de su esposo, le ha puesto escolta permanente, no la dejan sola ni un segundo. El Duque la ha estado visitando todas las noches desde la boda hasta que le confirmamos que estaba en estado. Puede que sea su esposo, pero no deja de ser una violación. Hemos convencido al Duque de que es suyo pero su sobrino, Ser Edwin, no se lo ha creído. Jens, las mentiras tienen las patas muy cortas, cuando el Duque quiera tener más hijos y Cárdigan no se los dé, se dará cuenta de que éste no es suyo. Tenemos que sacarla de allí y llevarla con nosotros al Norte.

—A tu padre le va a dar algo. Me llevo a sus dos hijas. —Elian rió pero él estaba preocupado—. ¿Él sabe algo de esto?

—Lo cierto es que no. Esta noche, tras la cena, hablaremos con él y con Erik.

Llegó la hora. Todos esperaban en el patio de armas a que trajeran a Ser Derek.

A Elian le daba la impresión, por el jaleo que se estaba montando, de que había tanta gente como en la boda de Cárdigan.

Ella se encontraba en la tarima, entre Jens y su padre. Se sentía un poco incómoda pensando que todas aquellas personas sabían que había sido deshonrada. Era como si su intimidad fuera de dominio público.

De pronto empezaron los abucheos e insultos. Debían de estar trayendo a Ser Derek. En realidad, él había sido un títere en manos de Caillean. Había tratado de ganarse su confianza para que ella cediera por las buenas al matrimonio. Pero al no acceder había provocado que forzaran la situación. Si sólo la hubiera violado una vez quizá lo habría podido perdonar. Entendería que era parte del plan pero que lo hiciera más veces y que la golpeará, fue cosa suya. Eso demostraba el tipo de persona que era. No, no se merecía su perdón.

—Parece que todo el pueblo está aquí y que te aprecian mucho —le comentó Jens.

Elian escuchó el sonido metálico de las cadenas acercarse y subir a la tarima. Su padre la apartó con delicadeza hacia el lado opuesto y se quedó junto a ella.

—Elian, por favor —suplicó Ser Derek—, no lo permitas. Tú sabes que fue idea de Caillean.

—¡Silencio! —bramó Jens—. No te atrevas a dirigirte a ella —dijo con tono amenazante.

Elian recordó las palabras de su padre. Realmente, Jens daba miedo cuando se enfadaba.

—Hija, no es necesario que estés aquí —le susurró.

—Lo sé, padre, pero quiero estar presente.

—Gentes de Sheriland —Jens se dirigió a los asistentes y se hizo el silencio—. Este hombre ha cometido delito de violación y ensañamiento contra una mujer de origen nórdico. Por tanto yo, Jarl Jens de Skåne, como representante de la máxima autoridad del pueblo del Norte en los alrededores, asumo la responsabilidad de juzgar, sentenciar y ejecutar al prisionero.

»Esta mañana, el acusado confesó ser el autor de la deshonra delante de los presentes en la sala del homenaje. Tras hablar y revisar a la víctima, se ha comprobado el ensañamiento con que se cometió el delito. Según las leyes de mi pueblo, este crimen se condena con la pena de muerte. ¿Alguno de los presentes tiene algo que decir en su defensa? —se hizo el silencio.

—La idea fue de la Condesa. Yo sólo obedecía órdenes —dijo desesperado Ser Derek.

—Puede que la idea no fuera tuya, pero la llevaste a cabo sin que nadie te obligara, así que debes responsabilizarte de tus actos —dijo tajante Jens—. La sentencia es la pena de muerte por decapitación —proclamó hacia la audiencia.

La gente bramó y vitoreó al Jarl ocultando en parte los gritos desgarradores de Ser Derek.

A pesar de no poder perdonarle su atrocidad, le daba pena aquel pobre desgraciado. Elian dió un paso hacia Jens y, poco a poco, todos guardaron silencio.

—Quisiera decirle unas palabras al condenado —dijo Elian alto y claro para que todos la oyeran.

—Por supuesto, mi señora —Jens la giró hasta que quedó de frente a Ser Derek.

—Elian, por favor, por favor, lo siento mucho —lloriqueó el prisionero.

—Ser Derek, sé que fuisteis instigado por la Condesa, pero no puedo perdonaros que disfrutárais cometiendo las atrocidades que me hicísteis. Sin embargo, siento lástima por vos y quiero que sepáis que no os deseo ningún mal.

—Gracias —el pobre infeliz pensaba que lo estaba salvando.

—Por desgracia para vos, las leyes están para ser respetadas y cumplidas. Sólo espero que vuestro paso a la otra vida sea rápido y limpio. Hasta siempre, Ser Derek. Jarl Jens —proclamó— podéis proceder.

El ocaso estaba en su punto más hermoso. Jens sostenía el hacha entre sus manos. Su padre siempre decía que si un hombre era capaz de sentenciar a otro a muerte, debía ser él quien le quitara la vida. Era cuestión de honor.

Tras las palabras de Elian, ese pobre infeliz asumió su suerte. Se acercó al condenado y lo miró a los ojos.

—De rodillas.

Ser Derek se dió por vencido y se arrodilló mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Jens alzó el hacha y la descargó sobre el cuello de aquel infeliz. La cabeza rodó por la tarima salpicando de sangre a los curiosos que se encontraban más cerca y dejando un gran charco bajo el cuerpo sin vida.

Respiró hondo. Se había hecho justicia.

Elian sentía su cuerpo muy pesado y, al mismo tiempo, era como flotar en una nube. Dedujo que se debía al cansancio.

Durante la cena estuvieron hablando sobre el ataque danés, los planes que tenían para impulsar el comercio y cómo sería la vida de Elian allí. Lerin escuchaba atento y cuando no entendía algo lo preguntaba. Se había pasado toda

la tarde con Erik y habían hecho buenas migas. Aunque el pobre, parecía sentirse un poco perdido, se había quedado sin madre y se iba a quedar sin hermanas. Nadie preguntó por Caillean, tal vez por respeto hacia Elian, pero lo cierto era que ella misma se había encarcelado en el convento. Al menos, desde allí, no podría hacerle daño a nadie.

Tras la cena, Jens, Erik, su padre y ella se reunieron para planificar el rescate de Cárdigan. Le explicaron la situación a su padre y éste la entendió. Todos los puntos estaban claros. Sólo quedaba confirmar que su hermana estuviera de acuerdo.

—Estoy agotada —dijo Elian cuando entraron en su alcoba—. Mi día empezó ayer y todavía no ha terminado. Ha sido como una pesadilla de la que me acabo de despertar. Sólo quiero olvidarme de todo y seguir hacia delante. — Buscó a Jens para abrazarse a él— Soy tan feliz de que estés aquí y de que vayamos a marcharnos por fin.

—Y yo, mi amor. Estoy deseando sacarte de aquí, hacerte mi esposa y que seas la madre de mis hijos. —Elian levantó el rostro para besarlo.

Jens tuvo que ayudarla a desvestirse, ya no se tenía en pie. La llevó en volandas hasta el lecho.

—Quédate conmigo —dijo Elian casi entre sueños.

—No me moveré de tu lado, amor mío.

## CAPÍTULO 23

Elian se despertó con el canto del gallo. Apenas recordaba cómo había llegado al lecho, pero ahí estaba, con la camisa puesta y escuchando la melodía más maravillosa del mundo: la respiración de su amado.

Alargó la mano y tocó el pecho desnudo de Jens.

—Buenos días —dijo él besándole la mano.

—Buenos días, mi amor —Elian rodó hacia él buscando sus labios y los besó mientras acariciaba la trenza de la barba.

—¿Has descansado? —le preguntó Jens mientras le acariciaba la espalda.

—Seguiría durmiendo un día entero. Aún me duele todo el cuerpo. De hecho, me duele casi más que ayer.

—No me extraña, te has despertado varias veces con las pesadillas.

—¿Pesadillas? Yo no recuerdo nada.

—Mejor, no parecían demasiado agradables —Jens la besó en la frente—. Y ahora hay que levantarse, hoy también será un día largo.

Todo estaba listo para iniciar el camino a Melinor. Habían convenido que era mejor que su padre no los acompañara. El plan de rescate tenía varias fases y algunas alternativas, por si no salía bien a la primera. Su padre podría verse comprometido y Jens quería causar el mínimo revuelo posible. Fue muy estimulante participar en la planificación con Jens, era un gran estratega y ella aportó los puntos clave.

Los acompañaban todos los hombres de Jens y Erik, por si tenían que ejecutar una incursión fugaz, típica de los vikingos.

Al llegar a Melinor, Elian solicitó ver a su hermana. La flanqueaban Jens y Erik mientras el resto de hombres los esperaban en el patio, dispuestos a intervenir si llegaba el momento. Una de las custodias salió a recibirla. Le explicó que el Duque había reforzado la seguridad alrededor de su esposa y que, al venir acompañada de hombres, Cárdigan no podía salir. Si quería verla tendría que entrar ella sola.

Elian entró en el castillo acompañada de la mujer, que la llevó junto a Cárdigan. Cuando su hermana la vio se alarmó mucho.

—¡Elian! Pero ¿qué te ha pasado?

—Es una larga historia, ¿damos un paseo por los jardines? —Tenía que llevarla al arroyo de nuevo, para que las custodias no oyeran nada sobre Erik.

Por el camino, Elian le relató a su hermana todo lo acontecido desde que salió de Melinor con Caillean y Ser Derek. Su origen nórdico. El rescate de Jens y la ejecución. Cuando por fin el agua del arroyo las cobijaba, Elian le dijo que Erik también había venido y que sabía que el hijo que esperaba era suyo. Estaba dispuesto a llevársela con él. Pero como ya estaba casado, sólo podía ofrecerle ser su segunda esposa.

—¿Esposa de Erik?

—Segunda esposa —le aclaró Elian.

—Sólo quiere casarse porque espero un hijo suyo —parecía desconcertada.

—Si sólo quisiera a tu hijo te llevaría como concubina pero te quiere como esposa. Vino con Jens porque estaba decidido a secuestrarte. Hasta anoche no sabía que estabas embarazada. Creí que te gustaría la idea —por un momento, Elian temió haberse equivocado—. Pensaba que no querías estar aquí, prisionera del Duque. Obligada a yacer con un hombre que no despierta nada en ti, noche tras noche.

—Claro que no quiero, me da asco que me toque. Tenerlo cerca me provoca náuseas. Tenía la esperanza de que mi esposo falleciera pronto. Pero es más fuerte de lo que parece. Aún le quedan muchos años y no quiero vivir así, presa en mi propia casa. Pero al menos aquí tengo una posición. ¿Qué tendré allí? Un esposo que sólo me quiere para divertirse en la cama y otra mujer que estará siempre por encima de mí. Me pides que renuncie a todo lo que tengo para marcharme lejos, a una tierra completamente desconocida para mí, que cambie un esposo por otro. Yo lo que quiero es no estar sometida. No quiero depender de nadie. Quiero poder divertirme con quien me plazca cuando me plazca.

—Lo que te propongo es salir de aquí. Lo que hagas o no con Erik, es cosa tuya. Y por cierto, creo que las náuseas son por el embarazo —dijo Elian con ternura—. Entiendo que tengas miedo y que aprecies tu libertad, pero estás esperando un hijo. Ya no puedes pensar sólo en ti. En tu vientre está creciendo una criatura inocente que va a depender de tí, a la que van a afectarle todas tus decisiones. Erik está dispuesto a ejercer de padre, pero la última palabra la tienes tú. Si quieres quedarte y que el Duque sea su padre nos iremos por donde hemos venido.

—¿Ha venido Erik contigo? —preguntó Cárdigan tratando de parecer indiferente.

—Está fuera con Jens y todos su hombres, por si tienen que sacarte de aquí a la fuerza —le dijo Elian con un susurro cómplice.

—Sí, sacadme de aquí. Quiero ir con vosotros al Norte, por favor —dijo Cárdigan casi llorando de emoción.

Jens no había visto nunca a su hermano tan nervioso. Erik era impulsivo e impaciente, tener que respetar unos tiempos de actuación no le gustaba nada.

Llevaban un rato hablando con sus hombres cuando Elian salió. Él y Erik fueron a su encuentro.

—¿Y bien? ¿Ha accedido? —preguntó Erik ansioso.

—Sí, ha accedido a venir al Norte pero se va a pensar lo de ser tu segunda esposa. Tendrás que explicarle algunas cosas, pero habrá tiempo para ello. Ahora hay que hablar con Ser Edwin, ya he pedido audiencia con él.

Un siervo salió a buscarlos para conducirlos a una sala donde esperaba el sobrino del Duque. Jens le ofreció el brazo a Elian y lo siguieron.

El hombre que los esperaba en la pequeña sala era corpulento y con porte prepotente. Tenía el ceño fruncido y los estudió a él y a Erik en cuanto entraron por la puerta evaluando si dos vikingos eran una amenaza o no.

—Mi señora, me han indicado que queráis hablar conmigo en privado ¿qué puedo hacer por vos? —Por fin se dignó a mirar a Elian— Y ¿qué os ha ocurrido? ¿Estáis bien?

—Estoy bien, Ser Edwin, gracias. Os presento al Jarl Jens de Skåne, mi prometido y a Erik Eriksson, lugarteniente del Rey Björn III de Suecia, y hermanos los dos de éste. —La actitud de aquel hombre cambió al saber quienes eran—. Tenemos algo que proponeros.

—Os escucho.

Después de la charla con el sobrino del Duque quedaba la última parte. Entraron los tres en la sala del homenaje. Él y Elian se quedaron atrás mientras Erik se adelantaba hasta llegar al centro de la sala para dirigirse al Duque.

El hombre que se encontraba sentado en una gran silla sobre la tarima era grande y fornido. Parecía mayor pero seguía manteniéndose en forma, de eso no había duda. Su semblante era serio y todos los presentes parecían tenerle mucho respeto, o quizá era miedo. Según le habían comentado, sus locuras, complejos y extravagancias lo habían convertido en un tirano. Tal vez lo habían subestimado. Esperaba que su hermano no tuviera demasiados problemas para vencer a aquel hombre en un combate cuerpo a cuerpo. Al fin y al cabo, era la especialidad de los vikingos. Si tenía que intervenir para salvar la vida de su hermano se

montaría una buena trifulca.

—Duque de Melinor, soy Erik Eriksson, lugarteniente y hermano del Rey Björn III de Suecia y he venido a por lo que es mío. —La voz de Erik retumbó en las paredes.

—No os conozco, vikingo, ¿qué puedo tener yo que os pertenezca? —dijo el Duque mofándose de Erik.

—El hijo que espera vuestra esposa lo he engendrado yo.

La cara del Duque cambió de color, del blanco al rojo de rabia.

—¡Traed a mi esposa! —Bramó—. ¿Cómo osáis venir a mi casa a ofenderme de esta manera? —Se puso de pie amenazante.

Al instante entró en la sala un grupo de mujeres. Era peor de lo que Elian les había contado. A Cárdigan ni siquiera se la veía, la tenían completamente flanqueada. Erik también se dió cuenta y apretó puños y dientes.

—¿Me habéis hecho llamar, esposo mío? —dijo Cárdigan simulando no saber de qué iba todo esto.

—Ven aquí. —Cárdigan obedeció al instante. Subió a la tarima y se situó junto a su esposo mirándolo sólo a él. La tenía bien aleccionada. Conociendo a Cárdigan como la conocía, debía de sentirse realmente prisionera—. ¿Conoces a ese hombre?

Ella se giró despacio, tratando de mantener el gesto de indiferencia.

—No lo había visto nunca —respondió mirando a Erik, que la observaba fijamente.

—¡Miente! —Soltó Ser Edwin— Tío, ¿cuándo vas a aceptar que no puedes preñar a ninguna mujer? Te han tomado el pelo y tú te has dejado.

—¡Silencio, Edwin! Ya te advertí que no iba a tolerar más insultos a mi virilidad. Mi esposa afirma que no conoce a ese sucio vikingo. Y ahora —se giró hacia Erik— os agradecería que dejárais esta farsa y os fuérais por donde habéis venido. En caso contrario, me veré obligado a echaros a la fuerza.

—Sólo saldré de aquí con lo que me pertenece. Vuestra esposa yació conmigo antes de desposarse con vos. ¿Seréis capaz de criar a un hijo que lleve mi cara? —Erik sonrió ante aquella idea y al Duque no le debió de gustar nada.

—¡Guardias!

—¡No! —bramó Erik desenvainando la espada— Ellos no me han hecho nada, mi querella es contra vos. Demostrad la virilidad de la que alardeáis y luchad vos mismo. Os reto a muerte, Duque.

—Tío, no lo hagas, es una trampa.



—¡Mi espada! —El Duque cogió a Cárdigan y la besó. Si pretendía ser apasionado resultó grotesco. Jens pudo ver cómo su hermano temblaba de rabia —. Le cortaré la cabeza a ese bastardo y la guardaré como trofeo. Si el hijo que llevas en tus entrañas se parece un ápice a él, lo mataré ante tus ojos y colgaré su pequeño cuerpo de la ventana de tu celda. —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Cárdigan que se había quedado completamente pálida y se abrazaba a su vientre. El Duque bajó del estrado y un siervo le entregó la espada y el escudo.

Los presentes comenzaron a rodear al Duque y a Erik. El resto de vikingos que había esperado fuera entraron a la sala terminando de rodear a los dos adversarios. Erik cogió también su escudo y se colocaron uno frente al otro.

—Una conmovedora despedida —le dijo Erik al Duque con una media sonrisa.

—El que debería despedirse sois vos. —Mientras hablaban iban girando manteniendo las distancias— ¿Pensáis atacar o sólo queríais bailar conmigo?

Algunos de los presentes rieron la gracia.

—Ciertamente, la lucha es como un baile. Si os parece bien, como soy yo el que engendra hijos, haré de hombre.

Los vikingos rieron la ocurrencia de Erik y la provocación funcionó. El Duque dio el primer paso y alzó la espada contra Erik, que la esquivó sin problemas mientras blandía su propia espada en respuesta golpeando en el escudo del Duque. Volvieron a alzar los aceros y se cruzaron ante sus caras midiendo sus fuerzas hasta que Erik le dió un empujón y consiguió que el Duque diera un par de pasos atrás. Erik alzó la espada de nuevo y el Duque la paró con la suya.

Los aceros siguieron entrechocando entre sí y contra los escudos durante un buen rato. Tal y como había sospechado Jens, Erik no estaba teniendo nada fácil la victoria. El Duque realmente era muy fuerte pero Erik era más rápido. Dio un giro completo y consiguió que el Duque perdiera el escudo con un golpe certero.

El esposo de Cárdigan respiraba con dificultad, empezaba a cansarse. La edad jugaba a favor de Erik que, curtido en batalla y acostumbrado a grandes esfuerzos, tenía más resistencia. Apenas se había despeinado. Decidió soltar también el escudo. Jens pensó que era una tontería, que debería haber aprovechado la ventaja, pero su hermano era más impulsivo y temerario que reflexivo y, seguramente, quiso demostrar que podía vencerlo sin ayudas.

El baile de espadas volvió a empezar pero, al no tener los escudos, los

movimientos fueron más rápidos. Las espadas volvieron a cruzarse ante sus rostros. Aguantaron unos segundos así, forcejeando, tratando de no ceder ni un centímetro y entonces Erik dió un rápido vistazo a Cárdigan y le guiñó un ojo. El Duque al ver el gesto fue a girarse hacia su esposa y Erik aprovechó para desequilibrarlo y desarmarlo.

El Duque cayó al suelo de espaldas con la espada de Erik en el cuello. Se hizo el silencio.

—¿Si os perdono la vida dejaréis que vuestra esposa venga conmigo? —Le preguntó Erik para que todos lo oyesen.

—¡Jamás! Maldito bastardo, si me matas caerán sobre ti mis guardias bajo las órdenes de mi sobrino. No te servirá de nada —escupió el Duque.

—¿Ser Edwin? —preguntó Erik para que hablara, sin dejar de mirar al Duque.

—Adelante —respondió Ser Edwin—, terminad lo que habéis empezado y libradnos de su locura, por favor.

—Buen viaje, Duque.

Erik dejó caer todo su peso sobre su espada clavándola en la garganta del Duque, que lo miraba con los ojos desorbitados mientras se ahogaba en su propia sangre.

Cuando dejó de respirar, Erik desclavó la espada, la limpió con la ropa del difunto, la enfundó y se dirigió hacia Cárdigan, que bajaba del estrado corriendo hacia él con lágrimas en los ojos. Se abrazaron y besaron apasionadamente.

Jens y Ser Edwin intercambiaron miradas de aprobación y gratitud.

—Cárdigan, me alegro de volver a verte —le dijo Jens cuando se hubo acercado a la pareja, que seguía comiéndose a besos—. Erik, tenemos que irnos.

Elian lo había pasado realmente mal durante todo el duelo. El plan había salido perfecto, tanto la actuación de Cárdigan como la colaboración de Ser Edwin, que había sido decisiva. Pero en el combate nadie podía ayudar a Erik, debía enfrentarse él sólo. Y ganó.

Saber que su hermana viajaría con ella al Norte le hacía mucha ilusión, así no se sentiría tan sola si Jens tenía que ocuparse de otras cosas.

Por fin estaban a punto de comenzar su viaje, pero tenían que hacer noche en Sheriland. Iban a firmar los esponsales entre Jens y ella, donde se fijaría la dote y el ajuar, la fecha de la boda y algunos puntos más del contrato matrimonial.

Después, celebrarían un banquete para conmemorar el momento.

—¡Hijas mías! —exclamó Ser Darsus cuando las vio llegar.

—Padre —dijo Cárdigan mientras bajaba del caballo y corría a sus brazos.

Elian bajó de Epona y Jens la guió hasta donde estaban su padre y su hermana para sumarse al abrazo.

—Gracias, padre, por consentir mi rescate —dijo Cárdigan entre sollozos. Era curioso que su hermana estuviera tan sensible. Elian sonrió al pensar que el embarazo realmente afectaba al humor de las mujeres.

—Nunca me gustó esa unión, fue idea de tu madre —respondió su padre besándola en la frente—. Si crees que vas a ser feliz marchándote, adelante. Ojalá yo hubiera tenido el valor de fugarme con Helga.

—Ser Darsus —dijo Jens, Erik también se había acercado—, el nuevo Duque de Melinor, Ser Edwin, está muy agradecido con vos por haber ayudado a poner fin a la locura de su tío.

—Entonces, ¿Alexander está muerto?

—Sí, perdió el duelo —dijo Erik.

—Me alegro de que todo haya salido según el plan —dijo su padre.

Elian y Cárdigan pasaron el resto de la tarde con Margot y Darla, comentando los últimos acontecimientos, imaginando cómo sería la vida en el Norte y disfrutando de los juegos de la pequeña Darla.

Mientras tanto, Jens, Erik, su padre, su hermano Darean y tres de los hombres de Jens, estaban reunidos en el despacho redactando el contrato matrimonial. Erik, como hermano mayor, estaba actuando de casamentero que, según le había contado Jens, es la persona que se encarga de representar al futuro esposo ante el padre de la novia.

En el acuerdo de esponsales, también se establecía la *heimanfylgja* y el *mundr*, que eran la dote de la novia y del novio respectivamente, la fecha de la boda, la situación y cuantías que se habrían de repartir en caso de divorcio.

Una vez redactado el documento y firmado por el padre de la novia, el casamentero, el futuro esposo y los testigos, se celebró el banquete en honor de los prometidos.

Justo antes de dar comienzo el banquete, su padre se levantó y se hizo en silencio.

—Queridos amigos, hoy celebramos los esponsales entre dos familias de culturas distintas, con tradiciones diferentes pero con un mismo corazón.

»Elian —la tomó de la mano y la hizo levantar—, si Helga, tu madre,

estuviera aquí se sentiría muy orgullosa de ti.

—Gracias, padre. —Elian notaba sus ojos anegados de lágrimas por la emoción y la felicidad que sentía en ese momento.

—Jens —continuó su padre—, sé que no necesito decírtelo pero cuídala y hónrala como se merece.

—Lo haré, Ser, lo haré.

Su padre dejó su mano sobre la de Jens.

—Así pues, el próximo octubre se celebrará la boda que unirá a estos dos prometidos en matrimonio.

Su padre dio un paso atrás y Jens se acercó para besarla, con el consiguiente jaleo de aplausos y vítores por parte de los presentes.

Para Elian fue la confirmación oficial e irrevocable de que se marcharía por fin con Jens. Sería su esposa y la madre de sus hijos, podría olvidar todas las cosas horribles que le habían sucedido en la casa de su padre y podría honrar a su verdadera madre volviendo a su país natal.

Después de que se sentaran, su padre se dirigió a Cárdigan:

—Hija, has enviudado y estás esperando un hijo —tuvo el detalle de no decir de quien era el bebé—. Erik ya está casado pero, según sus leyes puede tomar más de una esposa. Esta tarde no hemos firmado un acuerdo matrimonial, sino dos. Pero para que el segundo sea efectivo hace falta tu conformidad. Así pues, Cárdigan, Erik me ha pedido tu mano para que seas su segunda esposa, ¿aceptas?

—Sí, claro que sí —se levantó atropelladamente y se lanzó al encuentro de Erik.

De nuevo, los asistentes aplaudieron, pero no se conformaron con vitorear, silbaron y dijeron algunos comentarios subidos de tono, los cuales fueron en aumento a lo largo de la cena a medida que el vino y el hidromiel corrían por las mesas.

Esta vez, Elian bailó con Jens y, aunque estaba encantada, se sentía mareada y cansada. Suponía que el largo día, junto con el hidromiel que había tomado y el intenso sangrado que estaba teniendo, se estaban acumulando con el agotamiento y desgaste que ya llevaba encima.

Pese a que la fiesta era en su honor, se disculpó y le pidió a Jens que la acompañara a sus aposentos.

Todo había salido mejor de lo previsto. Jens estaba contento con los acuerdos matrimoniales y comerciales que habían firmado con el Conde.

Disfrutó del banquete. Sobre todo de ver a Elian sonreír toda la cena. No había tenido la oportunidad de verla ebria hasta entonces. No es que se hubiese emborrachado, pero le habían subido los colores y reía con mucha facilidad. Durante el baile estuvo encantadora, graciosa y divertida, pero no aguantó mucho más. Él también había bebido pero tenía mucha más tolerancia, aún podría volver y continuar con la fiesta.

Cuando la acompañó a su alcoba, Elian ya casi no se tenía en pie, todavía reía pero tuvo que llevarla en volandas por la galería.

La sentó en el lecho para desvestirla.

—¿Sabes qué? —preguntó Elian juguetona.

—¿Qué? —Empezó a desatarle el vestido.

—La última fiesta que tuvimos en esta casa fue la boda de Cárdigan. Ahí fue donde conocí a Ser Derek. Caillean me acompañó hasta aquí cuando me retiré pero no fui capaz de dormir en mi lecho. Sólo podía pensar en ti, en que esa noche íbamos a fugarnos. Pero te habías ido sin mi. Así que me metí en tu celda y me quedé dormida llorando en tu catre.

Jens le había quitado el vestido de gala y la dejó con la camisa.

—Lo siento mucho, amor mío. Era peligroso y... —Elian buscó su rostro y le puso los dedos sobre los labios.

—Lo sé. Ya no importa —dijo sonriendo— ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Pues, porque ahora estás aquí —Elian se puso de pie colgándose de su cuello—, has vuelto a buscarme y estamos prometidos. Y ¿sabes otra cosa? —le susurró.

—¿Qué? —respondió riendo, estaba tan graciosa arrastrando las palabras...

—Que te amo. Te amo más que a nada en este mundo. Lo único que quiero es estar contigo el resto de mi vida. —Lo besó con su dulzura característica y con sabor a hidromiel, que la hacía todavía más apetecible. Si por él fuera, se la habría comido a besos otra vez.

La cogió en volandas para dejarla en el lecho mientras seguían besándose. Se acomodó junto a ella y empezó a besarle el cuello. Ella gimió suavemente dejándole hacer, o eso creía. Cuando la miró, se había quedado dormida. Era tan hermosa... Y era su prometida, su futura esposa, la madre de sus hijos, su compañera para el resto de su vida.

Había pensado en volver a la fiesta después de acompañarla pero ahora no quería estar en ningún otro sitio más que tumbado al lado de su amada.

Cuando despertó, a Elian le dolía un poco la cabeza pero estaba ilusionada con el inicio de su viaje. Jens le había dicho que podía llevarse a Epona, que podrían transportarla en uno de los barcos mercantes. También se llevaba su arco y un cofre con sus frascos y algunos de los libros que consideraba más importantes.

Jens, Erik, Cárdigan y ella estaban despidiéndose de su padre.

—Jarl, está todo listo —dijo uno de los hombres de Jens.

—Tenemos que partir ya si queremos llegar a Fulda antes del medio día —apremio Jens.

—Mis pequeñas. Os voy a echar de menos a las dos.

—Y nosotras a ti, padre —dijo Cárdigan.

—Muchachos, cuidado de mis niñas, por favor, son mi tesoro más preciado. Y vosotras dos, escribid más asiduamente de lo que lo hacía el tío Fenton.

—Descuida, padre, te mantendremos informado de todo —dijo Elian dándole un beso a su padre.

—¡Elian! —Lerin se acercaba corriendo y cuando llegó a ella la abrazó con fuerza— te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti, hermanito —dijo Elian devolviéndole el abrazo.

También se habían acercado Darean y Margot con Darla, Melantea, Angus y Gaius. De todos se despidieron entre lágrimas y sonrisas.

Y por fin, emprendieron el viaje.

Elian comenzaba su vida, su auténtica vida, la que quería pasar junto a Jens hasta el fin de su existencia.

## CAPÍTULO 24

Los días fueron pasando y, para Elian, todos resultaban muy parecidos. Comenzaban desayunando y levantando el campamento, cabalgaban toda la mañana, paraban a comer y continuaban casi toda la tarde hasta que volvían a montar el campamento.

A Elian le gustaban aquellas rutinas. Cada uno tenía asignada una tarea y ella se encargaba de cuidar de los caballos. Cepillarlos era el segundo mejor momento del día. El primero era llegar a la tienda que compartían Erik, Cárdigan, Jens y ella, y acurrucarse en el jergón junto a Jens. Tenía tanto cansancio acumulado que, en cuanto se tumbaba, se quedaba dormida escuchando cómo Erik y Cárdigan daban rienda suelta a su pasión, todas las noches. Eran incansables.

Los hombres de Jens y Erik estaban resultando bastante amables. Durante las horas de marcha les hablaban a ella y a Cárdigan de sus esposas y sus hijos. También hacían bromas picantes orientadas, sobre todo, a provocar a Erik y a sacarle los colores a Cárdigan. Pero resultó que ella era muy capaz de responderles, lo que hacía que Erik se enorgulleciera de ella y riera a carcajadas con sus ocurrencias.

Jens intentaba no dejarla sola ni un momento, pero si lo requerían en otra parte siempre procuraba que hubiera alguien cerca. La ayudaban con los caballos indicándole cómo podía identificarlos, cómo tenía que darles de comer y dónde dejaban las cosas cada día para que ella pudiera continuar con sus tareas. Cárdigan echaba una mano con la comida. No lo había hecho nunca, pero se le daba bastante bien.

Fueron pasando los días y las noches y, a Elian, le daba la sensación de que Jens estaba cada vez más distante. Al principio, pensó que era porque ella estaba sangrando, pero hacía días que había terminado. Los besos y las caricias se habían reducido al mínimo y lo notaba muy callado. Elian temía que se estuviera arrepintiendo de llevarla con él.

La última noche de campamento, se armó de valor y le pidió tener una conversación en privado.

—Jens, yo... ¿he hecho o dicho algo que te haya molestado? —preguntó

tímidamente.

—¿Molestado? No, en absoluto —parecía contrariado—. ¿Por qué lo dices?

—Tengo la sensación de que... —no estaba segura de cómo decirlo—. ¿Te arrepientes de haberme traído?

—¿Qué? Claro que no. Elian ¿qué pasa? —se estaba poniendo serio.

—Pues que, apenas me das besos y casi no me tocas. —Lo dijo un tanto avergonzada. Por un momento le dio la impresión de estar comportándose como una niña caprichosa e insegura—. No espero que seamos como Erik y Cárdigan, pero cuando eras mi esclavo, bueno, mi siervo, me dabas más muestras de cariño que ahora y me pregunto si lo que pasó ha afectado a nuestra relación. —Las lágrimas luchaban por derramarse de sus ojos, pero las contuvo.

—Elian —Jens le acarició la mejilla—. Mi amor, es posible que no pueda dedicarte tantas atenciones como cuando era tu siervo y más cuando lleguemos a Malmö. Nada me gustaría más que seguir pasando todo el tiempo del mundo contigo. Pero que ahora tenga responsabilidades y compromisos no significa que te quiera menos. Y sí, lo que pasó ha hecho que me comporte de forma distinta, pero por tí.

—¿Por mí? —preguntó extrañada.

—Estás tan cansada que no lo recuerdas, pero no ha pasado una noche en que no tengas pesadillas con ese animal. Lo último que quiero es aumentar tu ansiedad. No sabes el esfuerzo que estoy haciendo para no abalanzarme sobre ti cada noche, para no hacerte mía y verte disfrutar del placer del contacto de nuestros cuerpos desnudos. Y escuchar a Erik y a Cárdigan no ayuda. —Respiró hondo—. Hago acopio de todo mi autocontrol y me quedo muy quieto. Tú te acurrucas junto a mí y te quedas dormida al instante. Pero al rato llegan las pesadillas y, como cada noche, sólo puedo susurrarte al oído que todo ha pasado, que ya estás a salvo y que estoy a tu lado. Si trato de abrazarte te revuelves y huyes de mí.

—¿Eso haces? —las lágrimas se derramaban por sus mejillas. Y ella que pensaba que ya no la quería—. Jens, lo siento. —Se abrazó a él y lo besó—. No tenía ni idea.

—No te preocupes, mi amor —le dijo mientras la abrazaba—. Esperaré el tiempo que necesites hasta que te sientas preparada para volver a estar conmigo. Sin presiones.

Elian se dio cuenta de que Jens tenía razón. Sólo de pensar en disfrutar con él como lo hacía antes se puso rígida. Pero que ella no estuviera preparada no



significaba que él tuviera que contenerse.

Esa noche en el jergón, ella le besó en el cuello bajo la oreja, mientras le desataba los calzones e introducía su mano hasta encontrar su miembro erecto. Escuchó la respiración agitada y entrecortada de Jens mientras lo aliviaba, y sintió su cuerpo temblar hasta llegar al éxtasis conteniendo un gruñido de placer. De fondo pudo oír las risitas de Cárdigan y Erik, pero no le importó. Jens buscó su boca y la besó. Elian se quedó dormida, feliz, entre los brazos de su amado.

Jens despertó más descansado que los últimos días. O no lo recordaba o Elian no había tenido pesadillas esa noche. De ser así, era una buena señal. Recordó cómo lo acarició la noche anterior y la besó en la frente. Era preciosa, pero dormida todavía lo era más.

A medio día llegaron a Rostock, donde Jens había establecido rutas de comercio con Malmö procurando que cada pocos días, los Knarr frecuentaran la costa. Traían productos lácteos, pieles, cuero y sogas de piel de foca, y se llevaban vasijas decoradas de bronce y plata, cerámica fina, oro, especias orientales, finas telas de seda y otras mercancías exóticas.

Se esperaba la siguiente embarcación esa misma tarde, de manera que tendrían que hacer noche allí y partir al alba.

Cuando llegó el barco, Jens se ocupó de revisar la mercancía y pidió los inventarios de los intercambios que se habían llevado a cabo durante los más de veinte días que llevaba en marcha el negocio. Tras dar su aprobación y concretar algunos puntos más con los mercaderes locales consiguió obtener algunas horas sin más responsabilidades que estar con Elian. Le comentó a Erik cómo pensaba gastar ese tiempo y le pareció una gran idea.

—Elian, Cárdigan, ¿os apetece dar un paseo? —les dijo a las hermanas que esperaban junto al equipaje.

—Claro —respondió Elian.

Jens le ofreció su brazo mientras Erik levantaba de un tirón a Cárdigan que aún estaba sentada y lo miraba con cara de pícara.

—¿Lo oyes? —le preguntó a Elian.

—El agua suena con el viento. Es hipnotizador —dijo Elian con una sonrisa.

—Son las olas del mar. La brisa empuja el agua una y otra vez hacia la orilla. El sonido lo producen el agua contra la arena y la brisa al raspar la superficie del mar. ¿Notas la humedad del aire?

—Sí, parece que haya gotas de agua y sal flotando.

—Exacto. —Avanzaron un poco más—. ¿Notas que el suelo ha cambiado?

—Sí, me recuerda a la orilla de la poza donde solíamos bañarnos.

—Vas bien, es arena, pero de playa. Descálzate. —Elian obedeció y él también se quitó las botas—. Vamos, quiero enseñarte una cosa.

Jens disfrutaba cada vez que veía a Elian descubrir algo nuevo. La cara que tenía ahora era de emoción y atención a cualquier detalle. Tenía el resplandor de una niña. Completamente confiada, serena y tranquila.

—Está fresca y es más fina que la otra, se me mete entre los dedos de los pies —dijo Elian riendo—. Nos estamos acercando al agua, ¿verdad?

—Sí, de hecho —siguió avanzando con ella de la mano hasta que sus pies fueron bañados por el agua de una ola—, estamos en el agua.

—¡Ah! —Gritó Elian de la impresión— ¡Está helada!

En ese momento, llegaron Cárdigan y Erik, correteando y riendo como niños jugando a pillarse y los salpicaron de agua y arena.

—Elian —dijo Cárdigan—, esto es precioso. Ojalá pudieras verlo.

—No importa, puedo oírlo, olerlo y tocarlo. Con eso me basta.

—También podrás llevartelo —le dijo Jens poniéndole un colgante, que le había comprado a uno de los mercaderes, en la mano—. Esto es una caracola. Aquí —guió sus dedos— hay una abertura, pónstela en el oído y dime qué oyes.

Elian escuchó atenta y emocionada.

—Es como si hubiera dentro un poco de mar, con sus olas y todo.

—Con este cordón podrás llevarla siempre contigo. —Jens le colgó la caracola al cuello y la besó con ternura—. Así podrás recordar el primer día que pisaste el mar del Norte.

## CAPÍTULO 25

Habían pasado casi tres meses desde que Elian y Cárdigan llegaron a Malmö.

Apenas habían puesto un pie en tierra firme cuando Jens y Erik tuvieron que marcharse a cumplir con sus obligaciones. Thora fue la encargada de explicarles, a ella y a su hermana, cuáles eran las tareas propias de una *Husfrefya* o esposa nórdica como ama y señora de la casa. También les habló de sus derechos, sus deberes y lo que significaban los símbolos más importantes, como el conjunto de llaves que colgaba del cinto, o la cantidad de cuentas de sus collares. Fue realmente muy interesante poder aprender tantas cosas de primera mano. Por supuesto, Elian ya conocía muchos detalles que le había contado Jens pero había aspectos que él, como hombre, no conocía tanto.

La granja de Jens se componía de varios edificios. Algunos, como la sala común, eran multifuncionales, igual que en el castillo de Sheriland. Otros cumplían funciones específicas. Varios de ellos estaban adosados entre sí para aprovechar, por ejemplo, el calor de los animales del establo. Elian no tardó en memorizar la disposición de los mismos para poder orientarse sin demasiados problemas. Los siervos se mostraron muy atentos y considerados con ella y, aunque la ayudaban en muchas tareas, le dejaban cierta autonomía en la realización de las mismas.

A mediados de agosto recibieron una visita inesperada. La Reina Madre, Gudrun, llegaba para quedarse. Supuestamente, para ayudar a Thora formando a las futuras esposas extranjeras, pero Elian sintió que venía a comprobar si eran dignas de sus hijos.

Con Cárdigan se mostraba más permisiva. Al fin y al cabo, Erik había cumplido y se había casado con una noruega. A ella la tomaría como segunda esposa que, a su forma de ver, era casi como concubina. Pero con Elian era distinto. Le habían aclarado que su madre, Helga, era del Norte. Pero al haber sido criada en territorio germano, para Gudrun seguía siendo una extranjera. Además, estaba lo de su ceguera. Cada vez que Elian se tropezaba o se le caía algo, podía escuchar un resoplido de exasperación por parte de su futura suegra.

A finales de agosto, Jens volvió a Malmö. Se quedó apenas un par de días,

pero fue suficiente para que Gudrun cambiara de actitud. Por fin, se reunió con el hijo que había perdido. Hablaron largo y tendido durante casi toda la noche que Jens pasó en la granja.

—Madre —dijo cuando se despedía—, te dejo a cargo de mi bien máspreciado, mi futura esposa. Estoy seguro de que llegarás a entender por qué la amo tanto.

—Lo intentaré, hijo mío —dijo Gudrun resignada.

—Elian —se acercó a ella y la besó acariciándole la mejilla— volveré pronto.

—Aquí te esperaré, mi amor.

Después de que el Drakkar de Jens partiera, Gudrun le ofreció el brazo a Elian y se dirigieron a la sala principal.

—Jens me ha contado lo que ha visto en tu casa. Cómo te han tratado, lo de tu madre y tu madrastra y lo que te hizo aquel hombre, pero quiero que me lo cuentes tú. Quiero saber cómo ves tú las cosas.

Elian habló durante horas. Gudrun la escuchaba atenta. Le habló de lo perdida que estaba antes de que Jens llegara a su vida. Él consiguió demostrarle que no era la inútil que le habían hecho creer, que un mundo de posibilidades se abría ante ella. Empezaba a conocerse a sí misma, a querer conquistar nuevos retos y quería compartirlos con él.

—Está bien —dijo Gudrun cuando Elian terminó—, te debo una disculpa. No lo has tenido fácil y yo te he prejuzgado por ser extranjera igual que tu madrastra nos prejuzgó a nosotros. Voy a ayudarte a adaptarte a esta vida. Te enseñaré cómo hacía las cosas mi madre que, al igual que tú, era ciega.

A partir de ese momento, Elian se sintió arropada por aquella mujer que la estaba tratando casi como a una hija. Convirtiéndose, sin proponérselo, en una madre para ella, la madre nortea que nunca llegó a conocer.

Fueron pasando los días, las cosechas se recogieron, el heno se almacenó, parte del ganado se recogió y otra parte fue sacrificado y preparado para su conservación, al igual que el pescado. Y por fin, llegó la víspera de la boda. Duraría los tres días de luna llena que marcaban el inicio del invierno. La ceremonia se componía de varias partes y llevaban varios días preparándolo todo: las ofrendas, los votos, los objetos rituales, la disposición de los comensales en el banquete... nada podía dejarse a la improvisación.

Su padre y Lerin habían venido a la boda pero Darean y Margot se quedaron en Sheriland a cargo del Castillo.

Según la tradición, los emisarios del novio recogían a la novia para llevarla a la casa de su prometido pero, como ya estaban viviendo bajo el mismo techo, omitieron este paseo que llamaban “la carrera de la novia”.

Elian y Cárdigan durmieron juntas su última noche, como estaban haciendo desde que llegaron a Malmö. Las dos estaban ilusionadas y emocionadas, se iban a casar a la vez. La boda principal era la de Elian y Jens y se había hecho la excepción de permitir que Cárdigan y Erik se casaran aprovechando la misma ceremonia, por ser la segunda esposa de éste y para que la familia de las novias no tuviera que desplazarse hasta la casa de Erik.

—No sé si voy a ser capaz de dormir —comentó Cárdigan tumbada en el lecho.

—Pues deberías intentarlo, hermana. Conociéndoos, mañana por la noche estarás muy ocupada en otros quehaceres —dijo Elian pícaramente. Cárdigan rió con la ocurrencia de su hermana.

—Este pequeño me está dando muchas patadas, parece que está muy contento por irse a vivir con su padre —suspiró feliz— ¿Y tú? ¿No estás nerviosa? Después de todo lo que habéis pasado, por fin estaréis juntos como marido y mujer.

—Sí, por fin. Tengo muchas ganas de que llegue el momento. Pero... —Elian suspiró.

—Pero ¿qué?

—¿Y si no soy capaz de llegar hasta el final? ¿Y si mi cuerpo no responde como debe y lo rechazo?

—Elian, desde que llegamos aquí tus pesadillas casi han desaparecido. Estamos hablando de Jens, de tu Jens. Estoy segura de que en ese momento ni te acordarás de Ser Derek. No dejes que tu pasado enturbie tu presente y mucho menos tu futuro.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia? —dijo con una sonrisa mientras se tumbaba a su lado.

—Será el cambio de aires, o ser madre —rió divertida.

—Te voy a echar de menos cuando te vayas con Erik.

—Yo también, hermanita.

Esa noche Elian no tuvo pesadillas.

Las levantaron las mujeres de la casa entre las que se encontraban Gudrun, Thora, Gladys e, incluso, Astrid, la primera esposa de Erik. Se acordaron mucho de Margot, les habría encantado que su cuñada y amiga estuviera con ellas ese

día tan especial. Las vistieron con unas túnicas amplias y todas juntas se dirigieron a los baños para recibir lo que llamaban “la dote de Frigga”, consistente en un ritual purificador acompañado de un banquete de dulces y bebidas con miel.

Se pasaron allí toda la mañana. Elian escuchaba atenta todos los comentarios e indicaciones que les daban sobre las relaciones íntimas que toda *Husfrya* debía conocer. Salvo Cárdigan y Gudrun, las demás mujeres creían que ella era virgen y, realmente, se sentía inexperta en la materia, así que tomó buena nota de algunos detalles.

Astrid resultó ser una muchacha muy dulce, de tacto suave y delicado. Tenía una voz muy bonita pero le faltaba la pasión que a Cárdigan le sobraba. Sin embargo, se trataron con respeto y hasta parecía que se llevaban bien. Elian deseaba que fuera así durante mucho tiempo, su hermana también merecía ser feliz.

Disfrutaron mucho de los baños, las lavaron a conciencia, tanto el cuerpo como el cabello, lustraron su piel con aceites perfumados y hasta les hicieron masajes relajantes.

Cuando salieron de allí, las llevaron a la alcoba que habían compartido, las vistieron y les colocaron en la cabeza sendas coronas de flores, sujetando unos delicados velos de lino. Los cabellos lucirían sueltos por última vez en público. Según les habían explicado, el velo cubría sus rostros recién purificados para que fueran sus esposos los primeros en verlas así.

Salieron al exterior acompañadas de la comitiva femenina donde las recibió su padre. Elian se emocionó al volver a sentir su brazo, su olor, su calor. Hacía meses que no lo tenía cerca y no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que se volvieran a reunir o si se volverían a reunir algún día. Pero recordó las palabras de su hermana la noche anterior y decidió disfrutar del momento, del día de su boda, del día más feliz de su vida.

Avanzaron, cada una de un brazo de su padre, escuchando una armoniosa música que hizo vibrar a Elian de emoción, hasta llegar al lugar donde, los invitados y los novios, las aguardaban. En ese momento, su padre les dió una bolsa a cada una con monedas, en representación de su *heimanfylgja* o dote de la novia y acompañó a Cárdigan hasta Erik y a ella hasta Jens. Elian se estremeció y sintió un dulce hormigueo en el estómago cuando Jens tomó su mano, parecía que llevaran siglos sin tocarse. Ciertamente, no habían vuelto a estar solos desde que pisaron el mar del Norte. Elian le entregó la bolsa de su dote a Jens y éste le

entregó a ella la bolsa con su *mundr*. Este intercambio simbolizaba la riqueza que los esposos compartirían.

Fue Björn, como cabeza de familia, quien ofició la ceremonia, asistido por Gudrun y Thora. La música cesó y Björn se dirigió a los presentes.

—Amigos, parientes, hermanos y hermanas, sed bienvenidos. Hoy celebramos, no una, sino dos uniones entre dos familias de origen muy distinto pero con intereses comunes: la felicidad de los contrayentes y una fuerte alianza entre dos pueblos destinados a ayudarse como hermanos. Así pues, comencemos.

—Está alzando el Anillo de Juramentos y el Martillo —le susurró Jens.

—Espíritus de este lugar sagrado —prosigió Björn—, os invito a que escuchéis estas palabras y bendigáis este lugar y estos matrimonios. Os pido que, en el seno de esta tierra, deis fertilidad y prosperidad a Jens y Elian y a Erik y Cárdigan, para que tengan una vida plena y próspera.

—Tenemos que encender el fuego —le dijo Jens guiando su mano para coger juntos una pequeña rama mientras con la otra mano la cogía de la cintura para guiarla durante el proceso. Elian volvió a estremecerse con su contacto y se dio cuenta de que no podía dejar de sonreír. Jens dio un paso hacia la derecha haciendo que ella lo acompañara, como si de un baile se tratase, hasta que notó que chocaba ligeramente con el caldero en el que estaría su pequeña hoguera. Bajaron la mano con la que sostenían la ramita y Elian pudo sentir el calor que salía del fuego que estaba prendiendo.

—Erik, cuando lleguéis a vuestra casa, deberéis encender allí un fuego como este.

—Así lo haremos.

—Espíritus de nuestros antepasados, sed vigías de las nuevas familias que hoy se constituyen. Estad presentes en los momentos de felicidad y de dificultad. Cuidad de vuestros allegados con cariño y con amor.

Jens la guió hasta tocar el Anillo de Juramentos al que se estaban cogiendo los cuatro.

—Espíritus de este lugar sagrado, os pido que purifiquéis a Jens y Elian y a Erik y Cárdigan, envolviéndolos con dicha y felicidad para que su amor resida en la profundidad de sus corazones. Para que todos sus días y todas sus noches sean, para siempre, como el día en que se enamoraron.

»Dioses Sagrados, aceptad nuestra hospitalidad y acercaos a esta unión entre Jens y Elian y entre Erik y Cárdigan. Sed testigos del amor que se profesan y que

hoy quieren proclamar con estos matrimonios.

—Está alzando el Martillo —le susurró Jens.

—*Thor*, dios del trueno, hijo de *Odín*, te pido que les des fuerza y coraje en todos los proyectos que decidan emprender. Acepta esta ofrenda y protégelos de los malos espíritus para que no puedan dañarlos.

—Está sacrificando la cabra.

Elian pudo escuchar el balar de la pobre cabra, así como el peculiar sonido de un cuchillo atravesando al animal que emitió un último balido a modo de despedida. Los sacrificios eran una parte de aquella cultura que le costaría asimilar. No entendía de qué manera esas muertes podían honrar a ningún dios. Estaba acostumbrada a las matanzas, pero cumplían un objetivo: procurar alimento. Aunque, bien era cierto, que los animales sacrificados también se los comían.

—*Freyr*, dios de la fertilidad y señor de la vegetación, entregamos esta simiente para plantar una vida de amor, prosperidad y paz. Te pido que seas testigo y aceptes esta ofrenda para que Jens y Elian, y Erik y Cárdigan tengan una vida rica y plena.

Björn entregó un puñado de semillas a Jens y Elian para que los plantaran juntos en la tierra.

—Erik, te entrego las semillas de trigo que habréis de plantar al llegar a tu casa.

—Así lo haremos.

Según el ritual tradicional, se sacrificaba un caballo en honor a *Freyr*. Pero a Elian se le partía el alma de pensar que podría ser su Epona, así que pidió, expresamente, que evitaran sacrificar a ningún equino. Aceptaron, pero sacrificaron un jabalí, que era otro de los animales habituales con los que honraban a *Freyr*.

—*Freyja*, diosa del amor y la fertilidad, acepta esta cerda y estos frutos como ofrenda para llenar sus vidas de alegría, amor y felicidad y que cada día sea como el primero.

Björn puso en su mano una manzana a la que ella debía dar un mordisco y pasársela a Jens para que hiciera lo mismo. Mientras tanto, sacrificaban a la cerda, poniendo fin a sus gruñidos con un corte certero.

—*Odín*, padre de todos los dioses, dios de la sabiduría, que viajaste a la profundidad de la tierra y conseguiste la ambrosía, bendice esta hidromiel para que los novios actúen con amor y sabiduría en la vida que inician juntos.



Björn le tendió el cuerno con hidromiel del que tenía que beber y pasárselo a Jens para que bebiera también.

Llegó el momento de las espadas. Jens le entregó una espada de sus antepasados por ser la madre de sus hijos y continuadora de su linaje y sus tradiciones. A cambio, ella le entregó una espada nueva para crear una nueva tradición y como símbolo de transferencia de su tutela y protección.

A continuación, alzaron las espadas, cruzándolas, mientras sostenían en la punta de la espada opuesta el anillo que entregaría cada uno al otro. Este acto, simbolizaba la defensa de la unión.

—Yo, Jens, juro amarte, escucharte y respetarte a lo largo de esta vida que iniciamos juntos.

—Yo, Elian, juro amarte, escucharte y respetarte a lo largo de esta vida que iniciamos juntos.

Bajaron las espadas, Jens le colocó el anillo en el dedo corazón y Elian hizo lo mismo, creando un círculo sagrado que protegería los votos que acababan de pronunciar.

Elian escuchó cómo Erik y Cárdigan también se recitaban los votos mientras Jens le ponía un cinturón, para ceñir la túnica que llevaba suelta, como las niñas, del que colgaba el conjunto de llaves que caracterizaba a una Husfeya.

—De ahora en adelante —prosiguió Björn—, podréis cabalgar lejos de las tormentas cuando las nubes oculten el sol y recordad que, aunque lo perdáis de vista, siempre estará allí. Y para que el sol brille hoy, podéis descubrir los rostros de vuestras esposas.

Fue muy agradable sentir la brisa en su cara cuando Jens le levantó el velo de lino. Cuando la besó le supo a poco, quería más, mucho más de aquel beso. Pero aún tendría que esperar un rato.

Todos se dirigieron al gran salón donde se había dispuesto el banquete y donde dormiría la gran mayoría de los invitados. Jens la alzó en volandas para cruzar el umbral de la que sería su morada como matrimonio. Se acercaron al gran hogar central a dejar la espada nueva junto a él, como símbolo de protección. Elian le hizo entrega a Jens de una copa de hidromiel, en la que se habían tallado algunas runas a modo de protección y buenos augurios.

—Con esta copa te deseo salud y fuerza para protegernos a mí y a nuestros futuros hijos.

Jens tomó la copa y brindó con los presentes.

—Por *Odín*, para que me confiera la sabiduría necesaria para controlar mis

emociones y encauzarlas hacia la mejor dirección posible. —Bebió de la copa y se la entregó de nuevo a Elian.

—Por *Freyja*, para que siempre haya una buena comunicación entre nosotros y podamos avanzar en nuestro camino creciendo juntos. —Elian bebió de la copa de la que tendrían que seguir bebiendo hidromiel durante un mes para garantizar la fertilidad de la unión.

Una vez estuvieron sentados a la mesa, Jens le puso en el regazo el martillo que había portado durante la ceremonia para que *Thor* la bendijese con la fertilidad. Los asistentes se sentaron en sus lugares y dio comienzo el banquete.

Junto a Jens estaban Björn, Gudrun, Erik, Cárdigan y Lerin. Junto a ella estaba su padre. La distribución era un tanto extraña, pero aquella boda no se correspondía, completamente, con los procedimientos que la tradición establecía.

Todos los presentes comieron y bebieron, bailaron y se emborracharon y Elian pudo escuchar cómo las conversaciones iban perdiendo coherencia a medida que avanzaba la cena.

Jens le pidió un baile y ella aceptó encantada. Estaba disfrutando tanto de todo... Se sentía feliz, era el día de su boda y, por fin, Jens era su esposo. Casi no podía creérselo pero era tan cierto como que estaba respirando en ese momento.

Ya llevaban un buen rato bailando cuando ella lo besó en el cuello.

—Esposo mío —le susurró al oído—, cuando quieras nos retiramos.

—Mi amor, nada me gustaría más. —Le devolvió el beso justo debajo de su oído haciéndole cosquillas con la barba.

Su voz sugerente, el beso excitante y el abrazo que la sostenía haciendo que sus cuerpos estuvieran muy juntos hicieron que Elian se encendiera aún más. Sólo quería desaparecer con él, quedarse a solas con él, yacer con él, ser suya por fin.

—Pues vámonos ya —dijo entrecortadamente.

Se escabulleron sin llamar la atención, evitando así que los presentes los acompañaran hasta el lecho.

Durante el camino, fueron correteando, provocándose, buscándose y encontrándose. Cuando entraron en la alcoba cerraron la puerta tras de sí y empezó su festín particular. Entre besos y abrazos llegaron a la cama. Por el camino se habían ido despojando de las ropas y se quedaron sólo con la camisa y las calzas ella y con los calzones él. Jens se sentó en la cama invitándola a que se pusiera a horcajadas sobre él. Elian se dejó llevar y él se adentró en la cama

tumbándose con ella encima. No era la primera vez que estaban en esa posición pero sí la primera que podrían continuar sin consecuencias. Eran marido y mujer.

—Elian —dijo Jens entre besos—, te deseo más que a nada. Pero, ¿seguro que estás preparada para seguir?

Ella respondió con una sonrisa, incorporándose sobre él y quitándose la camisa y las calzas. Jens se desató los calzones y se los quitó sentándose y acercándose a ella. Elian sólo podía sentir la piel de Jens quemándola, sus músculos moviéndose bajo ella mientras la acariciaba con avidez. Él la abrazaba quedando su cabeza a la altura de sus pechos, sintió su boca buscando sus pezones mientras ella correspondía su abrazo y acariciaba sus cabellos trenzados, sus hombros, su espalda y sus fuertes brazos rodeándola. Entonces se dio cuenta de que el miembro de Jens estaba buscando adentrarse en ella. Elian sonrió feliz, ya no tenía miedo, amaba a su esposo y lo único que quería en ese momento era tenerlo dentro. Recordó algunas de las recomendaciones que las mujeres le habían dado esa misma mañana y movió su cadera rítmicamente siguiendo sus respiraciones. Jens entró, por fin, en ella y la besó apasionadamente mientras la apretaba contra él con sus brazos. Se tumbó llevándola con él y guió sus caderas con sus manos. Elian lo besaba en el cuello y los hombros, mientras sus pechos acariciaban el torso de su esposo acompasadamente. Sentía que se fundían en uno sólo, notaba un hormigueo de placer que se hacía más grande con cada giro de cadera. No pudo y no quiso reprimir los jadeos de placer y, aún más, cuando Jens también jadeaba. Y acelerando el ritmo llegaron los dos al éxtasis.

Elian se quedó tumbada sobre su amado, con él dentro todavía. Se dio cuenta de que, si hacía cualquier mínimo movimiento, Jens se estremecía. Ella rió con la reacción de él y éste la besó con ternura mientras acariciaba su cuerpo desnudo.

—Te amo —le susurró Jens.

—Y yo, mi amor. —Lo besó—. El día de hoy ha sido perfecto, me parece estar viviendo un sueño maravilloso.

—Pues no es ningún sueño, amor mío, estamos casados y hoy sólo es el primer día del resto de nuestras vidas.

# EPÍLOGO

*Malmö, 14 de marzo de 884*

*Querido padre.*

*Después de pasar mi primer invierno en el norte, puedo afirmar que es muy duro, pero también muy hermoso. Fuera hace tanto frío que duele el roce de la brisa en el rostro. Fue un acierto que Jens me regalara la gruesa piel de oso la mañana de nuestra boda. Pero dentro de las estancias se está bastante bien, pues los hogares están siempre encendidos.*

*Gudrun se ha quedado con nosotros a pasar el invierno y me ha estado ayudando con mis tareas de Husfreyja. Nos hemos tomado mucho cariño.*

*He estado en contacto con Cárdigan y me cuenta que está encantada con Erik y Astrid, que forman un trío peculiar. En enero nació Olaf y, según me dijo, el parto fue muy bien, sin complicaciones.*

*Así que, ya tienes dos nietos, padre, pero dentro de poco serán tres. Estoy esperando un hijo. Si todo va bien nacerá en julio y si es niña la llamaré Helga, como mi madre. Jens dice que tratará de estar cerca pero, en verano, suele tener mucho trabajo fuera. Por eso me encanta el invierno porque, por mucho frío que haga en el exterior, mi esposo está en casa y el calor del hogar lo llena todo.*

*Soy feliz, padre. Me encanta mi vida, mi familia, mi hogar y mi tierra.*

*Os quiero mucho a todos y os llevo en mi corazón.*

*Elían Darsusdothér.*

# BIBLIOGRAFÍA

## **Boda vikinga:**

<http://heathenpride-aladecuervo.blogspot.com.es/2012/05/una-boda-vikinga.html>

<http://conrderomantica.blogspot.com.es/2015/01/boda-vikinga.html?m=1>

<http://es.scribd.com/doc/34106825/Preparativos-para-la-boda-vikinga-de-Christian-y-Nadia#scribd>

## **Funerales:**

<http://thevalkyriesvigil.com/2014/09/10/los-funerales-vikingos-i-tipologias-funerarias-en-la-era-vikinga/>

## **Comercio:**

[http://elpais.com/diario/1980/02/24/sociedad/320194801\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1980/02/24/sociedad/320194801_850215.html)

## **Vestimenta y armas:**

<http://thevalkyriesvigil.com/category/aspecto-de-los-vikingos/>

<http://thevalkyriesvigil.com/category/armamento-y-tecnicas-belicas/>

<http://heathenpride-aladecuervo.blogspot.com.es/2010/04/vestimenta-y-armas-vikingas.html>

<http://vikingos.club/la-guerra/201-guerra-vikinga>

## **Sociedad:**

<http://thevalkyriesvigil.com/2014/05/29/sociedad-vikinga-ii-organizacion-social-parte-i-las-clases-sociales-segun-la-mitologia-nordica/>

## **Arquitectura vikinga:**

<https://calderobruja.wordpress.com/2007/07/02/las-casas-vikingas/>

<http://www.arqred.mx/blog/2008/08/11/construcciones-vikingas/>

## **Culto:**

<http://thevalkyriesvigil.com/2013/09/04/el-culto-en-la-era-vikinga-parte-iv-el-templo-de-gamla-uppsala/>

## Sobre el autora



### **Cristina Valero**

Tengo una discapacidad visual y pese a ello soy una apasionada de la lectura (Ken Follet, V.C. Andrews, Michael Ende, Anne Rice, Diana Gabaldón, Megan Maxwell...). He querido escribir sobre una temática tan cercana a mi realidad como es la ceguera pero en una época que me encanta: la Alta Edad Media.

La mayor peculiaridad de ésta, mi primera novela, es que ha sido escrita íntegramente desde un teléfono móvil con el editor de documentos de Google Drive. Soy madre de una niña pequeña y no dispongo de mucho tiempo para sentarme frente a un ordenador. El teléfono es un dispositivo muy manejable que me ha permitido aprovechar cualquier momento, por pequeño que fuera, para escribir unas líneas.